

JUNTA PARA AMPLIACION
DE ESTUDIOS
INSTITUTO ESCUELA

BIBLIOTECA LITERARIA DEL
ESTUDIANTE XIV

LOPE DE VEGA



DEUTEROCANONICA

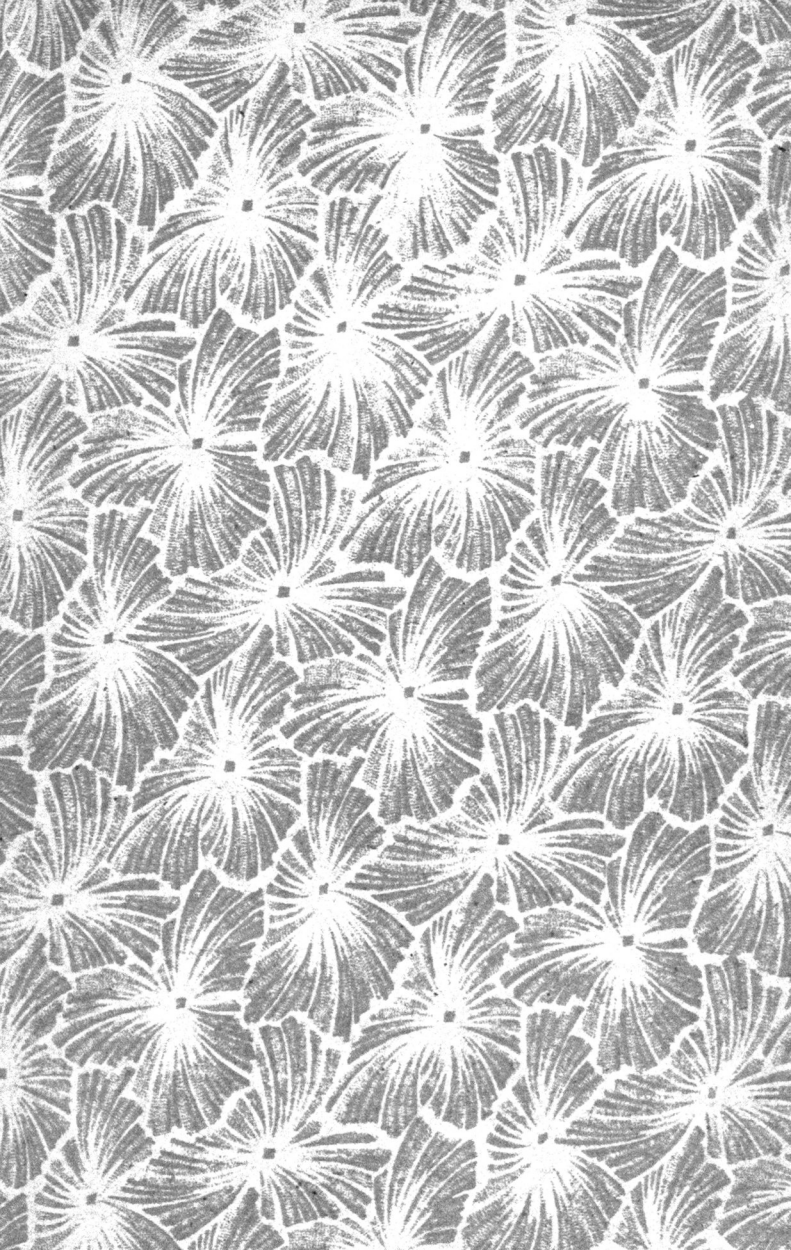
1876

25.11.1876

DEUTEROCANONICA

DEU
959140





LOPE DE VEGA

BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE

DIRIGIDA POR RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

1163650

TOMO XIV

DEU/959140

-551098

LOPE DE VEGA

SELECCION HECHA POR
AMERICO CASTRO

Dibujos de F. Marco.



MADRID, MCMXXIII

INSTITUTO - ESCUELA
JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS



E-1027

AMAR SIN SABER A QUIEN

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DON FERNANDO.

DON PEDRO.

DON JUAN DE AGUILAR.

ALGUACILES.

LIMÓN, *criado*.

UN ESCRIBANO.

LEONARDA, *dama*.

INÉS, *criada*.

DON LUIS DE RIBERA.

UN ALCAIDE.

SANCHO,
CESPEDOSA, } *presos*.

ROSALES,

DIONÍS, *criado*.

LISENA, *dama*.

ACTO PRIMERO

Salen DON PEDRO y DON FERNANDO.

D. FERN. Ya estamos en el castillo
de San Cervantes.

D. PEDRO. Y aquí
diré lo que allí sentí,
pues aquí puedo decillo. (*Mete mano*.)

D. FERN. ¿Con la espada respondéis?

D. PEDRO. Sólo con acero puedo,
que es la lengua de Toledo,
a quien vos agravio hacéis.

La brevedad es de sabios,
la dilación siempre enoja:

respondo en sola una hoja
al libro de mis agravios.

D. FERN. En agravios tan pequeños
es resuelto el responder,
y hay libros que suelen ser
libelos para sus dueños.

D. PEDRO. Sacad la espada.

DON FERN. Mirad
que estará la culpa en vos,
y que ya estamos los dos
muy lejos de la ciudad.

*Sale DON JUAN DE AGUILAR, galán, de camino, como
que se apea por haberlos visto.*

D. JUAN. Aunque mal agüero sea,
¿cómo es posible excusallo?,
pues no es justo que a caballo
reñir estos hombres vea,
que parecen caballeros.

D. FERN. A tanta resolución
ya responde la razón
que se infaman los aceros. (*Riñen.*)

D. PEDRO. ¡Ay!

D. JUAN. Ténganse.

D. FERN. ¿Para qué?

D. JUAN. Pasóle todo el acero.

D. FERN. Esto es hecho. (*Vase.*)

D. JUAN. ¡Ah, caballero!

No habla.—El otro se fué,



“...que al uno deja en el suelo
y al otro ha dejado a pie.”

y confuso me dejó.
¿Qué haré? Dios contigo sea.—
¿Quién habrá que ya no crea
que yo lo he muerto? Expiró.

Vengo de Sevilla aquí
a matar un caballero,
y al entrar hallo este agüero.
No lo será para mí;
que si me avisa y humilla
Dios con ponerme este miedo,
antes de entrar en Toledo
quiero volverme a Sevilla.

En llegando mi criado,
doy la vuelta a Orgaz.—¿Qué es esto?
La mula en salvo se ha puesto.
¿Si el matador la ha llevado?

Cruel con entrambos fué,
sobre pagar mal mi celo,
que al uno deja en el suelo
y al otro ha dejado a pie.

Salen LA JUSTICIA, UN ESCRIBANO y CRIADOS.

ALGUAC. Téngase al rey.

D. JUAN. Por fuerza he de tenerme,
y detenerme ya será forzoso,
pues el que dió la muerte, cauteloso,
la mula me ha llevado en que venía.

ESCR. Bueno es hablar con esa gallardía.
Un hombre muerto en el real camino,

y nos quiere decir que ahora vino.

ÁLGUAC. Por Dios, señor Mendoza, que el difunto
es don Pedro Ramírez.

ESCR. Es, sin duda.

Hasta el color del rostro se le muda.

D. JUAN. En desdichado y desgraciado punto
vine a Toledo.

ÁLGUAC. (*A sus compañeros.*) Asidle bien.

D. JUAN. Teneos.

ÁLGUAC. No nos venga a vender ricos trofeos.
Muestre la espada.

D. JUAN. Hidalgos, poco
a poco. Si probar es necesario
mi inocencia, y no basta mi vestido,
mis plumas, mis espuelas y mis botas,
vamos a la ciudad.

(*Vanse, y salen LEONARDA e INÉS, criada.*)

INÉS. Escoge, así Dios te guarde.

LEONARD. No me mandes escoger,
que es presto para querer.

INÉS. Para querer nunca es tarde.

LEONARD. Ya sé que la voluntad
por amorosos engaños
nunca reparó en los daños,
ni en mucha ni en poca edad.

INÉS. Si te enternecen palabras,
aunque más lo disimules,
“Ponte a las rejas azules,

deja la manga que labras,
melancólica Jarifa:
verás al galán Audalla.”

LEONARD. ¿Estudias romances?

INÉS. Calla;

que ya la mora Jarifa
está diciendo a su hermana
que al moro bizarro vea,
“que nuestra calle pasea
en una yegua alazana.”

LEONARD. Después que das en leer,
Inés, en el *Romancero*,
lo que a aquel pobre escudero
te podría suceder.

INÉS. Don Quijote de la Mancha
(perdone Dios a Cervantes)
fué de los extravagantes
que la corónica ensancha.

Yo leo en los romanceros,
y se me pega esta seta
tanto, que de ser discreta
no tengo malos aceros.

Por la parte del amor,
he dado en imaginar
a quién podría yo amar.

LEONARD. Ama, Inés...

INÉS. Dilo.

LEONARD. A un doctor
que te cure esa locura.

- INÉS. Leonarda, mal de amores
no lo curan los doctores.
- LEONARD. Pues ¿quién?
- INÉS. El tiempo los cura.
Yo no he llegado a querer.
- LEONARD. Pues ¿por qué me persuades
que quiera?
- INÉS. Las voluntades
me dicen que han de nacer
cuando nacen las personas.
- LEONARD. No tienes que me enseñar,
si en naciendo se ha de amar.
- INÉS. Sin ocasión me ocasionas;
don Luis de Ribera, el hijo
del corregidor, señora,
bien sabes tú que te adora.
- LEONARD. A mí, Inés, él me lo dijo,
que su alma no me habló.
Pero yerran las mujeres
en querer, como tú quieres,
quien de otra suerte nació.
- INÉS. Pues ¿no eres tú bien nacida?
- LEONARD. Ninguna mejor, Inés;
mas ya la soberbia ves
de las cosas de esta vida.
Es del Duque de Alcalá
deudo don Luis; tiene el pecho
de aquella cruz satisfecho,
que tan justo honor le da.

INÉS. Pues ¿con quién te has de casar,
 si tu tierno enamorado
 de ti está más olvidado
 que un gran señor de pagar
 las deudas de alguna fiesta
 que ha días que ya pasó?

LEONARD. Mi hermano se enamoró.
 Tú sabes lo que le cuesta.

INÉS. Él viene.

Sale DON FERNANDO.

D. FERN. Traigo un disgusto.
 Vengo a darte cuenta dél.

LEONARD. Déjanos, Inés.

INÉS. Si en él
 no soy de provecho, es justo. (*Vase.*)

D. FERN. Leonarda, hermana discreta,
 y más que hermana, Leonarda,
 amiga (porque a ser necia
 fuera solamente hermana),
 oye con atentos ojos,
 porque conoce quien habla
 la atención de quien le escucha
 en los dos quicios del alma.
 No se advierte en los oídos
 cuanto se mira en la cara;
 los ojos son el espejo
 que el pensamiento retratan.

LEONARD. ¡Qué prólogos tan notables!

¡Qué turbación tan extraña!
¿Qué tienes?, que ya te escucho.

D. FERN. Escucha, por Dios, Leonarda.

Ya sabes que amé a Lisena...

LEONARD. Ya sé que a Lisena amabas.

D. FERN. Que de noche la servía...

LEONARD. Ya recelo tu desgracia.

D. FERN. En la nave San Cristóbal
(así creo que se llama),
donde en la iglesia Mayor
los caballeros se embarcan
a tener conversación...

LEONARD. Ya sé, Fernando, que tratan
después de misa las cosas
que pasan y que no pasan.

D. FERN. Estábamos yo y don Pedro.
Tratábase de las damas
de Toledo, a quien el cielo
dió tanta hermosura y gracia.
Dicen que una ley dispone
que si acaso se levanta
sobre un vocablo porfía
de la lengua castellana,
lo juzgue el que es de Toledo;
y que otra ley promulgaba
que en hablando de hermosura
que entendimiento acompaña,
sólo juzgarlo pudiera
una dama toledana.

Aquí, pues, hablando de ellas,
necio don Pedro se alaba
de que una dama le quiere,
le favorece y regala.
Celoso yo (que bien sabes
que aunque los nombres se callan
bien se ve por las razones
a quien se tiran las cañas),
respondo que hay muchos necios
que presumen que los aman,
de quien las damas se burlan,
y quieren a los que callan.
El replicó: "Nunca tuve
sin favores confianza."
Yo, haciendo donaire, digo:
"El mentir es cosa usada
desde el principio del mundo,
pues cuando Dios preguntaba
al homicida primero:
'¿Qué es de tu hermano?', con saña
le responde: '¿Qué sé yo?'
cuando de matarle acaba."
El mentís, aunque iba envuelto,
Leonarda, en la historia sacra,
conocióse por mentís
entre cuantos allí estaban.
Calló, y al partirse todos,
ya cuando las doce daban,
me hizo señas como quien

con algún secreto aguarda.
La puerta de los Leones
fué a salir, porque no hallaba
otra dentro de la iglesia
el agravio a la venganza ;
pero él, más hecho león
que los que en las basas blancas
de las columnas sustentan
aquellas sagradas armas,
me dijo: “Oíd, don Fernando.”
Yo respondí con voz baja:
“¿Dónde?”—“Si sois caballero,
dijo, en la puerta Visagra
o en lo alto del castillo
de San Cervantes.” La capa
tercio, y digo: “Ese lugar
se cerca de peñas altas,
y es más solo y más seguro
para sacar las espadas.”
Siguióme, pasó la puente,
edificio del rey Vamba,
y al camino de Sevilla
subimos entre pizarras.
Metió mano valeroso...
Debió de ser su desgracia...
Llegó mi espada primero ;
que saben ser las espadas
como las nuevas, que llegan
más presto las que son malas.

Cayó muerto al tiempo cuando
un caballero llegaba
apeado de una mula,
como Santelmo en la gavia,
acabada la tormenta.
Llegó a mirar si espiraba;
yo entre tanto así el arzón,
y sin afirmar la planta
en el estribo (que el miedo
tiene por estribos alas),
subí, y piqué al monasterio
del santo, que como carta
hizo sello de una piedra
sobre nema colorada.
Paro en la silla, no veo
seguirme, y por no dar causa
a más sospecha, me vuelvo,
dejando en una posada
la mula del caballero,
que con seis hombres de guarda
iba a la cárcel real,
diciendo el vulgo en voz alta
que era él que mató a don Pedro.
Agora conviene, hermana,
hacer por el hombre preso;
que será bajeza ingrata
no ayudarle, si por dicha
padeciese prisión larga;
que yo aseguro que el hombre,

por su talle y por sus galas,
es persona principal
y de lindo aspecto y gracia.
Esto sin que él entendiese
quien le regala y ampara
de dineros y favor.
¿Parécete que yo vaya
disimulado a la cárcel?

LEONARD. Yerras, Fernando; no hagas
desatino en que te pueda
conocer.

D. FERN. Pues ¿por qué causa
ha de padecer por mí?

LEONARD. Oye una invención gallarda
para que acudirle puedas
sin que él conozca tu cara.
Yo le escribiré un papel
diciendo que es de una dama
que le vió, pasando, al tiempo
que a la cárcel le llevaban,
y que piadosa le envía
joyas, regalos o plata.

D. FERN. Dulce entendimiento tienes.

LEONARD. Pues espera, no te vayas
mientras escribo el papel;
pero di lo que me mandas
que ponga en él.

D. FERN. No sea poco.

LEONARD. ¿Doscientos escudos?

D. FERN.

Bastan.

(*Vase LEONARDA.*)

Casi arrepentido estoy
que padezca por mi causa
quien la culpa no ha tenido.
Mas, pues estoy libre, vaya
adelante este suceso
hasta ver en lo que para.

Sale LA JUSTICIA.

LA JUST. Dése, señor don Fernando,
a prisión.

D. FERN. Pues ¿por qué causa?

LA JUST. Por la muerte de don Pedro;
que os lleve preso me mandan.
Pero no os dé pesadumbre,
que solamente es la causa
porque os reconozca el preso.

D. FERN. Palabra doy...

LA JUST. Yo no os pido
ni disculpa ni la espada.

D. FERN. Vamos pues. ¡Hola!, decid
que preso voy, a mi hermana. (*Vanse.*)

Sale DON JUAN.

[INÉS, criada de LEONARDA, va a visitar en la cárcel a DON JUAN. LIMÓN, su criado, introduce a la visitante.]

LIMÓN. Aquí aguardándote está
 una dama, dama, en fin,
 de otra dama serafín.

D. JUAN. ¡A mí, Limón! ¿Dónde está?

INÉS. Aquí, señor, he venido
 a ver vuestro talle y cara.

D. JUAN. En mis desdichas repara,
 pues sin culpa me han prendido.

INÉS. No sin causa mi señora
 se ha enamorado de veros,
 tanto, que intenta quereros
 y serviros desde agora.

 Desde la ventana os vió,
 y este papel os envía.

D. JUAN. Si es tanta la dicha mía,
 ¡bien haya quien me prendió!
 ¿Cómo se llama esta dama?

INÉS. No os puedo decir quién es;
 vos lo entenderéis después
 que esté segura su fama.

D. JUAN. ¿Que es de tanta calidad?

INÉS. No os lo quiero encarecer.

D. JUAN. Pues ¿qué la obliga a querer
 usar de tanta piedad?

INÉS. Leed el papel, que en él
sabréis mejor vuestra dicha.

D. JUAN. De hierro fué mi desdicha,
y mi dicha de papel.

(Lee.) *“Al ruido de la gente que os llevaba preso, me puse a la ventana, y os vi galán, forastero, y de tan gallardo talle, que me llevasteis los ojos más presos que a vos los alguaciles. Dícenme que lo quieren estar mientras vos lo estéis: servíos de ellos y de esos doscientos escudos; que en la cárcel que estamos los dos, vos los habréis menester, y a mí me quedan muchos.”*

Yo he leído este papel.

LIMÓN. Y yo el papel he escuchado,
y es el papel muy honrado,
y la que viene con él.

¿Adónde trae el dinero?

D. JUAN. ¡Calla, necio, enhoramala!
¿Qué dicha a mi dicha iguala?

LIMÓN. La dicha del forastero,
que no sé lo que se tiene.—
Diga, reina, ¿adónde está
este dinero, que ya
como de los cielos viene?

D. JUAN. ¿Quieres callar?

LIMÓN. No, señor.

Si la justicia nos quita
nuestro dinero, permita

tu nobleza este favor.—

Muestre por su vida, y crea
que hoy no había qué comer.

INÉS. ¿Podré darlo?

LIMÓN. ¿Qué es poder?

Tengo poder, aunque sea
el tesoro veneciano.

D. JUAN. Tómalo; que es necesidad
ser ingrato a su piedad
y a su generosa mano.

¿Qué, no he de saber quién es?

INÉS. Si vos sois agradecido,
vos lo sabréis.

D. JUAN. Y nacido
de buena sangre.

LIMÓN. No estés
deteniendo esta señora
en lo que no ha de decir.
Su merced se puede ir,
y vuelva dentro de una hora.
con otro tanto dinero,
que bien será menester.

INÉS. Pues, ¿no quieres responder?

D. JUAN. Ha dado este majadero
en no me dejar hablar.
Digo que escribir querría,
que no fuera cortesía
tomar su carta y callar.

Allí en aquel aposento

- he visto tinta y papel.
- INÉS. Yo sé que tendrá con él
mi dueño tanto contento,
que os deberé las albricias.
- D. JUAN. Yo voy. (*Vase.*)
- LIMÓN. Pues solos quedamos,
¿quieres que amistad hagamos,
si un hombre honrado codicias?
- INÉS. Temo mucho un bellacón:
paréceme que lo eres.
- LIMÓN. Siempre soléis las mujeres
tener esa condición.
- INÉS. Tu nombre...
- LIMÓN. Suélese dar
en Castilla.
- INÉS. ¿Qué es?
- LIMÓN. Limón.
- INÉS. ¿Agrio?
- LIMÓN. Dulce en ocasión.

Entra DON JUAN con un papel.

- D. JUAN. Este le podréis llevar,
y este diamante con él,
en fe de agradecimiento,
y decidle que no siento
más de lo que digo en él.
- INÉS. Decidme el nombre, y adiós.
- D. JUAN. (*Ap.*) Bien lo quisiera callar,
mas no lo puedo excusar

por el bien que hace a los dos.

Don Juan de Aguilar me llamo.

INÉS. Adiós, mi señor don Juan.

LIMÓN. Adiós, reina.

INÉS. Adiós, galán. (*Vase.*)

LIMÓN. Ya entiende como me llamo.

Salen LA JUSTICIA y DON FERNANDO.

ALGUACIL. Vuesa merced de réplicas acorte.

Tenga por bien que la verdad se pruebe.

D. FERN. Si me agraviaren, cerca está la corte.

Tráteme la justicia como debe.

Póngame en una torre.

D. JUAN. ¿Qué es aquesto?

ESCRIB. El suceso, señor, lo dirá presto.

El alcalde mayor, señor hidalgo,

manda que mire a este caballero,

y reconozca si es el que dió muerte

a don Pedro en el campo.

D. JUAN. (*Ap.*) Ocasión fuerte.

El es, por Dios; pero será bajeza

decir que es él, aunque padezca en tanto

que me disculpa la inocencia mía;

que he visto en él nobleza y gallardía,

y es lástima ponerle en tanto aprieto.

D. FERN. (*Ap.*) El hombre me conoce: soy perdido.

D. JUAN. Yo le he mirado bien y atentamente.

El otro era más viejo y barbinegro,

quebrado de color. Bien pueden darle

su libertad a aqueste caballero.

ALGUACIL. Vamos de aquí, que ya me huelgo mucho
que el señor don Fernando está inocente.

D. FERN. Dios os dé libertad, señor, y aumente
vuestra vida los años que deseo,
que como por cristal el alma os veo.

D. JUAN. Una palabra escuchad.

D. FERN. ¿Qué es, señor, lo que queréis?

D. JUAN. (*Ap. a D. Fern.*) Que allá fuera os acordéis
de aquesta hidalga amistad.

No tuve de mí piedad
para tenerla de vos;
que me lastimo, por Dios,
de que os haya sucedido,
como si hubiéramos sido
amigos siempre los dos.

Yo os vi, como ya sabéis,
y he fingido que no os vi,
para padecer aquí
la culpa que vos tenéis;
y pues negar no podéis
lo que allá me habéis llevado,
suplícoos tengáis cuidado
de unos papeles que había,
que con esta cortesía
me dará por obligado.

D. FERN. No fuera justo negar
la verdad a un caballero
como vos, y a quien espero

tanta nobleza pagar;
y pues estoy en lugar
de poder satisfacer
lo que no os puedo deber,
diré a voces que yo he sido
quien mató...

D. JUAN. Callad, os pido,
que me echaréis a perder;
porque diré que yo fui,
que es lo que negando estoy,
y aunque vos digáis "*yo soy*",
diré que lo hacéis por mí.
No me deis la muerte así;
sino, pues yo he de probar
no ser de aqueste lugar
ni haber conocido el muerto,
dejadme llegar al puerto
porque no me anegue el mar.

D. FERN. Pues ¿cómo podré sufrir
que padezcáis de este modo,
siendo yo culpa de todo?

D. JUAN. Porque yo podré salir
adonde os pueda servir,
y no vos, que estáis culpado.

D. FERN. Tanto me habéis obligado,
que os quiero besar los pies.

D. JUAN. Aquí, don Fernando, es
el cumplimiento excusado.

Id con Dios, que los que os ven

ya sospechosos están.

D. FERN. Noble soy: creed, don Juan,
que soy honrado también.

D. JUAN. Mi prisión se emplea bien
en un hombre como vos.

D. FERN. Yo espero en Dios que los dos
nos habemos de pagar.

LIMÓN. No deis más que sospechar.

D. JUAN. Adiós, don Fernando.

D. FERN. Adiós.

Salen LEONARDA e INÉS.

LEONARD. ¿Que es tan gallardo?

INÉS. En mi vida.

vi mancebo tan galán.

En fin, se llama don Juan...

su apellido se me olvida...

Pienso que dijo Aguilar.

¡Válgame Dios! ¡Si le vieras!

LEONARD. ¿Hablas de veras?

INÉS. Pudieras

darle en mil almas lugar.

¡Qué talle! ¡Qué bizarría!

¡Qué limpieza!

LEONARD. ¿Vienes loca?

INÉS. Pues por la parte que toca
a humildad y cortesía,
no tengo yo entendimiento
para pintarte sus gracias.

LEONARD. ¡Que vengan tales desgracias
a tanto merecimiento!

Y a un hombre de tantas prendas,
y viniendo de camino,
prenderle ¿no es desatino?

INÉS. Para que mejor lo entiendas,
toma este papel; que en él
verás si tengo razón,
pues no hay mayor discreción
que escribir bien un papel.

LEONARD. ¿Dos me das?

INÉS. Viene aforrado
de un papel de don Luis,
que me dió ahora Dionís,
su secretario y criado.

LEONARD. ¡Quitá allá!

INÉS. ¿Tanto desdén?

LEONARD. Cánsanme desigualdades.

INÉS. Mujeres y voluntades
hablan mal y quieren bien.

LEONARD. ¡Yo a don Luis!...

INÉS. Pues no mirabas
mal a aqueste caballero.

LEONARD. Su nobleza considero,
si de ser noble le alabas,
a que se debe respeto;
pero ¿qué me importa a mí?

INÉS. Lee los dos, para que así
juzgues cuál es más discreto.

LEONARD. Por el que me importa menos
comienzo.

INÉS. ¡Muy bien, por Dios!
Pues yo pienso que a los dos
los hemos de dar por buenos.

(Lea LEONARDA.) “*Quien ofende con amores, ¿qué disculpa dará de su atrevimiento? Que si amor la da a todos, y yo os ofendo con él, mal podré dar ofensa por disculpa. No es éste el daño, sino que yo porfío contra los desengaños, pagándoles mal el hacerme bien; pero ¿cómo los ha de creer quien tiene por bien el mal? No os pese de que os ame, aunque os pese de que os escriba; que en lo primero no puedo más, y lo segundo nace de lo primero.*”

INÉS. ¡Bien está dicho!

LEONARD. ¡Muy bien!

Galán cortés. En efeto,
un caballero discreto.

INÉS. No lo es poco tu desdén.

LEONARD. Leo a don Juan de Aguilar.

INÉS. Con azúcar en la boca
le has nombrado.

LEONARD. Calla, loca.

Sin conocer no hay amar.

(Lea.) “*Paréceme, señora, que vos sois quien me habéis preso, pues no hay cárcel como la obligación, y pruébase en que de ésta podré salir, y de la otra es imposible. La justicia ha errado en esto, pues me pren-*

de a mí, que no he muerto a este hombre, y os deja libre a vos, que me habéis muerto a mí; pues no se ha oído en el mundo que hayan dado a nadie doscientos escudos de veneno."

INÉS. ¿No dice más?

LEONARD. ¿Qué pudiera
decir más, siendo papel?

INÉS. Donaire tiene.

LEONARD. Si en él
la gracia se considera,
don Juan ha mostrado bien
su divino entendimiento.
Ya vive en mi pensamiento,
ya empiezo a quererle bien.

INÉS. Que es gallardo, fía de mí.

LEONARD. Mas parece desatino.
¿Qué tengo yo, que me inclino
a lo que en mi vida vi?
Fuera me trae de mí
cosa que no sé lo que es.
¿Qué veneno es éste, Inés,
que me da don Juan por ti?

[Leonarda manda a Inés que vaya nuevamente a la prisión para entregar un retrato suyo a don Juan.]

[Don Juan había escrito a don Luis de Ribera, noble caballero de Toledo, solicitando ayuda.]

Salen DON JUAN y DON LUIS, con hábito de Santiago.

D. LUIS. A la casa de Alcalá
 tengo obligación y deudo:
 en recibiendo el papel,
 vine a la cárcel a veros.
 Luego que os prendieron supe
 lo más de vuestro suceso;
 y cuando fuera verdad,
 ni se prueba ni lo creo.
 Pero vos podéis creer
 que tengo de ser el preso
 hasta que vos estéis libre.

D. JUAN. Beso mil veces el suelo
 adonde ponéis los pies.

D. LUIS. Don Juan de Aguilar, teneos.

D. JUAN. Don Luis de Ribera ilustre,
 llamaros del cielo espero;
 que pues en el cielo hay agua,
 seréis ribera del cielo.

 A la ribera del mar
 de vuestro merecimiento
 llega mi humilde barquilla,
 rota de velas y remos:
 dadle puerto en vuestros pies.

D. LUIS. Cuando veáis que yo os llevo
 por la puerta de la cárcel,
 vendrá bien llamarme puerto.—
 ¡Alcaide!

¿No tiene aquí, más o menos,
cuarenta años?

INÉS. ¿Cómo qué?

Ni aun quince no tiene enteros.

LIMÓN. ¡Oh quién le hurtara este ángel!

INÉS. Mucho, don Juan, me detengo.
Mostrad.

D. JUAN. Eso no, mis ojos.

INÉS. ¿Cómo no? ¡Vos hacéis esto!

D. JUAN. Dejádmele, que yo haré
que le aderece un platero
que está aquí preso en la cárcel.

INÉS. ¿Y vos no veis que si vuelvo
sin él?...

D. JUAN. No paséis de ahí.

Decidle que yo le tengo.

(Vase.)

¡Lindo rostro!

LIMÓN. Por extremo.

D. JUAN. Aquí no hay cejas azules
ni disfrazados cabellos.
¡Bella boca!

LIMÓN. Es sangre pura.

Pero ¿sabes que sospecho
que todo aquesto es engaño?

D. JUAN. ¿Engaño? No. Yo estoy muerto.

LIMÓN. ¿Sin verla?

D. JUAN. Pues ¿por qué no?

LIMÓN. Los filósofos dijeron
que no puede haber amor

donde no hay conocimiento.

D. JUAN. ¿Tú has visto un monte de oro?

LIMÓN. No, señor.

D. JUAN. Probarte puedo
que le puedes amar.

LIMÓN. ¿Cómo?

D. JUAN. Pensando un monte de aquellos
que has pasado y luego el oro
que has visto y formando de ellos
un monte de oro en tu idea.
Y así yo formada tengo,
de mujer y de hermosura,
el ángel que adoro y quiero.





ACTO SEGUNDO

Salen DON JUAN y DON LUIS.

D. LUIS. Triste os tendrá la prisión.

Quiero esta noche sacaros

adonde podáis holgaros,

que tengo cierta ocasión,

y quiero que la veáis,

o que la oigáis por lo menos.

Y porque en gustos ajenos

menos invidia tengáis,

no pienso que faltarán

donde os pueda entretener.

D. JUAN. Cierto será, que han de ser

como de hombre tan galán.

D. LUIS ¡Alcaide!

Sale EL ALCAIDE.

ALCAIDE. Señor...

D. LUIS. Aquí

vendrá Dionís a las nueve
por don Juan.

ALCAIDE. Digo que lleve
Dionís la cárcel, y a mí,
si de algún provecho soy.

D. LUIS. Bien me le podéis fiar,
que yo le sabré guardar,
pues yo por su guarda voy.

(*Vanse don LUIS y el ALCAIDE.*)

Sale LIMÓN.

LIMÓN. Después que estás tan privado
con el hijo del señor
corregidor, el humor
corre, don Juan, más templado.
¿Qué hay de aquella buena vieja
que con retratos te engaña?

D. JUAN. El alma me desengaña,
y de tu engaño se queja.

LIMÓN. Las cosas que no se ven
¿se han de amar?

D. JUAN. No puedo más.

LIMÓN. No se habrá visto jamás
Amar sin saber a quién.

D. JUAN. Ella lo mismo me escribe.

LIMÓN. ¿Cuántos papeles van ya?

D. JUAN. Veinte.

LIMÓN. Pues ¿no te dirá
su nombre ni adónde vive?

D. JUAN. Si un amigo me contara

(pues al fin los que aman ven)
que amaba sin ver a quién,
por loco lo confirmara.

LIMÓN. A un portugués que lloraba,
preguntaron la ocasión;
respondió que era afición
y que enamorado estaba.

Por remediar su dolor
le preguntaron de quién,
y respondió: "De ninguno;
mas choro de puro amor."

Sale el ALCAIDE.

ALCAIDE. Dos mujeres rebozadas
me han preguntado por vos.

D. JUAN. Dejadlas entrar, por Dios.

.....

Entran LEONARDA e INÉS, tapadas.

LEONARD. (*Ap.*) ¡Qué lindo talle! ¡Qué hermoso!

INÉS. (*Ap. a su ama.*) Cuerpo bizarro y airoso.

LEONARD. (*A don Juan.*) Una palabra escuchad.

D. JUAN. Señora ¡quién la escuchare
de esa boca!

LEONARD. No os turbéis,
Pues que la boca no veis.

D. JUAN. Perdonad si me turbare,
que me ha dicho el corazón
que me venís a matar.

LEONARD. ¿Vois sois don Juan de Aguilar?

D. JUAN. Sí, reina.

LIMÓN. Y yo soy Limón.

LEONARD. ¿Vois sois Limón?

LIMÓN. En azúcar,
para serviros.

INÉS. ¡Qué sal!

LIMÓN. Criéme en el arenal,
y soy atún de San Lúcar.
A fe que vos no os turbáis.

D. JUAN. ¿Cómo, señora, no habláis?

LEONARD. Porque también me turbáis,
y efecto del sol hacéis.

Mucho me había contado
Inés de vuestra persona.

LIMÓN. Inés, ilustre amazona,
ninfa del Tajo dorado,
retírate aquí y descubre
la cenefa de tu faz.
Déjalos hablar en paz.

D. JUAN. ¿Por qué, señora, se encubre?
¿Posible es que no me dé
vuestro amor algún consuelo?
Bien parece que sois cielo,
que os he de creer por fe.

Pero esta noche me han dado
licencia para salir.

¿Podré a vuestra casa ir?

LEONARD. Podréis, si vais disfrazado,

hablarme por una reja.

D. JUAN. ¿Entrar no?

LEONARD. No puede ser.

D. JUAN. La casa es fuerza saber.

LEONARD. (*Ap.* ¿Qué necio amor me aconseja?)

Junto a San Miguel el Alto,
la de mayores balcones,
porque quepan las razones
y con menor sobresalto.

D. JUAN. Poned un lienzo.

LEONARD. Sí haré.

D. JUAN. Oíd, que se me olvidaba,
aunque cuidadoso estaba...

LEONARD. Y yo también me olvidé.

D. JUAN. ¿Conocéis un don Fernando
de Saavedra?

LEONARD. Yo no.

D. JUAN. ¿Ni le oísteis nombrar?

LEONARD. ¿Yo?

Estaréis imaginando
que soy muy libre.

D. JUAN. No creo
que sois libre, mas temía
que érades casada.

LEONARD. El día
que cumpla Dios mi deseo.

.....

INÉS. Sospecho que han acabado
la plática, seor Limón.

LIMÓN. Así me parece.

LEONARD. Inés,
vamos de aquí.

INÉS. Adiós.

LIMÓN. Adiós.

(*Vanse LEONARDA e INÉS.*)

LIMÓN. ¿Qué habéis tratado los dos?

¿Es bella? ¿Es moza? ¿Quién es?

D. JUAN. Pues ¿vila yo?

LIMÓN. ¿Cómo no?

D. JUAN. No se quiso descubrir.

LIMÓN. ¿Eso un hombre ha de decir?

¡A fe que si fuera yo!...

D. JUAN. ¿Tengo de ser descortés?

Hasta la mano me ha dado
con guante.

LIMÓN. No me he engañado:
todo lo que digo es.

¡La mano con escarpín!

Sarna tiene, vive Dios.

En fin, qué tratáis los dos?

D. JUAN. En fin, un amor sin fin. (*Vanse.*)

[Lisena, la dama a quien cortejaban el difunto don Pedro y don Fernando, acusa a éste de la muerte de don Pedro, que ella amaba, y le manifiesta su desdén.]

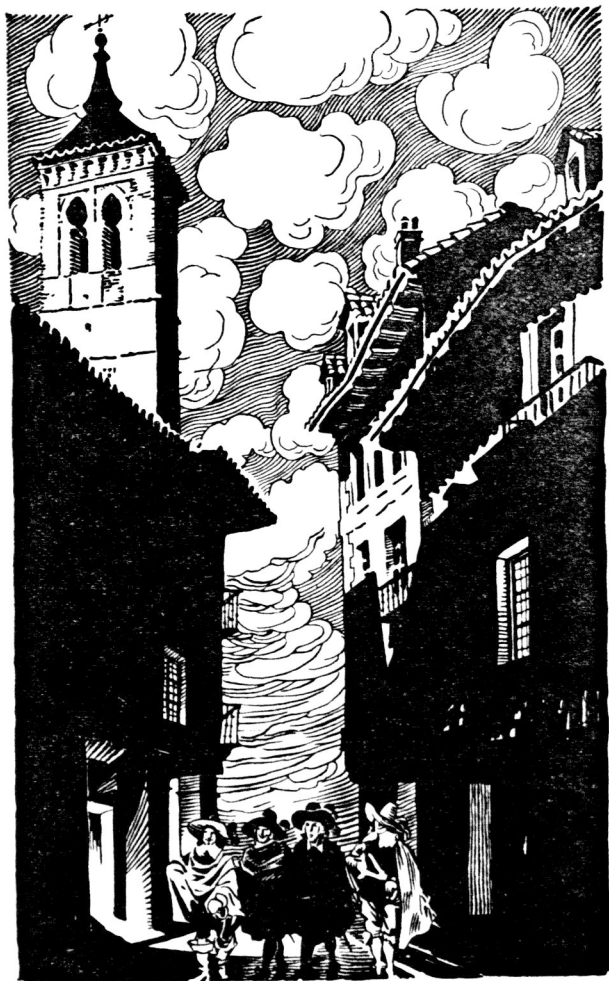
Salen DON LUIS, DON JUAN, LIMÓN y DIONÍS, todos de noche, galanes, con espadas y broqueles.

D. LUIS. Parece que no halláis gusto,
don Juan, entre tantas damas.

D. JUAN. Quien tiene en prisión el cuerpo,
¿cómo tendrá libre el alma?

D. LUIS. No hay acá las diferencias
que allá en la corte se hallan,
aunque Toledo lo es
de las ciudades de España.

LIMÓN. Bendiga Dios a Madrid.
Todo se halla y se gasta,
tanto trucha y bacallaos
como perdices y ranas.
Parece en esto Madrid
las hosterías de Italia;
que come, puesto a la mesa,
lo mejor, quien mejor paga.
Viene un español después,
roto de bolsa y de bragas;
pónenle un ave a comer
de esta manera trazada:
de los pedazos de otras
que en la primera se alzan
forman un ave no vista
en las Indias ni en la Mancha.
Una pechuga es de tordo,
otra pechuga de urraca,



“Guía, Dionís, al Alcázar,
hacia San Miguel el Alto.”

una pata es de perdiz,
de palomino otra pata.
Esto con hilo de pita
tan sutilmente lo hilvanan,
que pasan plaza de venas
los hilos, cuando los mascan.
Esto cubren lindamente
con dulce y picante salsa;
viene a su tierra el soldado,
y a Italia de bella alaba;
que dan de comer a pasto
por tres reales mesa franca.
¿Hay cosa que imite más
del buen Madrid a las damas,
compuestas de más mixturas
que un órgano, y disfrazadas
con la salsa del vestido
(mejor la llamaras falsa?)

- D. LUIS. Limón, en hacer discursos
nadie en el mundo te iguala.
- D. JUAN. No hagáis cuenta de él, que es loco.
- D. LUIS. Ahora bien, ¿nada os agrada?
Yo os quiero llevar a ver
una bellísima dama.
- LIMÓN. Ver dice oír: muy bien dice;
pero bastará, si habla,
para que vuelvas contento.
- D. LUIS. Guía, Dionís, al Alcázar,
hacia San Miguel el Alto.

- D. JUAN. Rogaros, don Luis, pensaba
que fuésemos hacia allá,
que cierta dama me manda
que, pues de la cárcel salgo,
esta noche a verla vaya.
- DIONÍS. Por aquí saldremos bien
a Zocodover.
- LIMÓN. ¡Qué plaza
la de Madrid!
- D. JUAN. Calla, loco.
- LIMÓN. ¿Por qué viene a ser honrada
una ciudad?
- D. LUIS. Por la gente
ilustre que la acompaña.
- LIMÓN. Ninguna iguala a Madrid,
pues salen cada mañana
a su plaza mil hidalgos.
- D. JUAN. Pues ¿a quién hidalgos llamas?
- LIMÓN. A dos mil esportilleros
hidalgos de la Montaña,
que pueden dar sangre y vino
a cien ciudades de España.
- D. LUIS. Por la variedad, hermosa
naturaleza se llama.
- LIMÓN. Por la novedad también,
que Madrid es nueva y varia.
Es gente tan novelera,
que suele alquilar ventanas
solamente para ver

- cómo se quema una casa.
- D. LUIS. ¿Estuviste mucho en él?
- LIMÓN. Poco; pero no me holgara
más si hubiera peregrino
visto cuanto pinta el mapa.
¡Tanto, señor, tanto grande,
honra del mundo, que bastan,
¡pesia a tal!, a hacer mil hombres
por las letras y las armas!
¡Tanta dama, tanto coche,
donde eternamente andan
coche acá, coche acullá,
maldiciéndolos quien pasa!
A cuál el cuello jaspean,
a cual un ojo le tapan
con lodos de perejil,
que fueron carnero y vaca.
¡Tanto letrado en los patios,
tanto pleitista en las salas,
tantas plumas en provincia
cercadas de tantas varas!
Pierdo de contento el seso.
- D. JUAN. ¿Y de caro no le alabas?
- LIMÓN. ¿Es porque no hay hosterías
que cosen como en Italia?
¿Cosa hay como un bodegón,
albondiguilla, tajada,
estofado y picadillo,
casi entera la sustancia?

Común reparo a la vida,
remedio de toda falta...

D. LUIS. Llegado habemos, don Juan.
Esta es la casa. Aquí aguarda.

D. JUAN. ¿La de estos balcones?

D. LUIS. Sí.

Yo llego.

D. JUAN. (*Ap. a Limón.*) Extraña desgracia.

LIMÓN. ¿Cómo, señor?

D. JUAN. Esta es
la casa que aquella dama
me dijo, y tiene la seña
en las primeras ventanas.

LIMÓN. ¡Linda burla!

D. JUAN. Para mí,
por Dios, que ha sido pesada.

LIMÓN. No importa, que su dinero
le cuesta.

D. JUAN. Cuéstame el alma.

LIMÓN. ¿Quién será aquesta mujer?

D. JUAN. Pues don Luis la sirve y habla,
por lo menos será hermosa.

LIMÓN. Mejor es si no te casan.

D. JUAN. ¡Ah de la reja!

Sale LEONARDA a una ventana, en lo bajo.

LEONARD. ¿Sois vos?

D. LUIS. Yo soy.

- LEONARD. Mi bien, ¿quién pensara
tanta dicha?
- D. LUIS. Antes es mía.
- LEONARD. ¿Cómo estáis?
- D. LUIS. Como quien halla
la vida en vuestro favor.
- D. JUAN. (*A Limón.*) ¡Que don Luis, Limón, me traiga,
por la dama a quien yo sirvo,
a guardarle las espaldas!
- LIMÓN. Mira que puede ser otra.
- D. JUAN. ¿Cómo, si las señas claras
están diciendo que es ella?
¿Qué haré para que se vaya
y pueda quedarme yo?
- LIMÓN. Daré voces que me matan,
y echaré a correr.
- D. JUAN. Bien dices.
- LIM. (*Da voces.*) ¡Que me matan! ¡Fuera! ¡Aguarda!
(*Vase.*)
- D. LUIS. ¿Qué es esto?
- D. JUAN. alguna pendencia.
- D. LUIS. Voy a ver lo que es. (*Vase.*)
- D. JUAN. Repara,
ingrata, un poco en las rejas.
Don Juan de Aguilar te habla.
- LEONARD. ¿No era don Juan aquel hombre
que me hablaba?
- D. JUAN. El que te hablaba
era don Luis de Ribera.

LEONARD. ¡Ay, mi señor, que engañada
le hablé por ti!

D. JUAN. ¿Cierto?

LEONARD. Cierto.

D. JUAN. Vuelto me has al pecho el alma.
¿Sírvede don Luis?

LEONARD. No sé
si me sirve o si me cansa.

D. JUAN. No le trates mal, mi bien,
que es puerto de mi esperanza.
Mas ¿cuándo tengo de verte?

LEONARD. Yo pienso verte mañana.

D. JUAN. ¡Que ame sin saber a quién!
Triste voy.

LEONARD. Ya vuelven; calla.

Salen DON LUIS, LIMÓN y DIONÍS.

D. JUAN. ¿Pues cómo fué?

D. LUIS. ¿Yo qué sé?

Yo oí que estas voces daban,
y acudí por ver lo que era.

DIONÍS. Sería en alguna casa.

D. LUIS. ¿Qué hay don Juan?

D. JUAN. Desde la reja
me preguntó aquella dama
que dónde fuisteis. Yo dije...

DIONÍS. Gente por la calle pasa.

Sale DON FERNANDO, de noche.

D. FERN. ¿Qué es esto? ¡A las propias puertas
de mi casa tantas armas,
tanta rebozada gente!

¿Si para matarme aguardan?
¿Si son deudos de don Pedro?

D. LUIS. ¿Quién va?

D. FERN. Quien viene a su casa.

D. LUIS. Pase adelante.

D. FERN. No puedo,
sin saber a qué se paran
a estas rejas.

D. LUIS. (*Ap.*) Ya conozco.
Don Juan...

D. JUAN. ¿Qué es lo que me mandas?

D. LUIS. Vámonos de aquí.

D. JUAN. ¿Por qué?

D. LUIS. Porque es de este hidalgo hermana
la dama de estos balcones.

D. JUAN. Justo respeto.

D. LUIS. Esto basta. (*Vanse.*)

Salen EL ALCAIDE, LEONARDA e INÉS.

ALCAIDE. Solo está don Juan; entrad.

LEONARD. Dadnos lugar y perdón.

ALCAIDE. Vos os habéis empleado
con el galán más honrado
que ha entrado en esta prisión. (*Vase.*)

D. JUAN. ¿Qué es esto?

LIMÓN. El duende de Inés.

D. JUAN. Señora mía, ¿sois vos?

LEONARD. No hablar anoche los dos,
 de veros la causa es.

D. JUAN. Descubríos, por mi vida.

LEONARD. Por vuestra vida lo haré.

LIMÓN. ¡San Blas!

D. JUAN. (*Deténgale el manto.*) Tened, porque esté
 todo el alma apercebida.

 Rompan su rojo arrebol
 las nubes del azul velo;
 alégrense tierra y cielo;
 ¡albricias, que sale el sol!
 (*Descúbrala él mismo.*)

LEONARD. Bien sé que os habréis burlado.
 Mal os habré parecido;
 lo que se espera no ha sido
 lo mismo que imaginado.

 Paréceme que tenéis
 desengaño y cortesía.

D. JUAN. Tengo el amor que tenía,
 que es el mismo que sabéis.

 No imaginé estrellas yo,
 no sol, no rosas tan bellas,
 y aquí hay sol, rosas y estrellas.
 Pero al fin me sucedió
 como al mal pintor que copia
 de perfecto original:



“¡albricias, que sale el sol!”

fuí ignorante, copié mal;
vos sois la pintura propia.

LEONARD. Cual soy, don Juan, ya soy vuestra.

LIMÓN. ¡Qué lindo serafinito!
Ven acá, Inés; ¿no anduvieras
cubierta tú de un soplillo,
para hacerme desear
ese ilustre frontispicio?

LEONARD. ¿Quién entra?

D. JUAN. Cúbrete presto.

LIMÓN. Es don Luis.

INÉS. Mas ¿a qué vino?

DON LUIS, EL ALCAIDE, UN ESCRIBANO, DIONÍS.

D. LUIS. Albricias, señor don Juan.

D. JUAN. Aunque preso, estoy corrido
de no tener más que amor.

D. LUIS. Bien os le merece el mío.
¿Damas?

D. JUAN. Sí, señor.

D. LUIS. A ver.

D. JUAN. Deteneos, os suplico,
que es gente de casamiento.

(Vanse las dos.)

D. JUAN. Basta, que por vos se han ido.
Debéislas de conocer.

D. LUIS. Agravio me han hecho.

D. JUAN. El mío
no puede llamarse agravio,

porque el mayor enemigo
que tengo me saque el alma
si hasta agora las he visto
ni sé el nombre.

D. LUIS. Así lo creo.

Venid a comer conmigo,
pues ya tenéis libertad.

D. JUAN. Antes, señor, la he perdido,
pues vengo a ser vuestro esclavo.

D. LUIS. Yo soy, don Juan, vuestro amigo.—
Dadle vos el mandamiento
al alcaide.

ESCRIB. No he querido
darle sin el parabién.

(Dale un bolsillo.)

D. JUAN. Con esto puedo servirlos,
y esta cadena al alcaide.

ALCAIDE. Aunque preso os he tenido,
yo lo soy vuestro desde hoy.

LIMÓN. El oro hace fuertes grillos.

D. JUAN. ¿Qué te parece, Limón?
¿Puedo amar después que he visto?

LIMÓN. Agora sí, que sin verla
fué notable desatino.





ACTO TERCERO

Salen DON JUAN, DON FERNANDO y LIMÓN.

D. FERN. ¡Así por la calle pasa
quien debe amor!

D. JUAN. Ya quería
partirme; que no sabía,
como extraño, vuestra casa.

D. FERN. Pues bien conocida es
por sus antiguos blasones.

D. JUAN. Conocer obligaciones
es la prisión de mis pies.

 Tan preso me estoy agora.

D. FERN. Mostradlo en que preso estéis
en mi casa, pues sabéis
que toda os sirve y adora.

 No habéis de salir de aquí.
Aquí habéis de descansar,
que os quiero yo regalar.

D. JUAN. No le hay mayor para mí
que haberos servido.

D. FERN. Fuera
ingratitud no serviros.

D. JUAN. Es fuerza el irme.

D. FERN. Aunque el iros

en vuestra mano estuviera,
no os dejará la prisión
de mi amor, en que ya estáis,
pues por preso os confesáis.

D. JUAN. Conozco la obligación.

D. FERN. Los días que habéis estado
por mí en la cárcel, es justo
que aquí lo restaure el gusto
de haberos yo regalado.

Conoceréis una hermana
que tengo, que quiere veros,
y la parte agradeceros
de esta prisión.

LIMÓN.

Cosa es llana
que tendréis guardada en casa
la mula en que os arrugasteis,
cuando al buen don Juan dejasteis
con las manos en la masa.

Decidnos de ella; que hay hombre
que hasta de una mula parda
saber el suceso aguarda,
la color, el talle y nombre;
o si no, dirán que fué
olvido del escritor
como el cuento de un pintor.

D. FERN. ¿Cómo fué?

LIMÓN.

Yo lo diré.
Mandóle pintar la Cena
un hidalgo bachiller,

y acabada, fuéla a ver,
y hallóla de gente llena.

Trece apóstoles contó
y dijo muy espantado:
“Todo este lienzo está errado,
no pienso pagarle yo.

Un apóstol aquí está
de más.” Y el sabio pintor
dijo: “Llevadla, señor,
que éste, en cenando, se irá.

Hombre de regla y compás,
ingenio de hilo de pita,
tu puntualidad permita
que haya un apóstol de más.”

D. FERN. La mula, señor Limón,
la maleta y el cojín,
están guardados.

LIMÓN. En fin
hacemos de ella mención.

Salen LEONARDA, LISENA e INÉS.

LEONARD. Una huéspeda he traído
que nos honre, aunque a pesar
suyo.

D. FERN. Quiéroosla pagar
con el huésped que ha venido.

LIMÓN. (*Ap.*) ¡Jesús! ¿Qué es esto?

D. JUAN. (*Ap. a Limón.*) ¡Ay, Limón!
Es hermana de Fernando.

- LIMÓN. De eso me estoy admirando.
- D. JUAN. ¡Qué notable confusión!
- LISENA. Cuando ya los enemigos
entran por discursos varios
en casa de sus contrarios,
cerca están de ser amigos.
- D. FERN. ¿Cómo mi dicha ha vencido
vuestra ingratitud, Lisena?
- LISENA. Por ser la ocasión tan buena,
y haber Leonarda querido.
Yo no he estado mal con ella;
con vos, sí; traidor sois vos.
- D. JUAN. (*Ap. a Lim.*) ¿No es muy hermosa?
- LIMÓN. Por Dios,
que es cristalina doncella.
En fin, tu misma fortuna
te trae de los cabellos.
- D. JUAN. Parecen sus ojos bellos
dos soles en una luna.
- LEON. (*A su criada.*) ¡Ay, Inés! ¿Qué mayor dicha?
Don Juan en casa.
- INÉS. El amor
corresponde con favor,
la fortuna con desdicha.
- D. JUAN. (*Ap. a Limón.*) ¿Qué haré, Limón?
- LIMÓN. Disimula.
- D. JUAN. Estoy loco, estoy turbado.
Mírala bien.
- LIMÓN. Heme holgado

que pareciese la mula,
tanto por cumplir con ella
alguna mular memoria,
como que al fin de la historia
no nos pregunten por ella.

D. FERN. Hermana, este caballero
es el que estuvo en prisión.
Ya sabes la obligación:
libre está, servirle quiero.
Háblale, muéstrate humana.
La vida le debo.

LEONARD. En todo
le serviré.

D. FERN. De este modo
cumple un hombre noble, hermana,
con tan justa obligación.

LEONARD. ¿Qué me dices de Lisena?

D. FERN. Que pienso que de mi pena
viene a dar satisfacción.

LEONARD. Señor don Juan, obligados
mi hermano y yo, como veis...
(*Ap. a él.* No os digo lo que sabéis;
que hay testigos no abonados)
os queríamos servir.
Entrad y reconoced
esta casa.

D. JUAN. Esa merced
no la puede recibir
menos amor que el que os debo,

y bien presumo que así
queréis que nazcan en mí
obligaciones de nuevo.

D. FERN. Venid, Lisena, a tomar
la posesión como dueño
de esta casa.

LIMÓN. Amor es sueño
del alma.

D. FERN. Plaza, lugar.

LISENA. (*Ap.*) Vine por paz, llevo enojos;
todo en guerra se ha trocado,
pues don Juan veneno ha dado
al corazón por los ojos.

(*Vanse don FERNANDO y LISENA.*)

LEONARD. Entra, mi bien, que también
hoy tomas la posesión.

D. JUAN. El alma y los ojos son
de tus bellos pies, mi bien. (*Vanse.*)

LIMÓN. ¿Vuesa merced no me dice
cualqué cosa?

INÉS. Suya soy.

LIMÓN. Dentro de su casa estoy.

INÉS. Por él lo que pude hice.

LIMÓN. ¿Sabe de la mula?

INÉS. No.

LIMÓN. Pues ¿en qué la he de llevar
si nos vamos a casar
donde la mula nació?

INÉS. Pierda el casamiento el miedo.

LIMÓN. Ya sé la paz de Castilla.

INÉS. ¡Ah, pícaro de Sevilla!

LIMÓN. ¡Ah, fregona de Toledo! (Vanse.)

[Surge un nuevo enredo. Don Luis, el salvador de don Juan, declara a éste que tiene amor a Leonarda, y provoca así la desesperación de su amigo. A su vez, Lise-na confiesa a Leonarda que está enamorada de don Juan. Cuando don Juan se dispone a marchar de Toledo, abandonándolo todo, hay la siguiente explicación entre los amantes.]

D. JUAN. Escucha mi historia,
hermosa Leonarda;
así tengas dicha
cuanta a mí me falta,
y verás por ella,
en desdichas tantas,
que son los efectos
hijos de las causas.
Fué a Sevilla un mozo
de bizarra traza,
que en esta ciudad
tuvo su crianza.
Barcos de Sevilla
pasan a Triana,
porque da más gusto
la puente del agua.
En ellos un día
vió una hermosa dama, —
mi hermana hasta entonces,

no después mi hermana.
Pero ¿quién dijera,
aunque en secas tablas,
que el agua de un río
tal fuego engendrara?
Parecióle bien,
díjole su casa,
viéronse mil veces,
que hay noche y ventanas.
Palabras de amantes
mucho viento gastan;
pásalas amor
por moneda falsa;
y como es de noche,
y mujeres que aman
se ciegan con ellas,
fácilmente pasan.
Dióla de ser suyo;
metióle una esclava,
basta que te diga
entre negra y blanca.
Se volvió a Toledo:
¡qué famosa hazaña!
Riñeron un día
la esclava y mi hermana:
mujeres reñidas
publican las faltas.
Supe todo el caso:
salgo de mi casa

con el nombre solo
a vengar mi infamia;
porque aqueste hidalgo
en Toledo amaba
a cierta Lisena;
llamóle con cartas.
Llegaba al castillo
que entre peñas pardas
en el Tajo mira
sus almenas altas,
cuando veo dos hombres
con desnudas armas:
bajo de la mula,
y cuando llegaba
para meter paz,
metióle la espada,
ya tú sabes quién,
al que yo buscaba;
porque este don Pedro
fué el dueño, Leonarda,
de la hazaña injusta
que infamó a Casandra.
Pero quiso Dios,
porque yo trataba
de darle la muerte,
aunque a justa causa,
que pagase preso
lo que imaginaba,
porque en Dios son obras

intenciones malas.
Sacóme don Luis
con nobleza tanta,
que su obligación
me escribió en el alma.
Dice que te diga,
viéndome en tu casa,
que le quieras bien;
la respuesta aguarda.
Quiérele, mis ojos,
y mátame airada:
cumpliremos todos
lo que el tiempo manda:
don Luis con decirme
las obras pasadas
que en tu posesión
ponga su esperanza;
tú con escucharme
tan necia embajada,
y yo con partirme
y dejarte el alma.

LEONARD. Tente, ingrato, escucha,
un instante espera,
que un rayo que mata
aun aliento deja.
No hay veneno fuerte
que no se detenga
de la boca al pecho
en tanto que llega.

Pues rayo y veneno,
detente siquiera
desde tus palabras
hasta mi inocencia.
Yo ni fui a Sevilla,
ni pasé la senda
que entre dos ciudades
hace dos riberas.
Barcos de Triana
jamás se me acuerda
que a mis pies mostrasen
entrambas arenas.
Ni he visto a tu hermana
en balcón ni reja,
ni engañé su gusto
con palabras tiernas.
Si le dije amores,
los míos no tengan
el fin que deseo,
si tú lo desees.
Si a matar viniste,
por cobrar tu deuda
a don Pedro ingrato,
bien pagada queda.
Yo, que de ti estaba
sesenta y dos leguas,
¿qué culpa he tenido
que a matarle vengas?
Y si te prendieron

al punto que llegas
por lo que otro hizo
y tú hacer quisieras,
¿dijete yo entonces
que entre aquellas peñas
dejases tu mula
para paz tan necia?
Y si Dios castiga,
como si obras fueran,
intenciones malas,
porque las penetra,
¿quieres tú que a Dios
la mano detenga
que a espantar coronas
envía cometas?
Tu prisión, ingrato,
no sin causa era;
que matar las almas
bien merece pena.
Pero estando preso,
hacerme tu presa,
regalar tu cárcel,
visitar en ella,
darte lo que sabes,
joyas y cadenas,
engañar las partes
porque no lo fueran,
¿merece que agora
con achaques vengas

para no cumplir
tan justas promesas?
Con ajeno amor
escaparte piensas;
que no tiene culpa
don Luis de Ribera.
Las obligaciones
de pagar te precias;
no pagues las mías,
paga las ajenas.
Don Luis por el Duque
te ha sacado de ella,
hablando a su padre,
que no es cosa nueva.
Yo por ti, don Juan,
te di plata y prendas,
que son pies y manos
de las diligencias.
Entre tus papeles
(¡nunca yo los viera!)
vi los de una dama
que te escribe tierna.
Esta vas a ver,
por ésta me dejas;
que la adoras, falso,
los papeles muestran.
Si tanto la amabas,
más nobleza fuera
no haberme engañado,

y estimarla a ella.
Dejar regalarte
no fuera bajeza,
y es llevarme el alma
traición manifiesta.
¡Plega a Dios, ingrato,
que nunca la veas,
o la veas casada,
si llegas a verla!
Sin saber a quién,
te amaba contenta;
pero no te amara,
si yo lo supiera.
Irás muy glorioso;
dirásle que queda
una toledana
por ti solo muerta;
mas cuando se ría,
dile, si te acuerdas,
que si fué dichosa,
debe de ser fea.

[Don Juan se marchó de Toledo. Don Luis, al saber la causa, aclara caballerosamente la situación, y da nueva muestra de amistad a don Juan renunciando a sus pretensiones.]

Salen DON JUAN, DON LUIS, LIMÓN y DIONÍS.

D. LUIS. (*Dentro.*) Entrad dentro.

D. JUAN. (*Dentro.*) ¿Aquí me traes, señor?

INÉS. Don Luis y don Juan.

D. FERN. ¿Qué es esto?

D. LUIS. Leonarda, aquí te quejaste
de mi amor, que siendo honesto,
pidió a don Juan obligase
a menos desdén tu pecho,
y que por esta ocasión
salió de Toledo huyendo,
por dejarme libre el campo,
o por ventura de celos.
A los tres ha sido ingrato:
a Fernando, pues ha hecho
agravio a un huésped tan noble;
a mí, pues pudo, diciendo
que te amaba, imaginar
que cediera mi derecho
en quien tú amabas; y a ti,
pues pagó con tal desprecio
lo que te debe. Yo, airado,
partí de Toledo, haciendo
juramento de volverle
a la prisión que le he vuelto.
Y pues ya todos sabéis
que es prisión el casamiento
que sola la muerte rompe,
contigo le dejo preso.
Entre sus manos, don Juan,
haz pleito homenaje luego,
que tendrás cárcel segura;

- y tú de tenerle a tiempo
que, gozándoos muchos años,
fuere voluntad del cielo.
- D. JUAN. Yo le hago en vuestras manos,
señor... —y las vuestras beso.
- LEONARD. Por esta famosa hazaña
seréis Alejandro nuevo.
- D. LUIS. Fernando, sé tú el alcaide.
Estos dos presos te entrego.
- D. FERN. ¿Y si hay otros dos?
- D. LUIS. También.
- D. FERN. ¿Quieres, Lisena?
- LISENA. El deseo
aunque burlado, agradece
la dicha de mereceros.
- LIMÓN. Esperen, que hay otros dos;
que andan estos casamientos
a pares, como perdices.
- D. LUIS. ¿Quién son?
- LIMÓN. (*A Inés.*) Di si quieres.
- INÉS. Quiero.
- LIMÓN. Mas que nunca lo dijeras.
- INÉS. ¿Y la mula?
- LIMÓN. Con un necio
la casaremos también,
suplicando a los discretos...
- D. LUIS. No lo digas, pues lo son;
que tan divinos ingenios

perdonarán nuestras faltas,
para que alegre fin demos
a *Amar sin saber a quién*,
que a quien servimos sabemos.





EL MEJOR ALCALDE, EL REY

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

SANCHO.	ELVIRA.	EL CONDE DON PEDRO.
DON TELLO.	FELICIANA.	ENRIQUE
CELIO.	JUANA.	BRITO.
JULIO.	LEONOR.	FILENO.
NUÑO.	EL REY DE LEÓN.	PELAYO.

ACTO PRIMERO

Sale SANCHO.

SANCHO. Nobles campos de Galicia,
que a sombras destas montañas,
que el Sil entre verdes cañas
llevar la falda codicia,
dais sustento a la milicia
de flores de mil colores;
aves que cantáis amores,
fieras que andáis sin gobierno,
¿habéis visto amor más tierno
en aves, fieras y flores?

Mas como no podéis ver
otra cosa, en cuanto mira

el sol, más bella que Elvira,
ni otra cosa puede haber ;
porque habiendo de nacer
de su hermosura, en rigor,
mi amor, que de su favor
tan alta gloria procura,
no habiendo más hermosura,
no puede haber más amor.

Ayer, las blancas arenas
deste arroyuelo volviste
perlas, cuando en él pusiste
tus pies, tus dos azucenas ;
y porque verlos apenas
pude, porque nunca pára,
le dije al sol de tu cara,
con que tanta luz le das,
que mirase el agua más
porque se viese más clara.

Lavaste, Elvira, unos paños
que nunca blancos volvías,
que las manos que ponías
causaban estos engaños ;
yo, detrás destos castaños,
te miraba con temor,
y vi que amor, por favor,
te daba a lavar su venda :
el cielo el mundo defiendá,
que anda sin venda el amor.

¡ Ay, Dios ! ¡ Cuándo será el día



"Ayer, las blancas arenas
deste arroyuelo volviste
perlas, ..."

que me tengo de morir
que te pueda yo decir:
¡Elvira, toda eres mía!
¡Qué regalos te diría!
Porque yo no soy tan necio
que no te tuviese en precio
siempre con más afición;
que en tan rica posesión
no puede caber desprecio.

Sale ELVIRA.

ELVIRA. Por aquí Sancho bajaba
o me ha burlado el deseo;
a la fe que allí le veo,
que el alma me le mostraba.
El arroyuelo miraba
adonde ayer me miró:
¿Si piensa que allí quedó
alguna sombra de mí?
Que me enojé cuando vi
que entre las aguas me vió.—
¿Qué buscas por los cristales
destos libres arroyuelos,
Sancho, que guarden los cielos,
cada vez que al campo sales?
¿Has hallado unos corales
que en esta margen perdí?

SANCHO. Hallarme quisiera a mí,
que me perdí desde ayer;

- pero ya me vengo a ver,
pues me vengo a hallar en ti.
- ELVIRA. Pienso que a ayudarme vienes
a ver si los puedo hallar.
- SANCHO. ¡Bueno es venir a buscar
lo que en las mejillas tienes!
¿Son achaques o desdenes?
¡Albricias, ya los hallé!
- ELVIRA. ¿Dónde?
- SANCHO. En tu boca, a la he,
y con extremos de plata.
- ELVIRA. Desvíate.
- SANCHO. ¡Siempre ingrata
a la lealtad de mi fe!
- ELVIRA. Sancho, estás muy atrevido.
Dime tú: ¿qué más hicieras
si por ventura estuvieras
en vísperas de marido?
- SANCHO. Eso, ¿cuya culpa ha sido?
- ELVIRA. Tuya, a la fe.
- SANCHO. ¿Mía? No.
Ya te lo dije, y te habló
el alma, y no respondiste.
- ELVIRA. ¿Qué más respuesta quisiste
que no responderte yo?
- SANCHO. Los dos culpados estamos.
- ELVIRA. Sancho, pues tan cuerdo eres,
advierte que las mujeres
hablamos cuando callamos,

concedemos si negamos ;
por esto, y por lo que ves,
nunca crédito nos des,
ni crueles ni amorosas,
porque todas nuestras cosas
se han de entender al revés.

SANCHO. Según eso, das licencia
que a Nuño te pida aquí.
¿Callas? Luego dices sí.
Basta: ya entiendo la ciencia.

ELVIRA. Sí; pero ten advertencia
que no digas que yo quiero.

SANCHO. El viene.

ELVIRA. El suceso espero
detrás de aquel olmo.

SANCHO. ¡Ay, Dios,
si nos juntase a los dos,
porque si no, yo me muero!

Escóndese ELVIRA y salen NUÑO y PELAYO.

NUÑO. Tú sirves de tal manera,
que será mejor buscar,
Pelayo, quien sepa andar
más despierto en la ribera.
¿Tienes algún descontento
en mi casa?

PELAYO. Dios lo sabe.

NUÑO. Pues hoy tu servicio acabe,
que el servir no es casamiento.

- PELAYO. Antes lo debe de ser.
- NUÑO. Los puercos traes perdidos.
- PELAYO. Donde lo están los sentidos,
¿qué otra cosa puede haber?
Escúchame: yo quijera
emparentarme...
- NUÑO. Prosigue,
de suerte que no me obligue
tu ignorancia...
- PELAYO. Un poco espera,
que no es fácil de decir.
- NUÑO. De esa manera, de hacer
será difícil.
- PELAYO. Ayer
me dijo Elvira al salir:
“A fe, Pelayo, que están
gordos los puercos.”
- NUÑO. Pues bien,
¿qué la respondiste?
- PELAYO. Amén,
como dice el sacristán.
- NUÑO. Pues ¿qué se saca de ahí?
- PELAYO. ¿No lo entiende?
- NUÑO. ¿Cómo puedo?
- PELAYO. Está por perder el miedo.
- SANCHO. ¡Oh, si se fuese de aquí!
- PELAYO. ¿No ve que es resquebro, y muestra
querer casarse conmigo?
- NUÑO. ¡Vive Dios!...

- PELAYO. No te lo digo,
ya que fué ventura nuestra,
para que tomes collera.
- NUÑO. Sancho, ¿tú estabas aquí?
- SANCHO. Y quisiera hablarte.
- NUÑO. Di.—
Pelayo, un instante espera.
- SANCHO. Nuño, mis padres fueron como sabes,
y supuesto que pobres labradores,
de honrado estilo y de costumbres graves.
- PELAYO. Sancho, vos que sabéis cosas de amores,
decir una mujer hermosa y rica
a un hombre que esgalán como unas froes :
“Gordos están los puercos”, ¿no inifica
que se quiere casar con aquel hombre?
- SANCHO. ¡Bien el requiebro al casamiento aplica!
- NUÑO. ¡Bestia, vete de aquí!
- SANCHO. Pues ya su nombre
supiste y su nobleza, no presumo
que tan honesto amor la tuya asombre,
por Elvira me abraso y me consumo.
- NUÑO. Tú sirves a don Tello en sus rebaños ;
es señor desta tierra, y poderoso
en Galicia y en reinos más extraños :
decirle tu intención será forzoso,
así porque eres, Sancho, su criado,
como por ser tan rico y dadivoso.
Daráte alguna parte del ganado ;
porque es tan poco el dote de mi Elvira,

que has menester estar enamorado.

Esa casilla mal labrada mira
en medio de esos campos, cuyos techos
el humo tiñe porque no respira.
Están lejos de aquí cuatro barbechos,
diez o doce castaños : todo es nada
si el señor desta tierra no te ayuda
con un vestido o con alguna espada.

SANCHO. Pésame que mi amor pongas en duda.

PELAYO. ¡Voto al sol!, que se casa con Elvira.
Aquí la dejo yo; mi amor se muda.

SANCHO. ¿Qué mayor interés que al que suspira
por su belleza, darle su belleza,
milagro celestial que al mundo admira?

No es tanta de mi ingenio la rudeza,
que más que la virtud me mueva el dote.
NUÑO. Hablar con tus señores no es baja,
ni el pedirles que te honren te alborote;
que él y su hermana pueden fácilmente,
sin que esto, Sancho, a más que amor se note.

SANCHO. Yo voy de mala gana; finalmente,
iré, pues tú lo mandas.

NUÑO. Pues el cielo,
Sancho, tu vida y sucesión aumente.
Ven, Pelayo, conmigo.

PELAYO. Pues ¿tan presto
le diste a Elvira, estando yo delante?

NUÑO. ¿No es Sancho mozo noble y bien nacido?

PELAYO. No le tiene el aldea semejante.

si va a decir verdad ; pero, en efeto,
fuera en tu casa yo más importante,
porque te diera cada mes un nieto.

(*Vanse* NUÑO Y PELAYO.)

SANCHO. Sal, hermosa prenda mía ;
sal, Elvira de mis ojos.

Sale ELVIRA.

ELVIRA. ¡ Ay, Dios ! ¡ Con cuántos enojos
teme amor y desconfía !

Que la esperanza prendada,
presa de un cabello está.

SANCHO. Tu padre dice que ya
tiene la palabra dada
a un criado de don Tello :

¡ mira qué extrañas mudanzas !

ELVIRA. No en balde mis esperanzas
colgaba amor de un cabello.

¿ Que mi padre me ha casado,
Sancho, con hombre escudero ?

Hoy pierdo la vida, hoy muero.

Vivid, mi dulce cuidado,
que yo me daré la muerte.

SANCHO. Paso, que me burlo, Elvira.
El alma en los ojos mira ;
dellos la verdad advierte ;

que, sin admitir espacio,
dijo mil veces que sí.

ELVIRA. Sancho, no lloro por ti,

sino por ir a palacio;
que el criarme en la llaneza
desta humilde casería,
era cosa que podía
causarme mayor tristeza.

Y que es causa justa advierte.

SANCHO. ¡Qué necio amor me ha engañado!
Vivid, mi necio cuidado,
que yo me daré la muerte.

Engaños fueron de Elvira,
en cuya nieve me abraso.

ELVIRA. Sancho, que me burlo; paso.
El alma en los ojos mira.

Vanse, y sale DON TELLO, de caza; y CELIO y JULIO, criados.

D. TELL. Tomad el venablo allá.

CELIO. ¡Qué bien te has entretenido!

JULIO. Famosa la caza ha sido.

D. TELL. Tan alegre el campo está,
que sólo ver sus colores
es fiesta.

CELIO. ¡Con qué desvelos
procuran los arroyuelos
besar los pies a las flores!

D. TELL. Da de comer a esos perros,
Celio, así te ayude Dios.

CELIO. Bien escalaron los dos
las puntas de aquellos cerros.

JULIO. Son famosos.

CELIO. Florisel

es deste campo la flor.

D. TELL. No lo hace mal Canamor.

JULIO. Es un famoso lebrel.

CELIO. Ya mi señora y tu hermana
te han sentido.

Sale FELICIANA.

D. TELL. ¡Qué cuidados
de amor, y qué bien pagados
de mis ojos, Feliciania!

¡Tantos desvelos por vos!

FELIC. Yo lo estoy de tal manera,
mi señor, cuando estáis fuera,
por vos, como sabe Dios.

No hay cosa que no me enoje;
el sueño, el descanso dejo;
no hay liebre, no hay vil conejo
que fiera no se me antoje.

D. TELL. En los montes de Galicia,
hermana, no suele haber
fieras, puesto que el tener
poca edad, fieras codicia.

Salir suele un jabalí
de entre esos montes espesos,
cuyos dichosos sucesos
tal vez celebrarles vi.

Fieras son, que junto al anca

del caballo más valiente,
al sabueso con el diente
suelen abrir la carlanca.

Y tan mal la furia aplacan,
que, para decirlo en suma,
truecan la caliente espuma
en la sangre que le sacan.

También el oso que en pie
acomete al cazador
con tan extraño furor,
que muchas veces se ve
dar con el hombre en el suelo.

Pero la caza ordinaria
es humilde cuanto varia,
para no tentar al cielo;
es digna de caballeros
y príncipes, porque encierra
los preceptos de la guerra
y ejercita los aceros
y la persona habilita.

FELIC. Como yo os viera casado,
no me diera ese cuidado,
que tantos sueños me quita.

D. TELL. El ser aquí poderoso
no me da tan cerca igual.

FELIC. No os estaba aquí tan mal
de algún señor generoso
la hija.

D. TELL. Pienso que quieres

reprehender no haber pensado
en casarte, que es cuidado
que nace con las mujeres.

FELIC. Engañaste, por tu vida,
que sólo tu bien deseo.

Salen SANCHO y PELAYO.

PELAYO. Entra, que solos los veo;
no hay persona que lo empida.

SANCHO. Bien dices: de casa son
los que con ellos están.

PELAYO. Tú verás lo que te dan.

SANCHO. Yo cumplo mi obligación.—

Noble, ilustrísimo Tello,
y tú, hermosa Feliciano,
señores de aquesta tierra,
que os ama por tantas causas,
dad vuestros pies generosos
a Sancho, Sancho el que guarda
vuestros ganados y huerta,
oficio humilde en tal casa.
Pero en Galicia, señores,
es la gente tan hidalga,
que sólo en servir al rico
el que es pobre no le iguala.
Pobre soy, y en este oficio
que os he dicho, cosa es clara
que no me conoceréis,
porque los criados pasan

de ciento y treinta personas,
que vuestra ración aguardan
y vuestro salario esperan;
pero tal vez en la caza
presumo que me habréis visto.

D. TELL. Sí he visto, y siempre me agrada
vuestra persona, y os quiero
bien.

SANCHO. Aquí, por merced tanta,
os beso los pies mil veces.

D. TELL. ¿Qué quieres?

SANCHO. Gran señor, pasan
los años con tanta furia,
que parece que con cartas
van por la posta a la muerte,
y que una breve posada
tiene la vida a la noche,
y la muerte a la mañana.
Vivo solo; fué mi padre
hombre de bien, que pasaba
sin servir; acaba en mí
la sucesión de mi casa.
He tratado de casarme
con una doncella honrada,
hija de Nuño de Aibar,
hombre que sus campos labra,
pero que aún tiene paveses
en las ya borradas armas
de su portal, y con ellas,

de aquel tiempo, algunas lanzas.
Esto y la virtud de Elvira
(que así la novia se llama)
me han obligado: ella quiere;
su padre también se agrada,
mas no sin licencia vuestra,
que me dijo esta mañana
que el señor ha de saber
cuanto se hace y cuanto pasa
desde el vasallo más vil
a la persona más alta
que de su salario vive,
y que los reyes se engañan
si no reparan en esto,
que pocas veces reparan.
Yo, señor, tomé el consejo,
y vengo, como él lo manda,
a deciros que me caso.

D. TELL. Nuño es discreto, y no basta
razón a tan buen consejo.
Celio...

CELIO. Señor...

D. TELL. Veinte vacas
y cien ovejas darás
a Sancho, a quien yo y mi hermana
habemos de honrar la boda.

SANCHO. ¡Tanta merced!

PELAYO. ¡Merced tanta!

FELIC. Id, Sancho, en buen hora. Y tú

haz que a su cortijo vayan
las vacas y las ovejas.

SANCHO. Mi corta lengua no alaba
tu grandeza.

D. TELL. ¿Cuándo quieres
desposarte?

SANCHO. Amor me manda
que sea esta misma noche.

D. TELL. Pues ya los rayos desmaya
el sol, y entre nubes de oro
veloz al poniente baja,
vete a prevenir la boda,
que allá iremos yo y mi hermana.
¡Hola!, pongan la carroza.

SANCHO. Obligada llevo el alma
y la lengua, gran señor,
para tu eterna alabanza.

Vanse, y salen NUÑO y SANCHO.

NUÑO. Páguele Dios a don Tello
tanto bien, tanto favor.

SANCHO. ¿Dónde está Elvira, señor?

NUÑO. Ocuparála el cabello
o algún tocado de boda.

SANCHO. Como ella traiga su cara,
rizos y gala excusara,
que es de rayos del sol toda.

NUÑO. No tienes amor villano.

SANCHO. Con ella tendré, señor,

firmezas de labrador
y amores de cortesano.

NUÑO. No puede amar altamente
quien no tiene entendimiento,
porque está su sentimiento
en que sienta lo que siente.

Huélgome de verte así.
Llama esos mozos, que quiero
que entienda este caballero
que soy algo o que lo fuí.

SANCHO. Pienso que mis dos señores
vienen, y vendrán con ellos.
Deje Elvira los cabellos
y reciba sus favores.

Salen DON TELLO y criados; JUANA, LEONOR y villanos.

D. TELL. ¿Dónde fué mi hermana?

JUANA. Entró
por la novia.

SANCHO. Señor mío.

D. TELL. Sancho.

SANCHO. Fuera desvarío
querer daros gracias yo,
con mi rudo entendimiento,
desta merced.

D. TELL. ¿Dónde está
vuestro suegro?

NUÑO. Donde ya
tendrán sus años aumento

con este inmenso favor.

D. TELL. Dadme los brazos.

NUÑO. Quisiera
que esta casa un mundo fuera,
y vos del mundo señor.

SANCHO. La novia y madrina vienen.

Salen FELICIANA y ELVIRA.

FELIC. Hermano, hacedles favores,
y dichosos los señores
que tales vasallos tienen.

D. TELL. Por Dios, que tenéis razón.
¡Hermosa moza!

FELIC. Y gallarda.

ELVIRA. La vergüenza me acobarda
como primera ocasión.

Nunca vi vuestra grandeza.

NUÑO. Siéntense sus señorías:
las sillas son como mías.

D. TELL. No he visto mayor belleza.
¡Qué divina perfección!
Corta ha sido su alabanza.
¡Dichosa aquella esperanza
que espera tal posesión!

FELIC. Dad licencia que se siente
Sancho.

D. TELL. Sentaos.

SANCHO. No, señor.

D. TELL. Sentaos.

- SANCHO. Yo tanto favor,
y mi señora presente.
- FELIC. Junto a la novia os sentad ;
no hay quien el puesto os empida.
- D. TELL. No esperé ver en mi vida
tan peregrina beldad.
- PELAYO. Y yo, ¿adónde he de sentarme?
- NUÑO. Allá en la caballeriza
tú la fiesta solemniza.
- D. TELL. ¡ Por Dios que siento abrazarme ! —
¿ Cómo la novia se llama ?
- PELAYO. Pelayo, señor.
- NUÑO. ¿ No quieres
callar ? Habla a las mujeres,
y cuéntaste tú por dama.
Elvira es, señor, su nombre.
- D. TELL. Por Dios que es hermosa Elvira,
y digna, aunque serlo admira,
de novio tan gentilhombre.
- NUÑO. Zagalas, regocijad
la boda.
- D. TELL. ¡ Rara hermosura !
- NUÑO. En tanto que viene el cura,
a vuestra usanza bailad.
- JUANA. El cura ha venido ya.
- D. TELL. Pues decid que no entre el cura. —
Que tan divina hermosura
robándome el alma está.
- SANCHO. ¿ Por qué, señor ?

D. TELL. Mañana será mejor.

Si sabios dicen verdades,
bien dijo aquel que decía
que era el sol el que traía
al mundo las novedades.

D. TELL. ¡Qué condición tan villana!
¡Qué puesto en su gusto está!

Llévala, Nuño, y descansa
esta noche.

96

Vanse TELLO, FELICIANA y CELIO.

Esto no parece justo.

¿De qué don Tello se cansa?

ELVIRA. Yo no quiero responder
por no mostrar liviandad.

NUÑO. No entiendo su voluntad
ni lo que pretende hacer.

Es señor. Ya me ha pesado
de que haya venido aquí. *(Vase.)*

SANCHO. Harto más me pesa a mí,
aunque lo he disimulado.

PELAYO. ¿No hay boda esta noche?

JUANA. No.

PELAYO. ¿Por qué?

JUANA. No quiere don Tello.

PELAYO. Pues don Tello, ¿puede hacello?

JUANA. Claro está, pues lo mandó. *(Vase.)*

PELAYO. Pues antes que entrase el cura
mos ha puesto impedimento. *(Vase.)*

SANCHO. Oye, Elvira.

ELVIRA. ¡Ay, Sancho! Siento
que tengo poca ventura.

SANCHO. ¿Qué quiere el señor hacer,
que a mañana lo difiere?

ELVIRA. Yo no entiendo lo que quiere,
pero debe de querer.

Ya eres, Sancho, mi marido;
ven esta noche a mi puerta.

SANCHO. ¿Tendrásla, mi bien, abierta?

ELVIRA. ¡Pues no!

SANCHO. Mi remedio ha sido.

Vanse, y salen DON TELLO y criados con mascarillas.

D. TELL. Muy bien me habéis entendido.

CELIO. Para entenderte, no creo
que es menester, gran señor,
muy sutil entendimiento.

D. TELLO. Entrad, pues, que estarán solos
la hermosa Elvira y el viejo.

CELIO. Toda la gente se fué
con notable descontento
de ver dilatar la boda.

D. TELL. Yo tomé, Celio, el consejo
primero que amor me dió,
que era infamia de mis celos
dejar gozar a un villano
la hermosura que deseo.
Después que della me canse
podrá ese rústico necio
casarse; que yo daré
ganado, hacienda y dinero
con que viva, que es arbitrio
de muchos, como lo vemos
en el mundo. Finalmente,
yo soy poderoso, y quiero,
pues este hombre no es casado,
valerme de lo que puedo.

Las máscaras os poned.

CELIO. ¿Llamaremos?

D. TELL. Sí.

Llaman, y sale ELVIRA al paño.

CRIADO. Ya abrieron.

ELVIRA. Entra, Sancho de mi vida.

CELIO. ¿Elvira?

ELVIRA. Sí.

CRIADO. ¡Buen encuentro!

(Llévanla.)

ELVIRA. ¿No eres tú, Sancho? ¡Ay de mí!
¡Padre! ¡Señor! ¡Nuño! ¡Cielos!
¡Que me roban, que me llevan!

D. TELL. Caminad ya.

NUÑO. *(Dentro.)* ¿Qué es aquesto?

ELVIRA. ¡Padre!

D. TELL. Tápala esa boca.

NUÑO. ¡Hija, ya te oigo y te veo!
Pero mis caducos años
y mi desmayado esfuerzo
¿qué podrán contra la fuerza
de un poderoso mancebo,
que ya presumo quién es?

Salen SANCHO y PELAYO, de noche.

SANCHO. Voces parece que siento
en el valle, hacia la casa
del señor.

PELAYO. Habremos quedo;
no mos sientan los criados.

SANCHO. Advierte que estando dentro
no te has de dormir.

PELAYO. No haré,
que ya me conoce el sueño.

SANCHO. Llamemos.

PELAYO. Apostaré
que está por el agujero
de la llave Elvira atenta.

SANCHO. Llego, y llamo.

Sale Nuño.

NUÑO. Pierdo el seso.

SANCHO. ¿Quién va?

NUÑO. Un hombre.

SANCHO. ¿Es Nuño?

NUÑO. ¿Es Sancho?

SANCHO. Pues ¡tú en la calle! ¿Qué es esto?

NUÑO. ¿Qué es esto dices?

SANCHO. Pues bien,
¿qué ha sucedido?, que temo
algún mal.

NUÑO. Y aun el mayor;
que alguno ya fuera menos.

SANCHO. ¿Cómo?

NUÑO. Un escuadrón de armados
aquestas puertas rompieron,
y se han llevado...

SANCHO.

No más,

que aquí dió fin mi deseo.

NUÑO.

Reconocer con la luna
los quise, mas no me dieron
lugar a que los mirase,
porque luego se cubrieron
con mascarillas las caras,
y no pude conocerlos.

SANCHO.

¿Para qué, Nuño? ¿Qué importa?
Criados son de don Tello,
a quien me mandaste hablar.
¡Mal haya, amén, el consejo!
En este valle hay diez casas,
y todas diez de pecheros,
que se juntan a esta ermita:
no ha de ser ninguno dellos.
Claro está que es el señor,
que la ha llevado a su pueblo;
que el no me dejar casar
es el indicio más cierto.
Pues ¿es verdad que hallaré
justicia fuera del cielo,
siendo un hombre poderoso
y el más rico deste reino?
¡Vive Dios que estoy por ir
a morir, que no sospecho
que a otra cosa!

Nuño.

Espera, Sancho.

Hijo, de tu entendimiento

- procura valerte ahora.
- SANCHO. Padre y señor, ¿cómo puedo?
Tú me aconsejaste el daño,
aconséjame el remedio.
- NUÑO. Vamos a hablar al señor
mañana; que yo sospecho
que, como fué mocedad,
ya tendrá repentimiento.
Yo fío, Sancho, de Elvira,
que no haya fuerza ni ruegos
que la puedan conquistar.
- SANCHO. Yo lo conozco y lo creo.
¡Ay, que me muero de amor!
¡Ay, que me abraso de celos!
¿A cuál hombre ha sucedido
tan lastimoso suceso?
¡Que trujese yo a mi casa
el fiero león sangriento
que mi cándida cordera
me robara! ¿Estaba ciego?
Sí estaba; que no entran bien
poderosos caballeros
en las casas de los pobres
que tienen ricos empleos.
Paréceme que su rostro
lleno de aljófares veo
por las mejillas de grana,
su honestidad defendiendo;
paréceme que la escucho—

¡lastimoso pensamiento!—
y que el tirano la dice
mal escuchados requiebros;
paréceme que a sus ojos
los descogidos cabellos
haciendo están celosías
para no ver sus deseos.
Déjame, Nuño, matar;
que todo el sentido pierdo.
¡Ay, que me muero de amor!
¡Ay, que me abraso de celos!





ACTO SEGUNDO

Salen DON TELLO y ELVIRA.

ELVIRA. ¿De qué sirve atormentarme,
Tello, con tanto rigor?
¿Tú no ves que tengo honor,
y que es cansarte y cansarme?

D. TELL. Basta, que das en matarme
con ser tan áspera y dura.

ELVIRA. Volverme, Tello, procura
a mi esposo.

D. TELL. No es tu esposo ;
ni un villano, aunque dichoso,
digno de tanta hermosura.
Mas cuando yo Sancho fuera
y él fuera yo, dime, Elvira,
¿cómo el rigor de tu ira
tratarme tan mal pudiera?
Tu crueldad ¿no considera
que esto es amor?

ELVIRA. No, señor ;
que amor que pierde al honor
el respeto, es vil deseo,
y siendo apetito feo,

no puede llamarse amor.

Amor se funda en querer
lo que quiere quien desea ;
que amor que rasto no sea,
ni es amor ni puede ser.

D. TELL. ¿Cómo no?

ELVIRA. ¿Quiéreslo ver?

Anoche, Tello, me viste ;
pues tan presto me quisiste,
que apenas consideraste
qué fué lo que deseaste,
que es en lo que amor consiste.

Y no traigamos aquí
más argumentos, señor.
Soy mujer y tengo amor ;
nada has de alcanzar de mí.

D. TELL. ¿Puédese creer que así
responda una labradora?
Pero confiésame ahora
que eres necia en ser discreta,
pues viéndote tan perfeta,
cuanto más, más enamora.

Y ¡ojalá fueras mi igual!
Mas bien ves que tu bajeza
afrentara mi nobleza,
y que pareciera mal
juntar brocado y sayal.
Sabe Dios si amor me esfuerza
que mi buen intento tuerza ;

pero ya el mundo trazó
estas leyes, a quien yo
he de obedecer por fuerza.

Sale FELICIANA.

FELIC. Perdone, hermano, si soy
más piadosa que quisieras.
Espera, ¿de qué te alteras?

D. TELL. ¡Qué necia estás!

FELIC. Necia estoy.

Déjala estar unos días
contigo en conversación,
y conmigo, que es razón.

ELVIRA. Puedan las lágrimas mías
moveros, noble señora,
a interceder por mi honor. (*Lllaman.*)

FELIC. Sin esto, advierte, señor,
que debe de haber un hora
que están llamando a la puerta
su viejo padre y su esposo,
y que es justo y aun forzoso
que la hallen los dos abierta;
porque, si no, entran aquí.
Dirán que tienes a Elvira.

D. TELL. Todos me mueven a ira.
Elvira, escóndete ahí,
y entren esos dos villanos.

ELVIRA. ¡Gracias a Dios que me dejas
descansar!

CELIO. (*Dentro.*) Señora.

FELIC. Llamad
esos pobres labradores.—
Trátalos bien, y no ignores
que importa a tu calidad.

Salen NUÑO y SANCHEO.

NUÑO. Besando el suelo de tu noble casa
(que de besar tus pies somos indinos),
venimos a decirte lo que pasa,
si bien con mal formados desatinos.
Sancho, señor, que con mi Elvira casa,
de quien los dos habíais de ser padrinos,
viene a quejarse del mayor agravio
que referirte puede humano labio.

SANCHO. Magnánimo señor, a quien las frentes
humillan estos montes coronados
de nieve, que bajando en puras fuentes
besan tus pies en estos verdes prados:
por consejo de Nuño y sus parientes,
en tu valor divino confiados,
te vine a hablar y te pedí licencia,
y honraste mi humildad con tu presencia.

Haber estado en esta casa, creo
que obligue tu valor a la venganza.

de caso tan atroz, inorme y feo,
que la nobleza de tu nombre alcanza.
Si alguna vez amor algún deseo
trujo la posesión a tu esperanza,
y al tiempo de gozarla la perdieras,
considera, señor, lo que sintieras.

D. TELL. Pésame gravemente, Sancho amigo,
de tal atrevimiento, y en mi tierra
no quedará el villano sin castigo
que la ha robado y en su casa encierra.
Solicita tú y sabe qué enemigo,
con loco amor, con encubierta guerra
nos ofende a los dos con tal malicia;
que si se sabe, yo te haré justicia.

Y a los villanos que de mí murmuran
haré azotar por tal atrevimiento.
Idos con Dios.

SANCHO. Mis celos se aventuran.

NUÑO. Sancho, tente, por Dios.

SANCHO. Mi muerte intento.

D. TELL. Sabedme por allá los que procuran
mi deshonor.

SANCHO. ¡Extraño pensamiento!

D. TELL. Yo no sé dónde está, porque, a sabello,
os la diera, por vida de don Tello.

Sale ELVIRA, y pónese en medio DON TELLO.

ELVIRA. Sí sabe, esposo, que aquí
me tiene Tello escondida.

- SANCHO. ¡Esposa, mi bien, mi vida!
- D. TELL. ¿Esto has hecho contra mí?
- SANCHO. ¡Ay, cuál estuve por ti!
- NUÑO. ¡Ay, hija, cuál me has tenido!
- El juicio tuve perdido.
- D. TELL. ¡Teneos, apartaos, villanos!
- SANCHO. Déjame tocar sus manos,
mira que soy su marido.
- D. TELL. ¡Celio, Julio! ¡Hola! Criados,
estos villanos matad.
- FELIC. Hermano, con más piedad,
mira que no son culpados.
- D. TELL. Cuando estuvieran casados,
fuera mucho atrevimiento.
¡Matadlos!
- SANCHO. Yo soy contento
de morir y no vivir,
aunque es tan fuerte el morir.
- ELVIRA. Ni vida ni muerte siento.
- SANCHO. Escucha, Elvira, mi bien:
yo me dejaré matar.
- ELVIRA. Yo ya me sabré guardar
aunque mil muertes me den.
- D. TELL. ¿Es posible que se estén
requebrando? ¿Hay tal rigor?
¡Ah, Celio, Julio!

Salen CELIO y JULIO.

JULIO.

Señor.

D. TELL. ¡Matadlos a palos!

CELIO.

¡Mueran!

(Echanlos a palos.)

D. TELL. En vano remedio esperan
tus quejas de mi furor.

Ya pensamiento tenía
de volverte, y tan airado
estoy en ver que has hablado
con tan notable osadía,
que por fuerza has de ser mía. *(Vanse.)*

Salen CELIO y JULIO tras SANCHO y NUÑO.

JULIO.

Ansí pagan los villanos
tan grandes atrevimientos.

CELIO.

¡Salgan fuera de palacio!

LOS DOS.

¡Salgan!

(Vanse.)

SANCHO.

Matadme, escuderos.

¡No tuviera yo una espada!

NUÑO.

Hijo, mira que sospecho
que este hombre te ha de matar,
atrevido y descompuesto.

SANCHO.

Pues ¿será bueno vivir?

NUÑO.

Mucho se alcanza viviendo.

SANCHO.

Vive Dios, de no quitarme
de los umbrales que veo,
aunque me maten; que vida

- sin Elvira no la quiero.
- NUÑO. Vive y pedirás justicia,
que rey tienen estos reinos,
o en grado de apelación
la podrás pedir al cielo.
El rey de Castilla, Alfonso,
por sus valerosos hechos,
reside agora en León;
pues es recto y justiciero,
parte allá y informarásle
deste agravio; que sospecho
que nos ha de hacer justicia.
- SANCHO. ¡Ay, Nuño! Tengo por cierto
que el rey de Castilla, Alfonso,
es un príncipe perfeto;
mas ¿por dónde quieres que entre
un labrador tan grosero?
¿Qué corredor de palacio
osará mi atrevimiento
pisar? ¿Qué portero, Nuño,
permitirá que entre dentro?
Allí, a la tela, al brocado,
al grave acompañamiento
abren las puertas, si tienen
razón, que yo lo confieso;
pero a la pobreza, Nuño,
sólo dejan los porteros
que miren las puertas y armas,
y esto ha de ser desde lejos.

Iré a León y entraré
en Palacio, y verás luego
cómo imprimen en mis hombros
de las cuchillas los cuentos.
Pues andar con memoriales
que tome el Rey ; santo y bueno !
haz cuenta que de sus manos
en el olvido cayeron.
Volveréme habiendo visto
las damas y caballeros,
la iglesia, el palacio, el parque,
los edificios, y pienso
que traeré de allá mal gusto
para vivir entre tejos,
robles y encinas, adonde
canta el ave y ladra el perro.
No, Nuño, no aciertas bien.

NUÑO. Sancho, yo sé bien si acierto.
Ve a hablar al rey Alfonso ;
que si aquí te quedas, pienso
que te han de quitar la vida.

SANCHO. Pues eso, Nuño, deseo.

NUÑO. Yo tengo un rocín castaño,
que apostará con el viento
sus crines contra sus alas,
sus clavos contra su freno ;
parte en él y irá Pelayo
en aquel pequeño overo
que suele llevar al campo.

SANCHO. Por tu gusto te obedezco.
Pelayo, ¿irás tú conmigo
a la corte?

PELAYO. Y tan contento
de ver lo que nunca he visto,
Sancho, que los pies te beso.
Dícenme acá de la corte
que con huevos y torreznos
empiedran todas las calles
y tratan los forasteros
como si fueran de Italia,
de Flandes o de Marruecos.
Vamos, por Dios, a la corte.

SANCHO. Padre, adiós; partirme quiero.
Echame tu bendición.

NUÑO. Hijo, pues eres discreto,
habla con ánimo al Rey.

SANCHO. Tú sabrás mi atrevimiento.
Partamos.

NUÑO. ¡Adiós, mi Sancho!

SANCHO. ¡Adiós, Elvira!

PELAYO. ¡Adiós, puercos!

*Salen el REY y el CONDE y DON ENRIQUE.
y acompañamiento.*

REY. Mientras que se apercibe
mi partida a Toledo y me responde
el de Aragón, que vive
ahora en Zaragoza, sabed, Conde,

si están ya despachados
todos los pretendientes y soldados,
y mirad si hay alguno
también que quiera hablarme.

CONDE. No ha quedado
por despachar ninguno.

D. ENR. Un labrador gallego he visto echado
a esta puerta, y bien triste.

REY. Pues ¿quién a ningún pobre la resiste?
Id, Enrique de Lara,
y traedle vos mismo a mi presencia.
(*Vase ENRIQUE.*)

CONDE. ¡Virtud heroica y rara!
¡Compasiva piedad, suma clemencia!
¡Oh ejemplo de los reyes,
divina observación de santas leyes!

Salen ENRIQUE, SANCHE y PELAYO.

D. ENR. Dejad las azagayas.

SANCHE. A la pared, Pelayo, las arrima.

PELAYO. Con pie derecho vayas.

SANCHE. ¿Cuál es el Rey, señor?

D. ENR. Aquel que arrima
la mano agora al pecho.

SANCHE. Bien puede, de sus obras satisfecho.
Pelayo, no te asombres.

PELAYO. Mucho tienen los reyes del invierno,
que hacen temblar los hombres.

SANCHE. Señor...

- REY. Habla, sosiega.
- SANCHO. Que el gobierno
de España agora tienes...
- REY. Dime quién eres y de dónde vienes.
- SANCHO. Dame a besar tu mano,
porque ennoblezca mi grosera boca,
príncipe soberano;
que si mis labios, aunque indignos, toca,
yo quedaré discreto.
- REY. ¿Con lágrimas la bañas? ¿A qué efeto?
- SANCHO. Mal hicieron mis ojos,
pues propuso la boca su querella
y quieren darla enojos,
para que, puesta vuestra mano en ella,
diera justo castigo
a un hombre poderoso, mi enemigo.
- REY. Esfuérzate y no llores,
que aunque en mí la piedad es muy propicia,
para que no lo ignores,
también doy atributo a la justicia.
Di quién te hizo agravio;
que quien al pobre ofende, nunca es sabio.
- SANCHO. Son niños los agravios
y son padres los reyes: no te espantes
que hagan con los labios,
en viéndolos, pucheros semejantes.
- REY. Discreto me parece;
primero que se queja me enternece.
- SANCHO. Señor, yo soy hidalgo,

si bien pobre en mudanzas de fortuna,
porque con ellas salgo
desde el calor de mi primera cuna.
Con este pensamiento,
quise mi igual en justo casamiento.

Mas como siempre yerra
quien de su justa obligación se olvida,
al señor desta tierra,
que don Tello de Neira se apellida,
con más llaneza que arte,
pidiéndole licencia, le di parte.

Liberal la concede,
y en las bodas me sirve de padrino;
mas el amor, que puede
obligar al más cuerdo a un desatino,
le ciega y enamora,
señor, de mi querida labradora.

No deja desposarme,
y aquella noche, con armada gente,
la roba, sin dejarme
vida que viva, protección que intente,
fuera de vos y el cielo,
a cuyo tribunal sagrado apelo.

Que habiéndola pedido
con lágrimas su padre y yo, tan fiero,
señor, ha respondido,
que vieron nuestros pechos el acero;
y siendo hidalgos nobles,
las ramas, las entrañas de los robles.

REY. Conde.

CONDE. Señor.

REY. Al punto
tinta y papel. Llegadme aquí una silla.

*Sacan un bufete y recado de escribir, y siéntase
el REY a escribir.*

CONDE. Aquí está todo junto.

SANCHO. Su gran valor espanta y maravilla.

Al Rey hablé, Pelayo.

PELAYO. El es hombre de bien, ¡voto a mi sayo!

SANCHO. ¿Qué entrañas hay crueles
para el pobre?

PELAYO. Los reyes castellanos
deben de ser angeles.

SANCHO. ¿Vestidos no los ves como hombres llanos?

PELAYO. De otra manera había
un rey que Tello en un tapiz tenía:
la cara abigarrara,
y la calza caída en media pierna,
y en la mano una vara,
y un tocado a manera de linterna,
con su corona de oro,
y un barbuquejo, como turco o moro.

Yo preguntéle a un paje
quién era aquel señor de tanta fama,
que me admiraba el traje;
y respondiome: "El rey Baúl se llama."

SANCHO. ¡Necio! Saúl diría.

PELAYO. Baúl cuando al Badil matar quería.

SANCHO. David, su yerno era.

PELAYO. Sí; que en la iglesia predicaba el cura
que le dió en la mollera
con una de Moisés lágrima dura
a un gigante que olía.

SANCHO. Golías, bestia.

PELAYO. El cura lo decía.

Acaba el REY de escribir.

REY. Conde, esa carta cerrad.
¿Cómo es tu nombre, buen hombre?

SANCHO. Sancho, señor, es mi nombre,
que a los pies de tu piedad
pido justicia de quien,
en su poder confiado,
a mi mujer me ha quitado,
y me quitara también
la vida, si no me huyera.

REY. ¿Que es hombre tan poderoso
en Galicia?

SANCHO. Es tan famoso,
que desde aquella ribera
hasta la romana torre
de Hércules es respetado;
si está con un hombre airado,
sólo el cielo le socorre.

El pone y él quita leyes;
que estas son las condiciones

- de soberbios infanzones
que están lejos de los reyes.
- CONDE. La carta está ya cerrada.
- REY. Sobreescribidla a don Tello
de Neira.
- SANCHO. Del mismo cuello
me quitas, señor, la espada.
- REY. Esa carta le darás,
con que te dará tu esposa.
- SANCHO. De tu mano generosa,
¿hay favor que llegue a más?
- REY. Buen hombre sois.
- PELAYO. Soy, en fin,
quien por vos su patria deja.
- REY. ¿Tenéis vos alguna queja?
- PELAYO. Sí, señor, deste rocín.
- REY. Digo que os cause cuidado.
- PELAYO. Hambre tengo; si hay cocina
por acá...
- REY. ¿Nada os inclina
de cuanto aquí veis colgado,
que a vuestra casa llevéis?
- PELAYO. No hay allá donde ponello:
enviádselo a don Tello,
que tien desto cuatro u seis.
- REY. ¡Qué gracioso labrador!
¿Qué sois allá en vuestra tierra?
- PELAYO. Señor, ando por la sierra,
cochero soy del señor.

REY. ¿Coches hay allá?

PELAYO. Que no;
soy que guardo los cochinos.

REY. ¡Qué dos hombres peregrinos
aquella tierra juntó!

Aquél con tal condición,
y éste con tanta ignorancia.
Tomad vos. (*Dale un bolsillo.*)

PELAYO. No es de importancia.

REY. Tomadlos, doblones son.
Y vos la carta tomad,
y id en buen hora.

SANCHO. Los cielos
te guarden.

(*Vase el REY y los caballeros.*)

PELAYO. ¡Hola! Tomélos.

SANCHO. ¿Dineros?

PELAYO. Y en cantidad.

SANCHO. ¡Ay, mi Elvira! Mi ventura
se cifra en este papel,
que pienso que llevo en él
libranza de tu hermosura.

Vanse, y salen DON TELLO y CELIO.

CELIO. Como me mandaste, fuí
a saber de aquel villano,
y aunque lo negaba Nuño,
me lo dijo amenazado:
No está en el valle, que ha días

que anda ausente.

D. TELL. ; Extraño caso!

CELIO. Dice que es ido a León.

D. TELL. ¿A León?

CELIO. Y que Pelayo
le acompañaba.

D. TELL. ¿A qué efeto?

CELIO. A hablar al Rey.

D. TELL. ; En qué caso?

El no es de Elvira marido.

Yo ¿por qué le hago agravio?

cuando se quejara Nuño,

estuviera disculpado;

pero ; Sancho!

CELIO. Esto me han dicho

pastores de tus ganados;

y como el mozo es discreto

y tiene amor, no me espanto,

señor, que se haya atrevido.

D. TELL. Y ¿no habrá más de en llegando
hablar a un rey de Castilla?

CELIO. Como Alfonso se ha criado
en Galicia con el conde
don Pedro de Andrada y Castro,
no le negará la puerta,
por más que sea hombre bajo,
a ningún gallego. (Lllaman.)

D. TELL. Celio,
mira quién está llamando.

- ¿No hay pajes en esta sala?
CELIO. ¡Vive Dios, señor, que es Sancho,
este mismo labrador
de quien estamos hablando!
D. TELL. ¿Hay mayor atrevimiento?
CELIO. Así vivas muchos años,
que veas lo que te quiere.
D. TELL. Di que entre, que aquí le aguardo.

Entran SANCHO y PELAYO.

- SANCHO. Dame, gran señor, los pies.
D. TELL. ¿Adónde, Sancho, has estado,
que ha días que no te he visto?
SANCHO. A mí me parecen años.
Señor, viendo que tenías,
esa porfía en que has dado,
o sea amor a mi Elvira,
fuí a hablar al Rey castellano,
como supremo juez
para deshacer agravios.
D. TELL. Pues ¿qué dijiste de mí?
SANCHO. Que habiéndome yo casado,
me quitaste mi mujer.
D. TELL. ¿Tu mujer? ¡Mientes, villano!
¿Entró el cura aquella noche?
SANCHO. No, señor; pero de entrambos
sabía las voluntades.
D. TELL. Si nunca os tomó las manos,
¿cómo puede ser que sea

matrimonio?

SANCHO. Yo no trato
de si es matrimonio o no ;
aquesta carta me ha dado,
toda escrita de su letra.

D. TELL. De cólera estoy temblando. (Lee.)

“En recibiendo ésta, daréis a ese pobre labrador la mujer que le habéis quitado, sin réplica ninguna; y advertid que los buenos vasallos se conocen lejos de los reyes, y que los reyes nunca están lejos para castigar los malos.—EL REY.”

Hombre, ¿qué has traído aquí?

SANCHO. Señor, esa carta traigo
que me dió el Rey.

D. TELL. ¡Vive Dios,
que de mi piedad me espanto!
¿Piensas, villano, que temo
tu atrevimiento en mi daño?
¿Sabes quién soy?

SANCHO. Sí, señor ;
y en tu valor confiado
traigo esta carta, que fué
no, cual piensas, en tu agravio,
sino carta de favor
del señor Rey castellano
para que me des mi esposa.

D. TELL. Advierte que, respetando
la carta, a ti y al que viene

contigo...

PELAYO. ¡San Blas! ¡San Pablo!

D. TELL. No os cuelgo de dos almenas.

PELAYO. Sin ser día de mi santo,
es muy belliaca señal.

D. TELL. Salid luego de palacio,
y no paréis en mi tierra,
que os haré matar a palos.
Pícaros, villanos, gente
de solar humilde y bajo,
¡conmigo!...

PELAYO. Tiene razón;
que es mal hecho haberle dado
ahora esa pesadumbre.

D. TELL. Villanos, si os he quitado
esa mujer, soy quien soy,
y aquí reino en lo que mando,
como el Rey en su Castilla;
que no deben mis pasados
a los suyos esta tierra,
que a los moros la ganaron.

PELAYO. Ganáronsela a los moros,
y también a los cristianos,
y no debe nada al Rey.

D. TELL. Yo soy quien soy...

PELAYO. ¡San Macario!

¡Qué es aquesto!

D. TELL. Si no tomo
venganza con propias manos...

¡Dar a Elvira! ¡Qué es a Elvira!
¡Matadlos!... Pero dejadlos,
que en villanos es afrenta
manchar el acero hidalgo. (Vase.)

PELAYO. No le manche, por su vida.

SANCHO. ¿Qué te parece?

PELAYO. Que estamos
desterrados de Galicia.

SANCHO. Pierdo el seso imaginando
que éste no obedezca al Rey
por tener cuatro vasallos.
Pues ¡vive Dios!...

PELAYO. Sancho, tente;
que siempre es consejo sabio
ni pleitos con poderosos,
ni amistades con criados.

SANCHO. Volvámonos a León.

PELAYO. Aquí los doblones traigo
que me dió el Rey; vamos luego.

SANCHO. Diréle lo que ha pasado.
¡Ay, mi Elvira! ¡Quién te viera!
Salid, suspiros, y en tanto
que vuelvo, decid que muero
de amores.

PELAYO. Camina, Sancho.

(Vanse.)



ACTO TERCERO

Sale el REY y el CONDE y DON ENRIQUE.

REY. El cielo sabe, Conde, cuánto estimo
las amistades de mi madre.

CONDE. Estimo
esas razones, gran señor; que en todo
muestras valor divino y soberano.

REY. Mi madre gravemente me ha ofendido,
mas considero que mi madre ha sido.

Salen SANCHO y PELAYO.

PELAYO. Digo que puedes llegar.

SANCHO. Ya, Pelayo, viendo estoy
a quien toda el alma doy,
que no tengo más que dar:

aquel castellano sol,
aquel piadoso Trajano,
aquel Alcides cristiano
y aquel César español.

PELAYO. Yo, que no entiendo de historias,
de Kyries, son de marranos,

REY. Pienso que eres
un gallego labrador
que aquí me pidió favor.

REY. No te alteres.

127

pide a tu clemencia real
justicia.

REY. Dime tu mal,
y advierte que te oigo bien;
porque el pobre para mí
tiene cartas de favor.

SANCHO. La tuya, invicto señor,
a Tello en Galicia di,
para que, como era justo,
me diese mi prenda amada.
Leída y no respetada,
causóle mortal disgusto;
y no sólo no volvió,
señor, la prenda que digo,
pero con nuevo castigo
el porte della me dió;
que a mí y a este labrador
nos trataron de tal suerte,
que fué escapar de la muerte
dicha y milagro, señor.

Hice algunas diligencias
por no volver a cansarte,
pero ninguna fué parte
a mover sus resistencias.

Hablóle el cura, que allí
tiene mucha autoridad,
y un santo y bendito abad
que tuvo piedad de mí,
y en San Pelayo de Samos

reside; pero mover
su pecho no pudo ser,
ni todos juntos bastamos.

No me dejó que la viera,
que aun eso me consolara;
y así, vine a ver tu cara,
y a que justicia me hiciera
la imagen de Dios, que en ella
resplandece, pues la imita.

REY. Carta de mi mano escrita...
¿Mas que debió de rompella?

SANCHO. Aunque por moverte a ira
dijera de sí algún sabio,
no quiera Dios que mi agravio
te indigne con la mentira.

Leyóla y no la rompió;
mas miento, que fué rompella
leella y no hacer por ella
lo que su Rey le mandó.

En una tabla su ley
escribió Dios: ¿no es quebrar
la tabla el no la guardar?
Así el mandato del Rey.

REY. No es posible que no tengas
buena sangre, aunque te afligen
trabajos, y que de origen
de nobles personas vengas,
como muestra tu buen modo
de hablar y de proceder.

Ahora bien, yo he de poner
de una vez remedio en todo.

Conde.

CONDE. Gran señor.

REY. Enrique.

D. ENR. Señor.

REY. Yo he de ir a Galicia,
que me importa hacer justicia.
Y aquesto no se publique.

CONDE. Señor...

REY. ¿Qué me replicáis?
Poned del parque a las puertas
las postas.

CONDE. Pienso que abiertas
al vulgo se las dejáis.

REY. Pues ¿cómo lo han de saber,
si enfermo dicen que estoy
los de mi cámara?

D. ENR. Soy
de contrario parecer.

REY. Esta es mi resolución:
no me repliquéis.

CONDE. Pues sea
de aquí a dos días y vea
Castilla la prevención
de vuestra melancolía.

REY. Labradores.

SANCHO. Gran señor.

REY. Ofendido del rigor,

de la violencia y porfía
de don Tello, yo en persona
le tengo de castigar.

SANCHO. ¡Vos, señor! Sería humillar
al suelo vuestra corona.

REY. Id delante, y prevenid
de vuestro suegro la casa,
sin decirle lo que pasa,
ni a hombre humano, y advertid
que esto es pena de la vida.

SANCHO. Pues ¿quién ha de hablar, señor?

REY. Escuchad vos, labrador:
aunque todo el mundo os pida
que digáis quién soy, decid
que un hidalgo castellano,
puesta en la boca la mano
desta manera: advertid,
porque no habéis de quitar
de los labios los dos dedos.

PELAYO. Señor, los tendré tan quedos,
que no osaré bostezar.

Pero su merced mirando
con piedad mi suficiencia,
me ha de dar una licencia
de comer de cuando en cuando.

REY. No se entiende que has de estar
siempre la mano en la boca.

SANCHO. Señor, mirad que no os toca
tanto mi bajeza honrar.

Enviad, que es justa ley,
para que haga justicia,
algún alcalde a Galicia.

REY. El mejor alcalde, el Rey.

[Nuño logra hablar con su hija Elvira por una ventana
de su prisión.]

Vase ELVIRA y sale DON TELLO.

D. TELL. ¿Qué es esto? ¿Con quién habláis?

NUÑO. Señor, a estas piedras digo
mi dolor, y ellas conmigo
sienten cuán mal me tratáis;
que aunque vos las imitáis
en dureza, mi desvelo
huye siempre del consuelo,
que anda a buscar mi tristeza;
y aunque es tanta su dureza,
piedad les ha dado el cielo.

D. TELL. Aunque más forméis, villanos,
quejas, llantos e invenciones,
la causa de mis pasiones
no ha de salir de mis manos.
Vosotros sois los tiranos,
que no la queréis rogar
que dé a mi intento lugar;
que yo, que le adoro y quiero,
¿cómo puede ser, si muero,
que pueda a Elvira matar?

¿Qué señora presumís
que es Elvira? ¿Es más agora
de una pobre labradora?
Todos del campo vivís;
mas pienso que bien decís,
mirando la sujeción
del humano corazón,
que no hay mayor señorío
que pocos años y brío,
hermosura y discreción.

NUÑO. Señor, vos decís muy bien.
El cielo os guarde.

D. TELL. Sí hará,
y a vosotros os dará
el justo pago también.

NUÑO. ¡Que sufra el mundo que estén
sus leyes en tal lugar
que el pobre al rico ha de dar
su honor, y decir que es justo!
Mas tiene por ley su gusto
y poder para matar.

(*Vase.*)

Salen SANCHE, PELAYO y JUANA.

JUANA. Los dos seáis bien venidos.

SANCHE. No sé cómo lo seremos;
pero bien sucederá,

Juana, si lo quiere el cielo.

PELAYO. Si lo quiere el cielo, Juana,
sucedará por lo menos...

- que habremos llegado a casa,
y pues que tienen sus piensos
los rocines, no es razón
que envidia tengamos dellos.
- JUANA. ¿Ya nos vienes a matar?
- SANCHO. ¿Dónde está señor?
- JUANA. Yo creo
que es ido a hablar con Elvira.
- SANCHO. Pues ¿déjala hablar don Tello?
- JUANA. Allá por una ventana
de una torre dijo Celio.
- SANCHO. ¿En torre está todavía?
- PELAYO. No importa, que vendrá presto
quien le haga...
- SANCHO. Advierte, Pelayo...
- PELAYO. Olvidéme de los dedos.
- JUANA. Nuño viene.

Sale Nuño.

- SANCHO. ¡Señor mío!
- NUÑO. Hijo, ¿cómo vienes?
- SANCHO. Vengo
más contento a tu servicio.
- NUÑO. ¿De qué vienes más contento?
- SANCHO. Traigo un gran pesquisidor.
- PELAYO. Un pesquisidor traemos
que tiene...
- SANCHO. Advierte, Pelayo...
- PELAYO. Olvidéme de los dedos.

NUÑO. ¿Viene gran gente con él?

SANCHO. Dos hombres.

NUÑO. Pues yo te ruego,
hijo, que no intentes nada,
que será vano tu intento;
que un poderoso en su tierra,
con armas, gente y dinero,
o ha de torcer la justicia,
o alguna noche, durmiendo,
matarnos en nuestra casa.

.....

SANCHO. Lo que habéis de hacer, señor,
es prevenir aposento,
porque es hombre muy honrado.

PELAYO. Y tan honrado, que puedo
decir...

SANCHO. ¡Vive Dios, villano!

PELAYO. Olvidéme de los dedos.
Que no habré más palabra.

NUÑO. Hijo, descansa; que pienso
que te ha de costar la vida
tu amoroso pensamiento.

SANCHO. Antes voy a ver la torre
donde mi Elvira se ha puesto;
que, como el sol deja sombra,
podrá ser que de su cuerpo
haya quedado en la reja;
y si, como el sol traspuesto,
no la ha dejado, yo sé

que podrá formarla luego
mi propia imaginación. (Vase.)

NUÑO. ¡Qué extraño amor!

JUANA. Yo no creo
que se haya visto en el mundo.

NUÑO. Ven acá, Pelayo.

PELAYO. Tengo
qué decir a la cocina.

NUÑO. Ven acá, pues.

PELAYO. Luego vuelvo.

NUÑO. Ven acá.

PELAYO. ¿Qué es lo que quiere?

NUÑO. ¿Quién es este caballero
pesquisidor que trae Sancho?

PELAYO. El pecador que traemos
es un... ¡Dios me tenga en buenas!
es un hombre de buen seso,
descolorido, encendido;
alto, pequeño de cuerpo;
la boca, por donde come;
barbirrubio y barbinegro;
y si no lo miré mal,
es médico o quiere serlo,
porque, en mandando que sangren,
aunque sea del pescuezo...

NUÑO. ¿Hay bestia como éste, Juana?

Sale BRITO.

BRITO. Señor Nuño, corre presto,

porque a la puerta de casa
se apean tres caballeros
de tres hermosos caballos,
con lindos vestidos nuevos,
botas, espuelas y plumas.

NUÑO. ¡Válgame Dios, si son ellos!
Mas ¡pesquisidor con plumas!

PELAYO. Señor, vendrán más ligeros;
porque la recta justicia,
cuando no atiende a cohechos,
tan presto al concejo vuelve
como sale del concejo.

NUÑO. ¿Quién le ha enseñado a la bestia
esas malicias?

PELAYO. ¿No vengo
de la corte? ¿Qué se espanta?

*Vanse BRITO y JUANA, y salen el REY y los caballeros,
de camino, y SANCHE.*

SANCHE. Puesto que os vi desde lejos,
os conocí.

REY. Cuenta, Sancho,
que aquí no han de conocernos.

NUÑO. Seáis, señor, bien venido.

REY. ¿Quién sois?

SANCHE. Es Nuño, mi suegro.

REY. Estéis en buen hora, Nuño.

NUÑO. Mil veces los pies os beso.

REY. Avisad los labradores

- que no digan a don Tello
que viene pesquisidor.
- NUÑO. Cerrados pienso tenerlos
para que ninguno salga.
Pero, señor, tengo miedo
que traigáis dos hombres solos;
que no hay en todo este reino
más poderoso señor,
más rico ni más soberbio.
- REY. Nuño, la vara del rey
hace el oficio del trueno,
que avisa que viene el rayo;
solo, como veis, pretendo
hacer por el Rey justicia.
- NUÑO. En vuestra presencia veo
tan magnánimo valor,
que, siendo agraviado, tiemblo.
- REY. La información quiero hacer.
- NUÑO. Descansad, señor, primero,
que tiempo os sobra de hacella.
- REY. Nunca a mí me sobra tiempo.
¿Llegastes bueno, Pelayo?
- PELAYO. Sí, señor, llegué muy bueno.
Sepa Vuesa Señoría...
- REY. ¿Qué os dije?
- PELAYO. Póngome el freno.—
¿Viene bueno su merced?
- REY. Gracias a Dios, vengo bueno.
- PELAYO. A fe que he de presentalle,

si salimos con el pleito,
un puerco de su tamaño.

SANCHO. ¡Calla, bestia!

PELAYO. Pues ¿qué? ¿Un puerco
como yo, que soy chiquito?

REY. Llamad esa gente presto.

Salen BRITO, FILENO, JUANA y LEONOR.

BRITO. ¿Qué es, señor, lo que mandáis?

NUÑO. Si de los valles y cerros
han de venir los zagales,
esperaréis mucho tiempo.

REY. Estos bastan que hay aquí.—
¿Quién sois vos?

BRITO. Yo, señor bueno,
so Brito, un zagal del campo.

REY. ¿Qué sabéis vos de don Tello
y del suceso de Elvira?

BRITO. La noche del casamiento
la llevaron unos hombres
que aquestas puertas rompieron.

REY. Y vos, ¿quién sois?

JUANA. Señor, Juana,
su criada, que sirviendo
estaba a Elvira, a quien ya
sin honra y sin vida veo.

REY. Y ¿quién es aquel buen hombre?

PELAYO. Señor, Fileno el gaitero;
toca de noche a las brujas

que andan por esos barbechos,
y una noche le llevaron,
de donde trujo el asiento
como ruedas de salmón.

REY. Diga lo que sabe desto.

FILENO. Señor, yo vine a tañer,
y vi que mandó don Tello
que no entrara el señor cura.
El matrimonio deshecho,
se llevó a su casa a Elvira,
donde su padre y sus deudos
la han visto.

REY. ¿Y vos, labradora?

PELAYO. Esta es Antona de Cueto,
hija de Pero Miguel
de Cueto, de quien fué agüelo
Nuño de Cueto, y su tío
Martín Cueto, morganero
del lugar, gente muy noble;
tuvo dos tías que fueron
brujas, pero ha muchos años,
y tuvo un sobrino tuerto,
el primero que sembró
nabos en Galicia.

REY. Bueno
está aquesto por ahora.
Caballeros, descansemos,
para que a la tarde vamos
a visitar a don Tello.

- CONDE. Con menos información
pudieras tener por cierto
que no te ha engañado Sancho,
porque la inocencia déstos
es la prueba más bastante.
- REY. Haced traer de secreto
un clérigo y un verdugo.
(*Vanse el REY y los caballeros.*)
- NUÑO. Sancho.
- SANCHO. Señor.
- NUÑO. Yo no entiendo
este modo de juez:
sin cabeza de proceso
pide clérigo y verdugo.
- SANCHO. Nuño, yo no sé su intento.
- NUÑO. Con un escuadrón armado
aun no pudiera prenderlo,
cuanto más con dos personas.
- SANCHO. Démosle a comer, que luego
se sabrá si puede o no.
- NUÑO. ¿Comerán juntos?
- SANCHO. Yo creo
que el juez comerá solo,
y después comerán ellos.
- NUÑO. Escribano y alguacil
deben de ser.
- SANCHO. Eso pienso. (*Vase.*)
- NUÑO. Juana.
- JUANA. Señor.

NUÑO.

Adereza

ropa limpia, y al momento
matarás cuatro gallinas
y asarás un buen torrezno.
Y pues estaba pelado,
pon aquel pavillo nuevo
a que se ase también,
mientras que baja Fileno
a la bodega por vino.

PELAYO.

¡Voto al sol, Nuño, que tengo
de comer hoy con el juez!

(*Vase.*)

*Sale ELVIRA, huyendo de DON TELLO, y FELICIANA
deteniéndole. Sale por una parte y entra por otra.*

ELVIRA.

¡Favor, cielo soberano,
pues en la tierra no espero
remedio!

(*Vase.*)

D. TELL.

¡Matarla quiero!

FELIC.

¡Detén la furiosa mano!

D. TELL.

¡Mira que te he de perder
el respeto, Feliciana!

FELIC.

Merezco, por ser tu hermana
lo que no por ser mujer.

D. TELL.

¡Pese a la loca villana!
¡Que por un villano amor
no respete a su señor,
de puro soberbia y vana!

Pues no se canse en pensar



“¡Favor, cielo soberano,
pues en la tierra no espero
remedio!”

que se podrá resistir
que la tengo de rendir
o la tengo de matar.

Vase, y sale CELIO.

CELIO. No sé si es vano temor,
señora, el que me ha engañado;
a Nuño he visto en cuidado
de huéspedes de valor.

Sancho ha venido a la villa,
todos andan con recato;
con algún fingido trato
le han despachado en Castilla.

No los he visto jamás
andar con tanto secreto.

FELIC. No fuiste, Celio, discreto,
si en esa sospecha estás,
que ocasión no te faltara
para entrar y ver lo que es.

CELIO. Temí que Nuño después
de verme entrar se enojara,
que a todos nos quiere mal.

FELIC. Quiero avisar a mi hermano,
porque tiene este villano
bravo ingenio y natural.

Tú, Celio, quédate aquí
para ver si alguno viene.

(Vase FELICIANA.)

CELIO. Siempre la conciencia tiene

este temor contra sí;
demás que tanta crueldad
al cielo pide castigo.

Salen el REY, caballeros y SANCHE.

REY. Entrad y haced lo que digo.

CELIO. ¿Qué gente es ésta?

REY. Llamad.

SANCHE. Este, señor, es criado
de don Tello.

REY. ¡Ah, hidalgo! Oíd.

CELIO. ¿Qué me queréis?

REY. Advertid
a don Tello que he llegado
de Castilla y quiero hablalle.

CELIO. Y ¿quién diré que sois?

REY. Yo.

CELIO. ¿No tenéis más nombre?

REY. No.

CELIO. ¿Yo no más, y con buen talle?
Puesto me habéis en cuidado.
Yo voy a decir que Yo
está a la puerta.

(Vase.)

ENRIQUE. Ya entró.

CONDE. Temo que responda airado,
y era mejor declararte.

REY. No era, porque su miedo
le dirá que sólo puedo
llamarme Yo en esta parte.

Sale CELIO.

CELIO. A don Tello, mi señor,
dije cómo Yo os llamáis,
y me dice que os volváis,
que él solo es Yo por rigor;
que quien dijo Yo por ley
justa del cielo y del suelo,
es sólo Dios en el cielo,
y en el suelo sólo el Rey.

REY. Pues un alcalde decid
de su casa y corte.

CELIO. (*Túrbase.*) Iré.
y ese nombre le diré.

REY. En lo que os digo advertid.

(*Vase CELIO.*)

CONDE. Parece que el escudero
se ha turbado.

ENRIQUE. El nombre ha sido
la causa.

SANCHO. Nuño ha venido;
licencia, señor, espero
para que llegue, si es gusto
vuestro.

REY. Llegue, porque sea
en todo lo que desea
parte, de lo que es tan justo,
como del pesar lo ha sido.

SANCHO. Llegad, Nuño, y desde afuera
mirad.

Salen NUÑO y todos los villanos.

NUÑO. Sólo ver me altera
la casa deste atrevido.
Estad todos con silencio.
JUANA. Habla Pelayo, que es loco.
PELAYO. Vosotros veréis cuán poco
de un mármol me diferencio.
NUÑO. ¡Que con dos hombres no más
viniese! ¡Extraño valor!

Sale FELICIANA, deteniendo a DON TELLO, y los criados

FELIC. Mira lo que haces, señor.
Tente, hermano, ¿dónde vas?
D. TELL. ¿Sois, por dicha, hidalgo, vos
el alcalde de Castilla
que me busca?
REY. ¿Es maravilla?
D. TELL. Y no pequeña, ¡por Dios!,
si sabéis quién soy aquí.
REY. Pues ¿qué diferencia tiene
del Rey quien en nombre viene
suyo?
D. TELL. Mucha contra mí.
Y vos, ¿adónde traéis
la vara?
REY. En la vaina está,
de donde presto saldrá,
y lo que pasa veréis.
D. TELL. ¿Vara en la vaina? ¡Oh, qué bien!

No debéis de conocerme.

Si el Rey no viene a prenderme,
no hay en todo el mundo quién.

REY. ¡Pues yo soy el Rey, villano!

PELAYO. ¡Santo Domingo de Silos!

D. TELL. Pues, señor, ¿tales estilos
tiene el poder castellano?

 ¿Vos mismo? ¿Vos en persona?

Que me perdonéis os ruego.

REY. Quitadle las armas luego.

Villano, ¡por mi corona,
que os he de hacer respetar
las cartas del Rey!

FELIC. Señor,
que cese tanto rigor
os ruego.

REY. No hay que rogar.

Venga luego la mujer
deste pobre labrador.

D. TELL. No fué su mujer, señor.

REY. Basta que lo quiso ser.

Y ¿no está su padre aquí,
que ante mí se ha querellado?

D. TELL. Mi justa muerte ha llegado.

A Dios y al Rey ofendí.

Sale ELVIRA, sueltos los cabellos.

ELVIRA. Luego que tu nombre
oyeron mis quejas,

castellano Alfonso,
que a España gobiernas,
salí de la cárcel
donde estaba presa,
a pedir justicia
a tu real clemencia.
Hija soy de Nuño
de Aibar, cuyas prendas
son bien conocidas
por toda esta tierra.
Amor me tenía
Sancho de Roelas;
súpolo mi padre,
casarnos intenta.
Sancho, que servía
a Tello de Neira,
para hacer la boda
le pidió licencia;
vino con su hermana,
los padrinos eran;
vióme y codicióme;
la traición concierta.
Difiere la boda,
y viene a mi puerta
con hombres armados
y máscaras negras.
Llevóme a su casa,
donde con promesas
derribar pretende

mi casta firmeza ;
y desde su casa
a un bosque me lleva,
cerca de una quinta
un cuarto de legua ;
allí, donde sólo
la arboleda espesa,
que al sol no dejaba
que testigo fuera,
escuchar podía
mis tristes endechas.
Digan mis cabellos,
pues saben las yerbas
que dejé en sus hojas
infinitas hebras,
qué defensas hice
contra sus ofensas ;
y mis ojos digan
qué lágrimas tiernas,
que a un duro peñasco
ablandar pudieran.

REY. Pésame de llegar tarde :
llegar a tiempo quisiera,
que pudiera remediar
de Sancho y Nuño las quejas ;
pero puedo hacer justicia
cortándole la cabeza
a Tello : venga el verdugo.

FELIC. Señor, tu real clemencia

- tenga piedad de mi hermano.
- REY. Cuando esta causa no hubiera,
el desprecio de mi carta,
mi firma, mi propia letra,
¿no era bastante delito?
Hoy veré yo tu soberbia,
don Tello, puesta a mis pies.
- D. TELL. Cuando hubiera mayor pena,
invictísimo señor,
que la muerte que me espera,
confieso que la merezco.
- ENRIQUE. Si puedo en presencia vuestra...
- CONDE. Señor, muévaos a piedad
que os crié en aquesta tierra.
- FELIC. Señor, el conde don Pedro
de vos por merced merezca
la vida de Tello.
- REY. El Conde
merece que yo le tenga
por padre; pero también
es justo que el Conde advierta
que ha de estar a mi justicia
obligado de manera
que no me ha de replicar.
- CONDE. Pues la piedad ¿es bajaiza?
- REY. Cuando pierde de su punto
la justicia, no se acierta
en admitir la piedad:
divinas y humanas letras

dan ejemplos. Es traidor
todo hombre que no respeta
a su rey, y que habla mal
de su persona en ausencia.
Da, Tello, a Elvira la mano,
para que pagues la ofensa
con ser su esposo; y después
que te corten la cabeza
podrá casarse con Sancho,
con la mitad de tu hacienda
en dote. Y vos, Feliciano,
seréis dama de la Reina,
en tanto que os doy marido
conforme a vuestra nobleza.

NUÑO.

Temblando estoy.

PELAYO.

¡Bravo rey!

SANCHO.

Y aquí acaba la comedia
del mejor alcalde, historia
que afirma por verdadera
la corónica de España:
la cuarta parte la cuenta.





EL CABALLERO DE OLMEDO

PERSONAS

DON ALONSO.	ANA.
DON RODRIGO.	FABIA.
DON FERNANDO.	TELLO.
DON PEDRO.	MENDO.
EL REY DON JUAN EL II.	UN LABRADOR.
EL CONDESTABLE.	CRIADOS. UNA SOMBRA.
DOÑA INÉS.	ACOMPAÑAMIENTO.—GENTE.
DOÑA LEONOR.	

[La acción pasa en Medina del Campo, en Olmedo y en un camino.]

[Don Alonso, noble caballero de Olmedo, ve en la feria de Medina del Campo a Inés, y súbitamente se enamora de tan gran belleza. Por medio de su criado Tello entra en relaciones con la vieja Fabia, digna heredera de Celestina, que ha de servir de tercera en estos amores, por cierto nada pecaminosos.]

ACTO PRIMERO

[Sala en casa de don Pedro en Medina.]

DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR.

D.^a INÉS. Y todos dicen, Leonor,
que nace de las estrellas.

D.^a LEON. De manera que sin ellas
no hubiera en el mundo amor.

- D.^a INÉS. Dime tú: si don Rodrigo
ha que me sirve dos años,
y su talle y sus engaños
son nieve helada conmigo,
y en el instante que vi
este galán forastero
me dijo el alma "Este quiero",
y yo le dije "Sea así",
¿quién concierta y desconcierta
este amor y desamor?
- D.^a LEON. Tira como ciego amor,
yerra mucho, y poco acierta.
Demás que negar no puedo
(aunque es de Fernando amigo
tu aborrecido Rodrigo,
por quien obligada quedo
a intercederte por él)
que el forastero es galán.
- D.^a INÉS. Sus ojos causa me dan
para ponerlos en él,
pues pienso que en ellos vi
el cuidado que me dió,
para que mirase yo
con el que también le di.
Pero ya se habrá partido.
- D.^a LEON. No le miro yo de suerte
que pueda vivir sin verte.

ANA. Dichas.

ANA. Aquí, señora, ha venido
la Fabia, o la Fabiana.

D.^a INÉS. Pues ¿quién es esa mujer?

ANA. Una que suele vender
para las mejillas grana,
y para la cara nieve.

D.^a INÉS. ¿Quieres tú que entre, Leonor?

D.^a LEON. En casas de tanto honor,
no sé yo cómo se atreve;
que no tiene buena fama.
Mas ¿quién no desea ver?

D.^a INÉS. Ana, llama esa mujer.

ANA. (*En la puerta.*) Fabia, mi señora os llama.

(*Vase.*)

FABIA, DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR.

FABIA. (*Ap.* Y ¡cómo si yo sabía
que me habías de llamar!)
¡Ay! Dios os deje gozar
tanta gracia y bizarría,
tanta hermosura y donaire!
Que cada día que os veo
con tanta gala y aseo,
y pisar de tan buen aire,
os echo mil bendiciones;
y me acuerdo como agora
de aquella ilustre señora,

que con tantas perfecciones

fué la fénix de Medina,

fué el ejemplo de lealtad.

¡Qué generosa piedad,
de eterna memoria dína!

¡Qué de pobres la lloramos!

¿A quién no hizo mil bienes?

D.^a INÉS. Dinos, madre, a lo que vienes.

FABIA. ¡Qué de huérfanas quedamos
por su muerte malograda!

La flor de las Catalinas.

Hoy la lloran mis vecinas,

no la tienen olvidada.

Y a mí ¿qué bien no me hacía?

¡Qué en agraz se la llevó
la muerte! No se logró.

Aún cincuenta no tenía.

D.^a INÉS. No llores, madre, no llores.

FABIA. No me puedo consolar,
cuando la veo llevar
a la muerte las mejores,
y que yo me quede acá.
Vuestro padre, Dios le guarde,
¿está en casa?

D.^a LEON. Fué esta tarde
al campo.

FABIA. (Ap.) Tarde vendrá.

Si va a deciros verdades,
moza sois, vieja soy yo...

Más de una vez me fió
don Pedro sus mocedades;
pero teniendo respeto
a la que pudre, yo hacía
(como quien se lo debía)
mi obligación. En efeto,
de diez mozas, no le daba
cinco.

D.^a INÉS.

¡Qué virtud!

FABIA.

No es poco;

que era vuestro padre un loco:
cuanto vía tanto amaba.

Si sois de su condición,
me admiro de que no estéis
enamoradas. ¿No hacéis,
niñas, alguna oración
para casaros?

D.^a INÉS.

No, Fabia.

eso siempre será presto.

FABIA.

Padre que se duerme en esto,
mucho a sí mismo se agravia.

La fruta fresca, hijas mías,
es gran cosa, y no aguardar
a que la venga a arrugar
la brevedad de los días.

Cuantas cosas imagino,
dos solas, en mi opinión,
son buenas, viejas.

D.^a LEON.

Y ¿son?...

- FABIA. Hija, el amigo y el vino.
¿Véisme aquí? Pues yo os prometo
que fué tiempo en que tenía
mi hermosura y bizzaría
más de algún galán sujeto.
¿Quién no alababa mi brío?
¡Dichoso a quien yo miraba!
Pues ¿qué seda no arrastraba?
¡Qué gasto, qué plato el mío!
Andaba en palmas, en andas.
Pues ¡ay, Dios!, si yo quería,
¡qué regalos no tenía
desta gente de hopalandas!
Pasó aquella primavera,
no entra un hombre por mi casa;
que como el tiempo se pasa,
pasa la hermosura.
- D.^a INÉS. Espera,
¿qué es lo que traes aquí?
- FABIA. Niñerías que vender
para comer, por no hacer
cosas malas.
- D.^a LEON. Hazlo ansí,
madre, y Dios te ayudará.
- FABIA. Hija, mi rosario y misa:
esto cuando estoy de prisa,
que si no...
- D.^a INÉS. Vuélvete acá.
¿Qué es esto?

FABIA. Papeles son
de alcanfor y solimán.
.....

D.^a INÉS. ¿Qué hay aquí?

FABIA. Polvos de dientes, jabones
de manos, pastillas, cosas
curiosas y provechosas.

D.^a INÉS. ¿Y esto?

FABIA. Algunas oraciones.
¡Qué no me deben a mí
las ánimas!

D.^a INÉS. Un papel
hay aquí.

FABIA. Diste con él,
cual si fuera para ti.
Suéltale: no le has de ver,
bellaquilla, curiosilla.

D.^a INÉS. Deja, madre...

FABIA. Hay en la villa
cierto galán bachiller
que quiere bien una dama;
prométeme una cadena
porque le dé yo, con pena
de su honor, recato y fama.
Aunque es para casamiento,
no me atrevo. Haz una cosa
por mí, doña Inés hermosa,
que es discreto pensamiento.
Respóndeme a este papel,

y diré que me le ha dado
su dama.

D.^a INÉS. Bien lo has pensado
si pescas, Fabia, con él
la cadena prometida.
Yo quiero hacerte este bien.

FABIA. Tantos los cielos te den,
que un siglo alarguen tu vida.
lee el papel.

D.^a INÉS. Allá dentro,
y te traeré la respuesta. (Vase.)

D.^a LEON. ¡Qué buena invención!

FABIA. (Ap.) Aprresta,
fiero habitador del centro,
fuego accidental que abrase
el pecho desta doncella.

DON RODRIGO, DON FERNANDO, DOÑA LEONOR,
FABIA.

D. RODR. (A D. Fern.) Hasta casarme con ella,
será forzoso que pase
por estos inconvenientes.

D. FERN. Mucho ha de sufrir quien ama.

D. RODR. Aquí tenéis vuestra dama.

FABIA. (Ap. ¡Oh, necios impertinentes!
¿Quién os ha traído aquí?)

D. RODR. Pero ¡en lugar de la mía,
aquella sombra!

FABIA. (A doña Leonor.) Sería

gran limosna para mí;
que tengo necesidad.

D.^a LEON. Yo haré que os pague mi hermana.

D. FERN. Si habéis tomado, señora,
o por ventura os agrada
algo de lo que hay aquí
(si bien serán cosas bajas
las que aquí puede traer
esta venerable anciana,
pues no serán ricas joyas
para ofreceros la paga),
mandadme que os sirva yo.

D.^a LEON. No habemos comprado nada;
que es esta buena mujer
quien suele lavar en casa
la ropa.

D. RODR. ¿Qué hace don Pedro?

D.^a LEON. Fué al campo; pero ya tarda.

D. RODR. Mi señora doña Inés...

D.^a LEON. Aquí estaba... Pienso que anda
despachando esta mujer.

D. RODR. (*Ap.* Si me vió por la ventana,
¿quién duda que huyó por mí?)
¿Tanto de ver se recata
quien más servirla desea?

D.^a LEON. Ya sale.

DOÑA INÉS, *con un papel en la mano*.—DICHOS.

D.^a LEON. (*A su hermana.*) Mira que aguarda

por la cuenta de la ropa
Fabia.

D.^a INÉS. Aquí la traigo, hermana.
tomad, y haced que ese mozo
la lleve.

FABIA. ¡Dichosa el agua
que ha de lavar, doña Inés,
las reliquias de la holanda
que tales cristales cubre!

(Abre el papel y hace que lee.)

Seis camisas, diez toallas,
cuatro tablas de manteles,
dos cosidos de almohadas,
seis camisas de señor,
ocho sábanas... Mas basta ;
que todo vendrá más limpio
que los ojos de la cara.

D. RODR. Amiga, ¿queréis ferirme
ese papel, y la paga
fiad de mí, por tener
de aquellas manos ingratas
letra siquiera en las mías?

FABIA. ¡En verdad que negociara
muy bien si os diera el papel!
Adiós, hijas de mi alma.

DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR, RODRIGO, DON FERNANDO.

D. RODR. Esta memoria aquí había
de quedar, que no llevarla.

D.^a LEON. Llévala y vuélvela, a efeto
de saber si algo le falta.

D.^a INÉS. Mi padre ha venido ya.
Vuestas mercedes se vayan,
o le visiten; que siente
que nos hablen, aunque calla.

(Vanse los dos.)

DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR.

D.^a INÉS. ¡Qué de necedades juntas!

D.^a LEON. No fué la tuya menor.

D.^a INÉS. ¿Cuándo fué discreto amor,
si del papel me preguntas?

D.^a LEON. ¿Amor te obliga a escribir
sin saber a quién?

D.^a INÉS. Sospecho
que es invención que se ha hecho
para probarme a rendir,
de parte del forastero.

D.^a LEON. Yo también lo imaginé.

D.^a INÉS. Si fué así, discreto fué.

Leerte unos versos quiero.

(Lee.) Yo vi la más hermosa labradora,
en la famosa feria de Medina,
que ha visto el sol adonde más se inclina,
desde la risa de la blanca aurora.

Una chinela de color, que dora
de una coluna hermosa y cristalina
la breve basa, fué la ardiente mina

que vuela el alma a la región que adora.

Que una chinela fuese vitoriosa,
siendo los ojos del amor enojos,
confesé por hazaña milagrosa.

Pero díjele dando los despojos:
“Si matas con los pies, Inés hermosa,
¿qué dejas para el fuego de tus ojos?”

D.^a LEON. Este galán, doña Inés,
te quiere para danzar.

D.^a INÉS. Quiere en los pies comenzar,
y pedir manos después.

D.^a LEON. ¿Qué respondiste?

D.^a INÉS. Que fuese
esta noche por la reja
del huerto.

D.^a LEON. ¿Quién te aconseja,
o qué desatino es ese?

D.^a INÉS. No es para hablarle.

D.^a LEON. Pues ¿qué?

D.^a INÉS. Ven conmigo y lo sabrás.

D.^a LEON. Necia y atrevida estás.

D.^a INÉS. ¿Cuándo el amor no lo fué?

D.^a LEON. Huír de amor cuando empieza.

D.^a INÉS. Nadie del primero huye,
porque dicen que le influye
la misma naturaleza.

(*Vanse.*)

[Sala en una posada de Medina.]

DON ALONSO, FABIA, TELLO.

FABIA. Cuatro mil palos me han dado.

TELLO. ¡Lindamente negociaste!

FABIA. Si tú llevaras los medios...

D. ALONSO. Ello ha sido disparate
que yo me atreviese al cielo.

TELLO. Y que Fabia fuese el ángel;
que al infierno de los palos
cayese por levantarte.

FABIA. ¡Ay, pobre Fabia!

TELLO. ¿Quién fueron
los crueles sacristanes
del facistol de tu espalda?

FABIA. Dos lacayos y tres pajes.
Allá he dejado las tocas
y el monjil hecho seis partes.

D. ALONSO. Eso, madre, no importara,
si a tu rostro venerable
no se hubieran atrevido.
¡Oh qué necio fuí en fiarme
de aquellos ojos traidores,
de aquellos falsos diamantes,
niñas que me hicieron señas
para engañarme y matarme!
Yo tengo justo castigo.
Toma este bolsillo, madre...
—Y ensilla, Tello, que a Olmedo

nos hemos de ir esta tarde.

TELLO. ¿Cómo, si anochece ya?

D. ALONSO. Pues ¡qué! ¿quieres que me mate?

FABIA. No te aflijas, moscatel,
ten ánimo; que aquí trae
Fabia tu remedio. Toma.

D. ALONSO. ¡Papel!

FABIA. Papel.

D. ALONSO. No me engañes.

FABIA. Digo que es suyo, en respuesta
de tu amoroso romance.

D. ALONSO. Hinca, Tello, la rodilla.

TELLO. Sin leer no me lo mandes;
que aun temo que hay palos dentro,
pues en mondadientes caben.

D. ALONSO. (*Lee.*) “Cuidadosa de saber si sois quien
presumo, y deseando que lo seáis, os supli-
co que vais esta noche a la reja del jardín
desta casa, donde hallaréis atado el listón
verde de las chinelas, y ponéosle mañana
en el sombrero para que os conozca.”

FABIA. ¿Qué te dice?

D. ALONSO. Que no puedo
pagarte ni encarecerte
tanto bien.

TELLO. Ya desta suerte
no hay que ensillar para Olmedo.
¿Oyen, señores rocines?
Sosiéguese; que en Medina

nos quedamos.

D. ALONSO. La vecina
noche, en los últimos fines
con que va espirando el día,
pone los helados pies.
Para la reja de Inés
aún importa bizarría;
que podría ser que amor
la llevase a ver tomar
la cinta. Voyme a mudar. (Vase.)

FABIA, TELLO.

TELLO. Y yo a dar a mi señor,
Fabia, con licencia tuya,
aderezo de sereno.

FABIA. Detente.

TELLO. Eso fuera bueno
a ser la condición suya
para vestirse sin mí.

FABIA. Pues bien le puedes dejar,
porque me has de acompañar.

TELLO. ¿A ti, Fabia?

FABIA. A mí.

TELLO. ¡Yo!

FABIA. Sí;
que importa a la brevedad
deste amor.

TELLO. ¿Qué es lo que quieres?

FABIA. Con los hombres las mujeres

llevamos seguridad

Una muela he menester
del salteador que ahorcaron
ayer.

TELLO. Pues ¿no le enterraron?

FABIA. No.

TELLO. Pues ¿qué quieres hacer?

FABIA. Ir por ella, y que conmigo
vayas solo a acompañarme.

TELLO. Yo sabré muy bien guardarme
de ir a esos pasos contigo.

¿Tienes seso?

FABIA. Pues, gallina,
adonde yo voy, ¿no irás?

TELLO. Tú, Fabia, enseñada estás
a hablar al diablo.

FABIA. Camina.

TELLO. Mándame a diez hombres juntos
temerario acuchillar,
y no me mandes tratar
en materia de difuntos.

FABIA. Si no vas, tengo de hacer
que él propio venga a buscarte.

TELLO. ¿Que tengo de acompañarte!
¿Eres demonio o mujer?

FABIA. Ven, llevarás la escalera;
que no entiendes destos casos.

TELLO. Quien sube por tales pasos,
Fabia, el mismo fin espera.

(*Vanse.*)

EL CABALLERO DE OLMEDO

[Calle y vista exterior de la casa de don Pedro.]

DON RODRIGO y DON FERNANDO, *en hábito de noche.*

D. FERN. ¿De qué sirve inútilmente
venir a ver esta casa?

D. RODR. Consuélese entre estas rejas,
don Fernando, mi esperanza.
Tal vez sus hierros guarnece
cristal de sus manos blancas;
donde las pone de día,
pongo yo de noche el alma;
que cuanto más doña Inés
con sus desdenes me mata,
tanto más me enciende el pecho:
así su nieve me abrasa.
¡Oh rejas, enternecidas
de mi llanto!, ¿quién pensara
que un ángel endureciera
quien vuestros hierros ablanda! —
Oíd: ¿qué es lo que está aquí?

D. FERN. En ellos mismos atada
está una cinta o listón.

D. RODR. Sin duda las almas atan
a estos hierros, por castigo
de los que su amor declaran.

D. FERN. Favor fué de mi Leonor.
tal vez por aquí me habla.

D. RODR. Que no lo será de Inés
dice mi desconfianza;

pero en duda de que es suyo,
porque sus manos ingratas
pudieron ponerle acaso,
basta que la fe me valga.
Dadme el listón.

D. FERN. No es razón,
si acaso Leonor pensaba
saber mi cuidado así,
y no me le ve mañana.

D. RODR. Un remedio se me ofrece.

D. FERN. ¿Cómo?

D. RODR. Partirle.

D. FERN. ¿A qué causa?

D. RODR. A que las dos nos le vean,
y sabrán con esta traza
que habemos venido juntos.

(*Dividen el listón.*)

DON ALONSO y TELLO *de noche*.—DICHOS.

D. FERN. Gente por la calle pasa.

TELLO. (*A su amo.*) Llega de presto a la reja,
mira que Fabia me aguarda
para un negocio que tiene
de grandísima importancia.

D. ALONSO. ¡Negocio Fabia esta noche
contigo!

TELLO. Es cosa muy alta.

D. ALONSO. ¿Cómo?

- TELLO. Yo llevo escalera.
y ella...
- D. ALONSO. ¿Qué lleva?
- TELLO. Tenazas.
- D. ALONSO. Pues ¿qué habéis de hacer?
- TELLO. Sacar
una dama de su casa.
- D. ALONSO. Mira lo que haces, Tello :
no entres adonde no salgas.
- TELLO. No es nada, por vida tuya.
- D. ALONSO. Una doncella ¿no es nada?
- TELLO. Es la muela del ladrón
que ahorcaron ayer.
- D. ALONSO. Repara
en que acompañan la reja
dos hombres.
- TELLO. ¿Si están de guarda?
- D. ALONSO. ¡Qué buen listón!
- TELLO. Ella quiso
castigarte.
- D. ALONSO. ¿No buscara,
si fuí atrevido, otro estilo?
Pues advierta que se engaña.
Mal conoce a don Alonso,
que por excelencia llaman
el Caballero de Olmedo.
¡Vive Dios, que he de mostrarla
a castigar de otra suerte
a quien la sirve!

TELLO. No hagas
algún disparate.

D. ALONSO. Hidalgos,
en las rejas de esa casa
nadie se arrima.

D. RODR. (*Ap. a D. Fern.*) ¿Qué es esto?

D. FERN. Ni en el talle ni en el habla
conozco este hombre.

D. RODR. ¿Quién es
el que con tanta arrogancia
se atreve a hablar?

D. ALONSO. El que tiene
por lengua, hidalgos, la espada.

D. RODR. Pues hallará quien castigue
su locura temeraria.

TELLO. Cierra, Señor; que no son
muelas que a difuntos sacan.

(*Desenvainan y riñen: retíranse don Rodrigo y don
Fernando.*)

D. ALONSO. No nos sigas. Bueno está.

TELLO. Aquí se quedó una capa.

D. ALONSO. Cógela y ven por aquí;
que hay luces en las ventanas. (*Vanse.*)

[*Sala en casa de don Pedro.*]

DOÑA LEONOR, DOÑA INÉS.

D.^a INÉS. Apenas la blanca aurora,
Leonora, el pie de marfil

puso en las flores de abril,
que pinta, esmalta y colora,
cuando a mirar el listón
salí de amor desvelada,
y con la mano turbada
di sosiego al corazón.

En fin, él no estaba allí.

D.^a LEON. Cuidado tuvo el galán.

D.^a INÉS. No tendrán los que me dan
sus pensamientos a mí.

D.^a LEON. Tú, que fuiste el mismo hielo,
¡en tan breve tiempo estás
de esa suerte!

D.^a INÉS. No sé más
de que me castiga el cielo.

O es venganza o es vitoria
de amor en mi condición:
parece que el corazón
se me abrasa en su memoria;
un punto solo no puedo
apartarla dél. ¿Qué haré?

DON RODRIGO, *con listón verde en el sombrero. Dichas.*

D. RODR. (*Ap. Nunca, amor, imaginé
que te sujetara el miedo.
Animo para vivir,
que aquí está Inés.*) Al señor
don Pedro busco.

D.^a INÉS. Es error

tan de mañana acudir ;
que no estará levantado.

D. RODR. Es un negocio importante.

D.^a INÉS. (*A Leonor.*) No he visto tan necio amante.

D.^a LEON. Siempre es discreto lo amado
y necio lo aborrecido.

D. RODR. (*Ap.* ¿Que de ninguna manera
puedo agradar una fiera,
ni dar memoria a su olvido?

D.^a INÉS. (*Ap. a Leon.*) ¡Ay, Leonor! No sin razón
viene don Rodrigo aquí,
Si yo misma le escribí
que fuese por el listón.

D.^a LEON. Fabia este engaño te ha hecho,

D.^a INÉS. Presto romperé el papel ;
que quiero vengarme en él
de haber dormido en mi pecho.

DON PEDRO, DON FERNANDO, *con listón verde en el
sombrero.*—DICHOS.

D. FERN. (*A D. Pedro.*) Hanme puesto por tercero
para tratarlo con vos.

D. PEDRO. Pues hablaremos los dos
en el concierto primero.

D. FERN. Aquí está ; que siempre amor
es reloj anticipado.

D. PEDRO. Habrále, Inés, concertado
con la llave del favor.

D. FERN. De lo contrario se agravia.

D. PEDRO. Señor don Rodrigo...

D. RODR. Aquí
vengo a que os sirváis de mí.

(*Hablan bajo don Pedro y los dos galanes.*)

D.^a INÉS. (*Ap. a Leonor.*) Todo fué enredo de Fabia.

D.^a LEON. ¿Cómo?

D.^a INÉS. ¿No ves que también
trae el listón don Fernando?

D.^a LEON. Si en los dos le estoy mirando,
entrambos te quieren bien.

D.^a INÉS. Sólo falta que me pidas
celos, cuando estoy sin mí.

D.^a LEON. ¿Qué quieren tratar aquí?

D.^a INÉS. ¿Ya las palabras olvidas
que dijo mi padre ayer
en materia de casarme?

D.^a LEON. Luego bien puede olvidarme
Fernando, si él viene a ser.

D.^a INÉS. Antes presumo que son
entrambos los que han querido
casarse, pues han partido
entre los dos el listón.

D. PEDR. (*A los caballeros.*) Esta es materia que quiere
secreto y espacio: entremos
donde mejor la tratemos.

D. RODR. Como yo ser vuestro espere,
no tengo más que tratar.

D. PEDRO. Aunque os quiero enamorado

de Inés, para el nuevo estado,
quien soy os ha de obligar.

(Vanse los tres caballeros.)

D.^a INÉS. ¡Qué vana fué mi esperanza!
¡Qué loco mi pensamiento!
¡Yo papel a don Rodrigo!
Y ¡tú de Fernando celos!
¡Oh forastero enemigo!
¡Oh Fabia embustera!

FABIA, DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR.

FABIA. Quedo;
que lo está escuchando Fabia.

D.^a INÉS. Pues ¿cómo, enemiga, has hecho
un enredo semejante?

FABIA. Antes fué tuyo el enredo,
si en aquel papel escribes
que fuese aquel caballero
por un listón de esperanza
a las rejas de tu huerto,
y en ellas pones dos hombres
que le maten; aunque pienso
que a no se haber retirado,
pagaran su loco intento.

D.^a INÉS. ¡Ay, Fabia! Ya que contigo
llego a declarar mi pecho,
ya que a mi padre, a mi estado
y a mi honor pierdo el respeto,
dime: ¿es verdad lo que dices?

Que siendo así, los que fueron
a la reja le tomaron,
y por favor se le han puesto.
De suerte estoy, madre mía,
que no puedo hallar sosiego,
si no es pensando en quien sabes.

FABIA. (Ap. ¡Oh qué bravo efeto hicieron
los hechizos y conjuros!
La vitoria me prometo.)
No te desconsueles, hija,
vuelve en ti; que tendrás presto
estado con el mejor
y más noble caballero
que agora tiene Castilla;
porque será por lo menos
el que por único llaman
el Caballero de Olmedo.
Don Alonso en una feria
te vió, labradora Venus,
haciendo las cejas arco,
y flecha los ojos bellos.
Disculpa tuvo en seguirte,
porque dicen los discretos
que consiste la hermosura
en ojos y entendimiento.
En fin, en las verdes cintas
de tus pies llevaste presos
los suyos; que ya el amor
no prende con los cabellos.

El te sirve, tú le estimas;
él te adora, tú le has muerto;
él te escribe, tú respondes;
¿quién culpa amor tan honesto?
Para él tienen sus padres,
porque es único heredero,
diez mil ducados de renta;
y aunque es tan mozo, son viejos.
Déjate amar y servir
del más noble, del más cuerdo
caballero de Castilla,
lindo talle, lindo ingenio.
El Rey en Valladolid
grandes mercedes le ha hecho,
porque él solo honró las fiestas
de su real casamiento.
Cuchilladas y lanzadas
dió en los toros como un Héctor;
treinta precios dió a las damas
en sortijas y torneos.
Armado parece Aquiles
mirando de Troya el cerco;
con galas parece Adonis...
Mejor fin le den los cielos.
Vivirás bien empleada
en un marido discreto.
¡Desdichada de la dama
que tiene marido necio!

D.^a INÉS. ¡Ay, madre! Vuélveme loca.

EL CABALLERO DE OLMEDO

Pero ¡triste!, ¿cómo puedo
ser suya, si a don Rodrigo
me da mi padre don Pedro?
El y don Fernando están
tratando mi casamiento.

FABIA. Los dos haréis nulidad
la sentencia de ese pleito.

D.^a INÉS. Está don Rodrigo ahí.

FABIA. Eso no te cause miedo,
pues es parte y no jüez.

D.^a INÉS. Leonor, ¿no me das consejo?

D.^a LEON. Y ¿estás tú para tomarle?

D.^a INÉS. No sé; pero no tratemos
en público destas cosas.

FABIA. Déjame a mí tu suceso.
Don Alonso ha de ser tuyo;
que serás dichosa espero
con hombre que es en Castilla
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.





ACTO SEGUNDO

[Calle y vista exterior de la casa de don Pedro.]

DON ALONSO, TELLO.

TELLO. ¿No te cansa y te amohina
tanto entrar, tanto partir?

D. ALONSO. Pues yo ¿qué hago en venir,
Tello, de Olmedo a Medina?

Leandro pasaba un mar
todas las noches, por ver
si le podía beber
para poderse templar.

Pues si entre Olmedo y Medina
no hay, Tello, mar, ¿qué me bebe
Inés?

TELLO. A otro mar se atreve
quien al peligro camina
en que Leandro se vió;
pues a don Rodrigo veo
tan cierto de tu deseo
como puedo estarlo yo;
que como yo no sabía
cuya aquella capa fué,
un día que la saqué...

D. ALONSO. ¡Gran necesidad!

TELLO.

Como mía,

me preguntó: "Diga, hidalgo,

¿quién esta capa le dió?

porque la conozco yo."

Respondí: "Si os sirve en algo,

daréla a un criado vuestro."

Con esto, descolorido,

dijo: "Habíala perdido

de noche un lacayo nuestro;

pero mejor empleada

está en vos: guardadla bien."

Y fuése a medio desdén,

puesta la mano en la espada.

Sabe que te sirvo, y sabe

que la perdió con los dos.

Advierte, señor, por Dios,

que toda esta gente es grave,

y que están en su lugar,

donde todo gallo canta.

Sin esto, también me espanta

ver este amor comenzar

por tantas hechicerías,

y que cercos y conjuros

no son remedios seguros,

si honestamente porfías.

Fuí con ella (que no fuera)

a sacar de un ahorcado

una muela: puse a un lado

como Arlequín la escalera.

Subió Fabia, quedé al pie,
y díjome el salteador:
“Sube, Tello, sin temor,
o si no, yo bajaré.”

¡San Pablo! Allí me caí.
Tan sin alma vine al suelo,
que fué milagro del cielo
el poder volver en mí.

Bajó, desperté turbado,
y de mirarme afligido,
porque sin haber llovido,
estaba todo mojado.

D. ALONSO. Tello, un verdadero amor
en ningún peligro advierte,
quiso mi contraria suerte
que hubiese competidor,
y que trate enamorado
casarse con doña Inés:
pues ¿qué he de hacer, si me ves
celoso y desesperado?

No creo en hechicerías,
que todas son vanidades;
quien conierta voluntades
son méritos y porfías.

Inés me quiere, yo adoro
a Inés, yo vivo en Inés;
todo lo que Inés no es
desprecio, aborrezco, ignoro.

Inés es mi bien, yo soy
esclavo de Inés, no puedo
vivir sin Inés; de Olmedo
a Medina vengo y voy,
porque Inés mi dueño es
para vivir o morir.

TELLO. Sólo te falta decir:
“Un poco te quiero, Inés.”
¡Plega a Dios que por bien sea!

D. ALONSO. Llama, que es hora.

TELLO. Yo voy.
(*Llama en casa de don Pedro.*)

ANA, *dentro de la casa.* Después, DOÑA INÉS.

ANA. (*Dentro.*) ¿Quién es?

TELLO. ¡Tan presto! Yo soy.

¿Está en casa Melibea?

Que viene Calisto aquí.

ANA. (*Dentro.*) Aguarda un poco, Sempronio.

TELLO. Si haré, falso testimonio.

D.^a INÉS. (*Dentro.*) ¿El mismo?

ANA. (*Dentro.*) Señora, sí.

(*Abrese la puerta y entran DON ALONSO y TELLO en casa de DON PEDRO.*)

[*Sala en casa de don Pedro.*]

DOÑA INÉS, DON ALONSO, TELLO.

D.^a INÉS. ¡Señor mío!...

D. ALONSO. Bella Inés,

Esto es venir a vivir.

TELLO. Agora no hay que decir:
"Yo te lo diré después."

D.^a INÉS. ¡Tello amigo!...

TELLO. Reina mía...

D.^a INÉS. Nunca, Alonso de mis ojos,
por haberme dado enojos
esta ignorante porfía
de don Rodrigo esta tarde,
he estimado que me vieses.

D. ALONSO. Aunque fuerza de obediencia
te hiciese tomar estado,
no he de estar desengañado
hasta escuchar la sentencia.

Bien el alma me decía
(y a Tello se lo contaba
cuando el caballo sacaba,
y el sol los que aguarda el día)
que de alguna novedad
procedía mi tristeza,
 viniendo a ver tu belleza,
pues me dices que es verdad.

¡Ay de mí, si ha sido así!

D.^a INÉS. No lo creas, porque yo
diré a todo el mundo no,
después que te dije sí.

Tú solo dueño has de ser
de mi libertad y vida;
no hay fuerza que el ser impida,

don Alonso, tu mujer.
Bajaba al jardín ayer,
y como por don Fernando
me voy de Leonor guardando,
a las fuentes, a las flores
estuve diciendo amores,
y estuve también llorando.

“Flores y aguas (les decía),
dichosa vida gozáis,
pues aunque noche pasáis,
veis vuestro sol cada día.”

Pensé que me respondía
la lengua de una azucena
(¡qué engaños amor ordena!)
“Si el sol que adorando estás
viene de noche, que es más,
Inés, ¿de qué tienes pena?”

TELLO. Asi dijo a un ciego un griego
que le contó mil disgustos:
“Pues tiene la noche gustos,
¿para qué te quejas, ciego?”

Yo le vi decir amores
a los rábanos de Olmedo;
que un amante suele hablar
con las piedras, con el viento.

D. ALONSO. No puede mi pensamiento
ni estar solo, ni callar;
contigo, Inés, ha de estar,
contigo hablar y sentir.

Por el camino le cuento
tus gracias a Tello, Inés,
y celebramos después
tu divino entendimiento.

Pues, señora ¿qué poesía
llegará a significar
mi amor?

D.^a INÉS. ¡Mi padre!

D. ALONSO. ¿Ha de entrar?

D.^a INÉS. Escondeos.

D. ALONSO. ¿Dónde?

(Escóndense DON ALONSO y TELLO.)

DON PEDRO, DOÑA INÉS.

D. PEDRO. Inés mía,

¡Agora por recoger!

¿Cómo no te has acostado?

D.^a INÉS. Rezando, señor, he estado
(por lo que dijiste ayer),
rogando a Dios que me incline
a lo que fuere mejor.

D. PEDRO. Cuando para ti mi amor
imposibles imagine,
no pudiera hallar un hombre
como don Rodrigo, Inés.

D.^a INÉS. Ansí dicen todos que es
de su buena fama el nombre;
y habiéndome de casar,
ninguno en Medina hubiera,
ni en Castilla, que pudiera
sus méritos igualar.

D. PEDRO. ¿Cómo habiendo de casarte?

D.^a INÉS. Señor, hasta ser forzoso
decir que ya tengo esposo,
no he querido disgustarte.

D. PEDRO. ¡Esposo! ¿Qué novedad
es ésta, Inés?

D.^a INÉS. Para ti
será novedad; que en mí
siempre fué mi voluntad.
Y ya que estoy declarada,
hazme mañana cortar
un hábito, para dar
fin a esta gala excusada;
que así quiero andar, señor.
mientras me enseñan latín.
Leonor te queda; que al fin
te dará nietos Leonor.

Y por mi madre te ruego
que en esto no me repliques,
sino que medios apliques
a mi elección y sosiego.

Haz buscar una mujer
de buena y santa opinión,

que me dé alguna lición
de lo que tengo de ser,
y un maestro de cantar
que de latín sea también.

D. PEDRO. ¿Eres tú quien habla, o quién?

D.^a INÉS. Esto es hacer, no es hablar.

D. PEDRO. Por una parte mi pecho
se enternece de escucharte,
Inés, y por otra parte
de duro mármol le has hecho.

En tu verde edad mi vida
esperaba sucesión;
pero si esto es vocación,
no quiera Dios que lo impida.

Haz tu gusto, aunque tu celo
en esto no intenta el mío;
que ya sé que el albedrío
no presta obediencia al cielo.

Yo haré buscar la mujer
y quien te enseñe latín,
pues a mejor Padre, en fin,
es más justo obedecer.

y con esto, adiós te queda;
que para no darte enojos,
van a esconderse mis ojos
adonde llorarte pueda.

(*Vase.*)

DON ALONSO, TELLO, DOÑA INÉS.

D.^a INÉS. Pésame de haberte dado

disgusto.

D. ALONSO. A mí no me pesa,
por el que me ha dado el ver
que nuestra muerte conciertas.
¡Ay, Inés! ¿Adónde hallaste
en tal desdicha, en tal pena,
tan breve remedio?

D.^a INÉS. Amor
en los peligros enseña
una luz por donde el alma
posibles remedios vea.

D. ALONSO. Este ¿es remedio posible?

D.^a INÉS. Como yo agora le tenga,
para que este don Rodrigo
no llegue al fin que desea,
bien sabes que breves males
la dilación los remedia;
que no dejan esperanza,
si no hay segunda sentencia.

TELLO. Dice bien, señor; que en tanto
que doña Inés cante y lea,
podéis dar orden los dos
para que os valga la Iglesia.
Sin esto, desconfiado
don Rodrigo, no hará fuerza
a don Pedro en la palabra,
pues no tendrá por ofensa
que le deje doña Inés
por quien dice que le deja.

También es linda ocasión
para que yo vaya y venga
con libertad a esta casa.

D. ALONSO. ¿Libertad? ¿De qué manera?

TELLO. Pues ha de leer latín,
¿no será fácil que pueda
ser yo quien venga a enseñarla?
Y verás ; con qué destreza
le enseño a leer tus cartas!

D. ALONSO. ¡Qué bien mi remedio piensas!

TELLO. Y aún pienso que podrá Fabia
servirte en forma de dueña,
siendo la santa mujer
que con su falsa apariencia
venga a enseñarla.

D.^a INÉS. Bien dices.

Fabia será mi maestra
de virtudes y costumbres.

TELLO. Y ¡qué tales serán ellas!

D. ALONSO. Mi bien, yo temo que el día
(que es amor dulce materia
para no sentir las horas,
que por los amantes vuelan)
nos halle tan descuidados,
que al salir de aquí me vean,
o que sea fuerza quedarme.
¡Ay, Dios!, ¡qué dichosa fuerza!
Medina a la Cruz de Mayo
hace sus mayores fiestas:

yo tengo que prevenir,
que, como sabes, se acercan;
que, fuera de que en la plaza
quiero que galán me veas,
de Valladolid me escriben
que el rey don Juan viene a verlas;
que en los montes de Toledo
le pide que se entretenga
el Condestable estos días,
porque en ellos convalezca,
y de camino, señora,
que honre esta villa le ruega:
y así, es razón que le sirva
la nobleza desta tierra.
Guárdete el cielo, mi bien.

D.^a INÉS. Espera; que a abrir la puerta
es forzoso que yo vaya.

D. ALONSO. ¡Ay, luz! ¡Ay, aurora necia,
de todo amante envidiosa!

TELLO. Ya no aguardéis que amanezca.

D. ALONSO. ¿Cómo?

TELLO. Porque ya es de día.

D. ALONSO. Bien dices, si a Inés me muestras.
pero ¿cómo puede ser,
Tello, cuando el sol se acuesta?

TELLO. Tú vas de espacio, él aprisa:
apostaré que te quedas. (Vanse.)

[Sala en casa de don Pedro.]

DON PEDRO, DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR.

D. PEDRO. No porfíes.

D.^a INÉS. No podrás
mi propósito vencer.

D. PEDRO. Hija, ¿qué quieres hacer,
que tal veneno me das?
Tiempo te queda...

D.^a INÉS. Señor,
¿qué importa el hábito pardo,
si para siempre le aguardo?

D.^a LEON. Necia estás.

D.^a INÉS. Calla, Leonor.

D.^a LEON. Por lo menos estas fiestas
has de ver con galas,

D.^a INÉS. Mira
que quien por otras suspira,
ya no tiene gusto en éstas.

Galas celestiales son
las que ya mi vida espera.

D. PEDRO. ¿No basta que yo lo quiera?

D.^a INÉS. Obedecerte es razón.

FABIA, *con rosario, báculo y antojos.*

FABIA. Paz sea en aquesta casa.

D. PEDRO. Y venga con vos.

FABIA. ¿Quién es
la señora doña Inés,

que con el Señor se casa?

¿Quién es aquella que ya
tiene su Esposo elegida,
y como a prenda querida
esos impulsos le da?

D. PEDRO. Madre honrada, ésta que véis,
y yo su padre.

FABIA. Que sea
muchos años, y ella vea
el dueño que vos no veis.

Aunque en el Señor espero
que os ha de obligar piadoso
a que acetéis tal esposo,
que es muy noble caballero.

D. PEDRO. Y ;cómo, madre, si lo es!

FABIA. Sabiendo que anda a buscar
quien venga a morigerar
los verdes años de Inés,
quien la guíe, quien la muestre
las sémitas del Señor,
y el camino del amor
como a principianta adiestre;
hice oración en verdad,
y tal impulso me dió,
que vengo a ofrecirme yo
para esta necesidad,
aunque soy gran pecadora.

D. PEDRO. Esta es la mujer, Inés,
que has menester.

D.^a INÉS. Esta es
la que he menester agora,
Madre, abrázame.

FABIA. Quedito;
que el silencio me hace mal.

D. PEDRO. No he visto humildad igual.

D.^a LEON. En el rostro trae escrito
lo que tiene el corazón.

FABIA. ¡Oh qué gracia! ¡Oh qué belleza!
Alcance tu gentileza
mi deseo y bendición.
¿Tienes oratorio?

D.^a INÉS. Madre,
comienzo a ser buena agora.

FABIA. Como yo soy pecadora,
estoy temiendo a tu padre.

D. PEDRO. No le pienso yo estorbar
tan divina vocación.

FABIA. En vano, infernal dragón,
la pensabas devorar.
No ha de casarse en Medina;
Monasterio tiene Olmedo;
Domine, si tanto puedo,
Ad juvandum me festina.

D. PEDRO. Un ángel es la mujer.

TELLO, *de gorrón.*

TELLO. (*Dentro.* Si con sus hijas está,
yo sé que agradecerá

que yo me venga a ofrecer.)
(Sale.) El maestro que buscáis
está aquí, señor don Pedro,
para latín y otras cosas,
que dirá después su efeto.
Que buscáis un estudiante
en la iglesia me dijeron,
porque ya desta señora
se sabe el honesto intento.
Aquí he venido a serviros,
puesto que soy forastero,
si valgo para enseñarla.

D. PEDRO. Ya creo y tengo por cierto,
viendo que todo se junta,
que fué voluntad del cielo.
En casa puede quedarse
la madre, y este mancebo
venir a darte lición.
Concertadlo, mientras vuelvo,
las dos. (A Tello.) ¿De dónde es, galán?

TELLO. Señor, soy calahorreño.

D. PEDRO. ¿Su nombre?

TELLO. Martín Peláez.

D. PEDRO. Del Cid debe de ser deudo.
¿Dónde estudió?

TELLO. En La Coruña,
y soy por ella maestro.

D. PEDRO. ¿Ordenóse?

TELLO. Soy un necio.

ésta, señora, es la carta.

D.^a INÉS. Bésola de porte, y leo.

DON PEDRO. *Dichos.*

D. PEDRO. (*Dentro.*) Pues pon el coche, si está malo el alazán. (*Sale.*) ¿Qué es esto?

TELLO. (*A D.^a Inés.*) Tu padre. Haz que lees, y yo haré que latín te enseñe.—

Dominus...

D.^a INÉS. *Dominus...*

TELLO. Diga.

D.^a INÉS. ¿Cómo más?

TELLO. *Dominus meus.*

D.^a INÉS. *Dominus meus.*

TELLO. Ansí

poco a poco irá leyendo.

D. PEDRO. ¿Tan presto tomas lición?

D.^a INÉS. Tengo notable deseo.

D. PEDRO. Basta, que a decir, Inés, me envía el Ayuntamiento que salga a las fiestas yo.

D.^a INÉS. Muy discretamente han hecho, pues viene a la fiesta el Rey.

D. PEDRO. Pues sea con un concierto, que has de verlas con Leonor.

D.^a INÉS. Madre, dígame si puedo verlas sin pecar.

FABIA. ¿Pues no?

no escrupulices en eso,

como algunos tan mirlados,
que piensan de circunspectos
que en todo ofenden a Dios,
y olvidados de que fueron
hijos de otros como todos,
cualquiera entretenimiento
que los trabajos olvide
tienen por notable exceso.
Y aunque es justo moderarlos,
doy licencia, por lo menos
para estas fiestas, por ser
jugatoribus paternus.

D. PEDRO. Pues vamos; que quiero dar
dineros a tu maestro,
y a la madre para un manto.

FABIA. A todos cubra el del cielo.
Y vos, Leonor, ¿no seréis
como vuestra hermana presto?

D.^a LEON. Sí, madre, porque es muy justo
que tome tan santo ejemplo. (*Vanse.*)

[*Sala de la casa que ocupa el Rey en Olmedo.*]

El REY DON JUAN EL II, El CONDESTABLE DON ALVARO
DE LUNA. *Acompañamiento.*

REY. (*Al Condestable.*) No me traigáis al partir
negocios que despachar.

CONDEST. Contienen sólo firmar;
no has de ocuparte en oír.

REY. Decid con mucha presteza.

CONDEST. ¿Han de entrar?

REY. Ahora no.

CONDEST. Su Santidad concedió
lo que pidió Vuestra Alteza
por Alcántara, señor.

REY. Que mudase le pedí
el hábito, porque así
pienso que estará mejor.

CONDEST. Era aquel traje muy feo.

REY. Cruz verde pueden traer.
Mucho debo agradecer
al Pontífice el deseo
que de nuestro aumento muestra,
con que irán siempre adelante
estas cosas del Infante
en cuanto es de parte nuestra.

CONDEST. Estas son dos provisiones,
y entrambas notables son.

REY. ¿Qué contienen?

CONDEST. La razón
de diferencia que pones
entre los moros y hebreos
que en Castilla han de vivir.

REY. Quiero con esto cumplir,
Condestable, los deseos
de fray Vicente Ferrer,
que lo ha deseado tanto.

CONDEST. Es un hombre docto y santo.

[Sala en casa de don Alonso en Olmedo.]

TELLO. ¿Merezco ser bien llegado?

TELLO. Si por tu remedio ha sido,
¿en qué me puedes culpar?

D. ALONSO. ¿Quién me puede remediar,
si no es a quien yo le pido?
¿No me escribe Inés?

D. ALONSO. Pues hablarásme después
en lo que has hecho por mí.

(*Lee.*) “Señor mío, después que os partistes no he vivido; que sois tan cruel, que aun no me dejáis vida cuando os vais.”

TELLO. ¿No lees más?

D. ALONSO. No.

TELLO. ¿Por qué?

D. ALONSO. Porque manjar tan süave
de una vez no se me acabe.
Hablemos de Inés.

203

ostentación de estudiantes.

Encajé salutación,
verbosa filatería,
dando a la bachillería
dos piensos de discreción,
y volviendo el rostro, vi
a Fabia...

D. ALONSO. Espera que leo
otro poco, que el deseo
me tiene fuera de mí.

(Lee.)“ Todo lo que dejastes ordenado
se hizo; sólo no se hizo que viviese yo sin
vos, porque no lo dejasteis ordenado.”

TELLO. ¿Es aquí contemplación?

D. ALONSO. Dime cómo hizo Fabia
lo que dice Inés.

TELLO. Tan sabia
y con tanta discreción,
melindre y hipocresía,
que me dieron que temer
algunos que suelo ver
cabizbajos todo el día.

De hoy más quedará advertido
de lo que se ha de creer
de una hipócrita mujer
y un ermitaño fingido.

Pues, si me vieras a mí
con el semblante mirlado,
dijeras que era traslado

de un reverendo alfaquí.

Creyóme el viejo, aunque en él
se ve de un Catón retrato.

D. ALONSO. Espera, que ha mucho rato
que no he mirado el papel.

(Lee.) “Daos prisa a venir, para que
sepais cómo quedo cuando os partís, y
cómo estoy cuando volvéis.”

TELLO. ¿Hay otra estación aquí?

D. ALONSO. En fin, tú hallaste lugar
para entrar y para hablar.

TELLO. Estudiaba Inés en ti,
que eras el latín, señor,
y la lición que aprendía.

D. ALONSO. Leonor ¿qué hacía?

TELLO. Tenía

envidia de tanto amor,
porque se daba a entender
que de ser amado eres
digno; que muchas mujeres
quieren porque ven querer.

Que en siendo un hombre querido
de alguna con grande afeto,
piensan que hay algún secreto
en aquel hombre escondido.

Y engañanse, porque son
correspondencias de estrellas.

D. ALONSO. Perdonadme, manos bellas;
que leo el postrer renglón.

(*Lee.*) “Dicen que viene el Rey a Medina, y dicen verdad, pues habéis de venir vos, que sois rey mío.”

Acabóseme el papel.

TELLO. Todo en el mundo se acaba.

D. ALONSO. Poco dura el bien.

TELLO. En fin,
le has leído por jornadas.

D. ALONSO. Espera; que aquí a la margen,
vienen dos o tres palabras.

(*Lee.*) “Poneos esa banda al cuello.
¡Ay si yo fuera la banda!”

TELLO. ¡Bien dicho, por Dios!, y entrar
con doña Inés en la plaza.

D. ALONSO. ¿Dónde está la banda, Tello?

TELLO. A mí no me han dado nada.

D. ALONSO. ¿Cómo no?

TELLO. Pues ¿qué me has dado?

D. ALONSO. Ya te entiendo; luego saca
a tu elección un vestido.

TELLO. Esta es la banda.

D. ALONSO. Extremada.

TELLO. Tales manos la bordaron.

D. ALONSO. Demos orden que me parta.
Pero ¡ay, Tello!

TELLO. ¿Qué tenemos?

D. ALONSO. De decirte me olvidaba
unos sueños que he tenido.

TELLO. ¿Agora en sueños reparas?

D. ALONSO. No los creo, claro está;
pero dan pena.

TELLO. Eso basta.

D. ALONSO. No falta quien llama a algunos
revelaciones del alma.

TELLO. ¿Qué te puede suceder
en una cosa tan llana
como quererte casar?

D. ALONSO. Hoy, Tello, al salir el alba,
con la inquietud de la noche
me levanté de la cama;
abrí la ventana aprisa,
y mirando flores y aguas
que adornan nuestro jardín,
sobre una verde retama
veo ponerse un jilguero,
cuyas esmaltadas alas
con lo amarillo añadían
flores a las verdes ramas.
Y estando al aire trinando
de la pequeña garganta
con naturales pasajes
las quejas enamoradas,
sale un azor de un almendro,
adonde escondido estaba,
y como eran en los dos
tan desiguales las armas,
tiñó de sangre las flores,
plumas al aire derrama.

Al triste chillido, Tello,
débiles ecos del aura
respondieron, y no lejos,
lamentando su desgracia,
su esposa, que en un jazmín
la tragedia viendo estaba.
Yo, midiendo con los sueños
estos avisos del alma,
apenas puedo alentarme;
que con saber que son falsas
todas estas cosas, tengo
tan perdida la esperanza,
que no me aliento a vivir.

TELLO. Mal a doña Inés le pagas
aquella heroica firmeza
con que atrevida contrasta
los golpes de la fortuna.
Ven a Medina, y no hagas
caso de sueños y agüeros,
cosas a la fe contrarias.
Lleva el ánimo que sueles,
caballos, lanzas y galas,
mata de envidia los hombres,
mata de amores las damas.
Doña Inés ha de ser tuya,
a pesar de cuantos tratan
dividiros a los dos.

D. ALONSO. Bien dices, Inés me aguarda:
vamos a Medina alegres.

Las penas anticipadas
dicen que matan dos veces,
y a mí sola Inés me mata,
no como pena, que es gloria.

TELLO. Tú me verás en la plaza
hincar de rodillas toros
delante de sus ventanas.





ACTO TERCERO

[Entrada o paso a la plaza de Medina del Campo, atajada y dispuesta para una corrida de toros.]

DON RODRIGO, DON FERNANDO, *Criados con rejonos.*
(*Suenan dentro atabales.*)

D. RODR. Poca dicha.

D. FERN. Malas suertes.

D. RODR. ¡Qué pesar!

D. FERN. ¿Qué se ha de hacer?

D. RODR. Brazo, ya no puede ser
que en servir a Inés aciertes.

D. FERN. Corrido estoy.

D. RODR. Yo, turbado.

D. FERN. Volvamos a porfiar.

D. RODR. Es imposible acertar
un hombre tan desdichado.
Para el de Olmedo en efeto
guardó suertes la fortuna.

D. FERN. No ha errado el hombre ninguna.

D. RODR. Que la [ha] de errar os prometo.

D. FERN. Un hombre favorecido,
Rodrigo, todo lo acierta.

D. RODR. Abrióle el amor la puerta,



“¡ Brava suerte !”

y a mí, Fernando, el olvido.

Fuera desto, un forastero
luego se lleva los ojos.

D. FERN. Vos tenéis justos enojos.
El es galán caballero,
mas no para escurecer
los hombres que hay en Medina.

D. RODR. La patria me desatina;
mucho parece mujer
en que lo propio desprecia
y de lo ajeno se agrada.

D. FERN. De ser ingrata culpada
son ejemplos Roma y Grecia.

(Dentro ruido de pretales y voces.)

GENTE, dentro. Dichos.

Voz 1.^a *(Dentro.)* ¡Brava suerte!

Voz 2.^a *(Dentro.)* ¡Con qué gala!
quebró el rejón!

D. FERN. ¿Qué aguardamos?
Tomemos caballos.

D. RODR. Vamos.

Voz 1.^a *(Dentro.)* Nadie en el mundo le iguala.

D. FERN. ¿Oyes esa voz?

D. RODR. No puedo
sufrirlo.

D. FERN. Aún no lo encareces.

Voz 2.^a *(Dentro.)* ¡Vitor setecientas veces
el Caballero de Olmedo!

D. RODR. ¿Qué suerte quieres que aguarde,
Fernando, con estas voces?

D. FERN. Es vulgo, ¿no le conoces?

VOZ I.^a (*Dentro.*) Dios te guarde, Dios te guarde.

D. RODR. ¿Qué más dijeran al Rey?
mas bien hacen: digan, rueguen
que hasta el fin sus dichas lleguen.

D. FERN. Fué siempre bárbara ley
seguir aplauso vulgar
las novedades.

D. RODR. El viene
a mudar caballo.

D. FERN. Hoy tiene
la fortuna en su lugar.

DON ALONSO, TELLO, *con librea y rejón*. DON RODRIGO,
DON FERNANDO.

TELLO. ¡Valientes suertes, por Dios!

D. ALONSO. Dame, Tello, el alazán.

TELLO. Todos el lauro nos dan.

D. ALONSO. ¿A los dos, Tello?

TELLO. A los dos;
que tú a caballo, y yo a pie
nos habemos igualado.

D. ALONSO. ¡Qué bravo, Tello, has andado!

TELLO. Seis toros desjarreté,
como si sus piernas fueran
rábanos de mi lugar.

D. FERN. Volvamos, Rodrigo, a entrar;

que por dicha nos esperan,
aunque os parece que no.

D. RODR. A vos, don Fernando, sí,
a mí no, si no es que a mí
me esperan para que yo
haga suertes que me afrenten,
o que algún toro me mate,
o me arrastre o me maltrate
donde con risa lo cuenten.

TELLO. (*Ap. a su amo.*) Aquéllos te están mirando.

D. ALONSO. Ya los he visto envidiosos
de mis dichas, y aun celosos
de mirarme a Inés mirando.

(*Vanse DON RODRIGO y DON FERNANDO y sus criados.*)

D. ALONSO, TELLO.

TELLO. ¡Bravos favores te ha hecho
con la risa!, que la risa
es lengua muda que avisa
de lo que pasa en el pecho.

No pasabas vez ninguna
que arrojar no se quería
del balcón.

D. ALONSO. ¡Ay, Inés mía!
Si quisiese la fortuna
que a mis padres les llevase
tal prenda de sucesión!

TELLO. Sí harás, como la ocasión
deste don Rodrigo pase;

porque satisfecho estoy
de que Inés por ti se abrasa.

D. ALONSO. Fabia se ha quedado en casa:
Mientras una vuelta doy
a la plaza, ve corriendo,
y di que esté prevenida
Inés, porque en mi partida
la pueda hablar; advirtiéndome
que si esta noche no fuese
a Olmedo, me han de contar
mis padres por muerto, y dar
ocasión, si no los viese,
a esta pena, y no es razón.
Tengan buen sueño, que es justo.

TELLO. Bien dices: duerman con gusto,
pues es forzosa ocasión
de temer y de esperar.

D. ALONSO. Yo entro.

TELLO. Guárdete el cielo.

(*Vase DON ALONSO.*)

[*Paso a la Plaza de Olmedo.*]

Oyese ruido y grita dentro. GENTE, y después DON
RODRIGO y DON ALONSO.

Voz 1.^a (*Dentro.*) Cayó don Rodrigo.

D. ALONSO. (*Dentro.*) Afuera.

Voz 2.^a (*Dentro.*) ¡Qué gallardo, qué animoso
don Alonso le socorre!

Voz 1.^a (*Dentro.*) Ya se apea don Alonso.

Voz 2.^a (*Dentro.*) ¡Qué valientes cuchilladas!

Voz 1.^a (*Dentro.*) Hizo pedazos el toro.

(*Sale DON ALONSO teniendo a DON RODRIGO.*)

D. ALONSO. Aquí tengo yo caballo;
que los nuestros van furiosos
discurriendo por la plaza.
Animo.

D. RODR. Con vos le cobro.
La caída ha sido grande.

D. ALONSO. Pues no será bien que al coso
volváis; aquí habrá criados
que os sirvan, porque yo torno
a la plaza. Perdonadme,
porque cobrar es forzoso.
el caballo que dejé. (*Vase.*)

DON FERNANDO, DON RODRIGO.

D. FERN. ¿Qué es esto? ¡Rodrigo, y solo!
¿Cómo estáis?

D. RODR. Mala caída,
mal suceso, malo todo;
pero más deber la vida
a quien me tiene celoso,
y a quien la muerte deseo.

D. FERN. ¡Que sucediese a los ojos
del Rey, y que viese Inés
que aquel su galán dichoso

hiciese el toro pedazos
por libraros!

D. RODR.

Estoy loco,
no hay hombre tan desdichado,
Fernando, de polo a polo.
¡Qué de afrentas, qué de penas,
qué de agravios, qué de enojos,
qué de injurias, qué de celos,
qué de agüeros, qué de asombros!
Alcé los ojos a ver
a Inés, por ver si piadoso
mostraba el semblante entonces,
que aunque ingrato, necio adoro;
y veo que no pudiera
mirar Nerón riguroso
desde la torre Tarpeya
de Roma el incendio, como
desde el balcón me miraba;
y que luego, en vergonzoso
clavel de púrpura fina
bañado el jazmín del rostro,
a don Alonso miraba,
y que por los labios rojos
pagaba en perlas el gusto
de ver que a sus pies me postro,
de la fortuna arrojado
y de la suya envidioso.
Mas ¡vive Dios, que la risa,
primero que la de Apolo

alegre el oriente y bañe
el aire de átomos de oro,
se le ha de trocar en llanto,
si hallo al hidalguillo loco
entre Medina y Olmedo!

D. FERN. El sabrá ponerse en cobro.

D. RODR. Mal conocéis a los celos.

D. FERN. ¿Quién sabe que no son monstruos?
Mas lo que ha de importar mucho
no se ha de pensar tan poco. (*Vanse.*)

[*Calle y vista exterior de la casa de don Pedro.*]

DON ALONSO, TELLO.

TELLO. Mucho habemos esperado,
ya no puedes caminar.

D. ALONSO. Deseo, Tello, excusar
a mis padres el cuidado.
A cualquier hora es forzoso
partirme.

TELLO. Si hablas a Inés,
¿qué importa, señor, que estés
de tus padres cuidadoso?
Porque os ha de hallar el día
en esas rejas.

D. ALONSO. No hará;
que el alma me avisará,
como si no fuera mía.

TELLO. Parece que hablan en ellas,

y que es en la voz Leonor.
D. ALONSO. Y lo dice el resplandor
que da el sol a las estrellas.

DOÑA LEONOR, *a una reja*. DICHOS.

D.^a LEON. ¿Es don Alonso?

D. ALONSO. Yo soy.

D.^a LEON. Luego mi hermana saldrá,
porque con mi padre está
hablando en las fiestas de hoy.
Tello puede entrar; que quiere
daros un regalo Inés.

(Quítase de la reja.)

D. ALONSO. Entra, Tello.

TELLO. Si después
cerraren y no saliere,
bien puedes partir sin mí
que yo te sabré alcanzar.

*(Abrese la puerta de casa de DON PEDRO; entra TELLO
y vuelve DOÑA LEONOR a la reja.)*

D. ALONSO. ¿Cuándo, Leonor, podré entrar
con tal libertad aquí?

D.^a LEON. Pienso que ha de ser muy presto,
porque mi padre de suerte
te encarece, que a quererte
tiene el corazón dispuesto.
Y porque se case Inés,
en sabiendo vuestro amor,

sabrá escoger lo mejor,
como estimarlo después.

DOÑA INÉS, *a la reja*; DOÑA LEONOR, *en la reja*; DON
ALONSO, *en la calle*.

D.^a INÉS. ¿Con quién hablas?

D.^a LEON. Con Rodrigo.

D.^a INÉS. Mientes, que mi dueño es.

D. ALONSO. Que soy esclavo de Inés,
al cielo doy por testigo.

D.^a INÉS. No sois sino mi señor.

D.^a LEON. Ahora bien, quiéroos dejar;
que es necedad estorbar
sin celos quien tiene amor. (*Retírase.*)

DOÑA INÉS, *en la reja*; DON ALONSO, *en la calle*.

D.^a INÉS. ¿Cómo estáis?

DON ALONSO. Como sin vida.
por vivir os vengo a ver.

D.^a INÉS. Bien había menester
la pena desta partida
para templar el contento
que hoy he tenido de veros
ejemplo de caballeros,
y de las damas tormento.
De todas estoy celosa;
que os alabasen quería,
y después me arrepentía
de perderos temerosa.

¡Qué de varios pareceres!
¡Qué de títulos y nombres
os dió la envidia en los hombres,
y el amor en las mujeres!

Mi padre os ha codiciado
por yerno para Leonor,
y agradecióle mi amor,
aunque celosa, el cuidado;
que habéis de ser para mí,
y así se lo dije yo,
aunque con la lengua no,
pero con el alma sí.

Mas ¡ay!, ¿cómo estoy contenta,
si os partís?

D. ALONSO. Mis padres son
la causa.

D.ª INÉS. Tenéis razón;
mas dejadme que lo sienta.

D. ALONSO. Yo lo siento, y voy a Olmedo,
dejando el alma en Medina.
No sé cómo parto y quedo:
amor la ausencia imagina.
Los celos, señora, el miedo.

Así parto muerto y vivo;
que vida y muerte recibo.
Mas ¿qué te puedo decir
cuando estoy para partir,
puesto ya el pie en el estribo?

Ando, señora, estos días,

entre tantas asperezas
de imaginaciones mías,
consolado en mis tristezas
y triste en mis alegrías.

Tengo, pensando perderte,
imaginación tan fuerte,
y así en ella vengo y voy,
que me parece que estoy
con las ansias de la muerte.

La envidia de mis contrarios
temo tanto, que aunque puedo
poner medios necesarios,
estoy entre amor y miedo
haciendo discursos varios.

Ya para siempre me privo
de verte, y de suerte vivo,
que mi muerte presumiendo,
parece que estoy diciendo:
“Señora, aquesta te escribo.”

D.^a INÉS. Pena me has dado y temor
con tus miedos y recelos;
si tus tristezas son celos,
ingrato ha sido tu amor.

Bien entiendo tus razones;
pero tú no has entendido
mi amor.

D. ALONSO. Ni tú que han sido
estas imaginaciones
sólo un ejercicio triste

del alma, que me atormenta,
no celos; que fuera afrenta
del nombre, Inés, que me diste;
de sueños y fantasías,
si bien falsas ilusiones
han nacido estas razones,
que no de sospechas mías.

D.^a INÉS. Leonor vuelve.

DOÑA LEONOR, *dentro*.

D.^a INÉS. ¿Hay algo?

D.^a LEONOR. (*Dentro*.) Sí.

D. ALONSO. ¿Es partirme?

D.^a LEON. (*Dentro*.) Claro está.

mi padre se acuesta ya,
y me preguntó por ti. (*A doña Inés.*)

D.^a INÉS. Vete, Alonso, vete. Adiós.

No te quejes, fuerza es.

D. ALONSO. ¿Cuándo querrá Dios, Inés,
que estemos juntos los dos?

Aquí se acabó mi vida,
que es lo mismo que partirme.—
Tello no sale, o no puede
acabar de despedirse.

Voyme; que él me alcanzará.

(*Retírase doña Inés.*)

Al retirarse DON ALONSO, UNA SOMBRA, con una máscara negra y sombrero, y puesta la mano en el puño de la espada, se le pone delante.

D. ALONSO. ¿Qué es esto? ¿Quién va? De oírme
no hace caso. ¿Quién es? Hable.
¡Que un hombre me atemorice,
no habiendo temido a tantos!
¿Es don Rodrigo? ¿No dice
quién es?

LA SOMBRA. Don Alonso.

D. ALONSO. ¿Cómo?

LA SOMBRA. Don Alonso.

D. ALONSO. No es posible.

Mas otro será; que yo
soy don Alonso Manrique.
Si es invención, meta mano.
Volvió la espalda. Seguirle

(Vase la sombra.)

desatino me parece.
¡Oh imaginación terrible!
Mi sombra debió de ser.
Mas no; que en forma visible
dijo que era don Alonso.
Todas son cosas que finge
la fuerza de la tristeza,
la imaginación de un triste.

[*Campo con árboles al lado de un camino.*]

DON RODRIGO, DON FERNANDO, MENDO, CRIADOS *armados.*

D. RODR. Hoy tendrán fin mis celos y su vida.

D. FERN. Finalmente, ¿venís determinado?

D. RODR. No habrá consejo que su muerte impida,
después que la palabra me han quebrado.
Ya se entendió la devoción fingida,
ya supe que era Tello, su criado,
quien la enseñaba aquel latín que ha sido
en cartas de romance traducido.

¡Qué honrada dueña recibió en su casa
don Pedro en Fabia! ¡Oh mísera doncella!
disculpo tu inocencia, si te abrasa
fuego infernal de los hechizos della.
No sabe, aunque es discreta, lo que pasa,
y así el honor de entrambos atropella.
¡Cuántas casas de nobles caballeros
han infamado hechizos y terceros!

Fabia, que puede trasponer un monte;
Fabia, que puede detener un río,
y en los negros ministros de Aqueronte
tiene, como en vasallos, señorío;
Fabia, que deste mar, deste horizonte
al abrasado clima, al norte frío
puede llevar un hombre por el aire,
le da liciones: ¿hay mayor donaire?

D. FERN. Por la misma razón yo no tratara
de más venganza.

D. RODR. ¡Vive Dios, Fernando,
que fuera de los dos bajeza clara!

D. FERN. No la hay mayor que despreciar amando.

D. RODR. Si vos podéis, yo no.

MENDO. Señor, repara
en que vienen los ecos avisando
de que a caballo alguna gente viene.

D. RODR. Si viene acompañado, miedo tiene.

D. FERN. No lo creas; que es mozo temerario.

D. RODR. Todo hombre con silencio esté escondido.
Tú, Mendo, el arcabuz, si es necesario,
tendrás detrás de un árbol prevenido.

D. FERN. ¡Qué inconstante es el bien, qué loco y vario!
Hoy a vista de un rey salió lucido,
admirado de todos a la plaza,
y ¡ya tan fiera muerte le amenaza!

(*Escóndense.*)

D. ALONSO. Lo que jamás he tenido,
que es algún recelo o miedo,
llevo caminando a Olmedo.—
Pero tristezas han sido.
Del agua el manso ruido
y el ligero movimiento
destas ramas con el viento
mi tristeza aumentan más.
Yo camino, y vuelve atrás
mi confuso pensamiento.

De mis padres el amor
y la obediencia me lleva,
aunque esta es pequeña prueba
del alma de mi valor.

Conozco que fué rigor
el dejar tan presto a Inés...

—¡Qué escuridad! Todo es
horror, hasta que el aurora
en las alfombras de Flora
ponga los dorados pies.

Allí cantan. ¿Quién será?
Mas será algún labrador
que camina a su labor.
Lejos parece que está;
pero acercando se va.

Pues ¡cómo! Lleva instrumento.
Y no es rústico el acento,
sino sonoro y süave.
¡Qué mal la música sabe,
si está triste el pensamiento.

UNA VOZ. (*Dentro.*)

(*Canta desde lejos y viene acercándose.*)

*Que de noche le mataron
al caballero,
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.*

D. ALONSO. ¡Cielos! ¿Qué estoy escuchando?
Si es que avisos vuestros son,

EL CABALLERO DE OLMEDO

ya que estoy en la ocasión,
¿de qué me estáis informando?
Volver atrás, ¿cómo puedo?
Invención de Fabia es
que quiere, a ruego de Inés,
hacer que no vaya a Olmedo.

LA VOZ. (*Dentro.*)

*Sombras le avisaron
que no saliese,
y le aconsejaron
que no se fuese
el caballero.
La gala de Medina,
la flor de Olmedo.*

UN LABRADOR. DON ALONSO.

D. ALONSO. ¡Hola, buen hombre, el que canta!

LABRADOR. ¿Quién me llama?

D. ALONSO. Un hombre soy,
que va perdido.

LABRADOR. Ya voy.
Veisme aquí.

D. ALONSO. (*Ap.* Todo me espanta.)
¿Dónde vas?

LABRADOR. A mi labor.

D. ALONS. ¿Quién esa canción te ha dado,
que tristemente has cantado?

LABRADOR. Allá en Medina, señor.

D. ALONSO. A mí me suelen llamar
el caballero de Olmedo,
y yo estoy vivo.

LABRADOR. No puedo
deciros deste cantar
más historia ni ocasión,
de que a una Fabia la oí.
Si os importa, yo cumplí
con deciros la canción.

Volved atrás; no paséis
deste arroyo.

D. ALONSO. En mi nobleza
fuera ese temor baja.

LABRADOR. Muy necio valor tenéis.
Volved, volved a Medina.

D. ALONSO. Ven tú conmigo.

LABRADOR. No puedo. (*Vase.*)

D. ALONSO. ¡Qué de sombras finge el miedo!
¡Qué de engaños imagina!

Oye, escucha. ¿Dónde fué,
que apenas sus pasos siento?

¡Ah, labrador! Oye, aguarda.
Aguarda, responde el eco.

¡Muerto yo! Pero es canción
que por algún hombre hicieron
de Olmedo, y los de Medina
en este camino han muerto.

A la mitad dél estoy:

¿Qué han de decir si me vuelvo?

Gente viene... No me pesa.

Si allá van, iré con ellos.

DON RODRIGO, DON FERNANDO, MENDO, CRIADOS.

DON ALONSO.

D. RODR. ¿Quién va?

D. ALONSO. Un hombre. ¿No me ven?

D. FERN. Deténgase.

D. ALONSO. Caballeros,
si acaso necesidad
los fuerza a pasos como éstos,
desde aquí a mi casa hay poco:
no habré menester dineros;
que de día y en la calle
se los doy a cuantos veo
que me hacen honra en pedirlos.

D. RODR. Quítese las armas luego.

D. ALONSO. ¿Para qué?

D. RODR. Para rendillas.

D. ALONSO. ¿Saben quién soy?

D. FERN. El de Olmedo,
el matador de los toros,
que viene arrogante y necio
a afrentar los de Medina,
el que deshonra a don Pedro
con alcahuetes infames.

D. ALONSO. Si fuérades a lo menos
nobles vosotros, allá,
pues tuvistes tanto tiempo,

me hablárades, y no agora,
que solo a mi casa vuelvo.
Allá en las rejas adonde
dejastes la capa huyendo,
fuera bien, y no en cuadrilla
a media noche soberbios.
Pero confieso, villanos
(que esta estimación os debo),
que aun siendo tantos, sois pocos.

(*Riñen.*)

D. RODR. Yo vengo a matar, no vengo
a desafíos; que entonces
te matara cuerpo a cuerpo. (*A Mendo.*)
Tírale. (*Dispara Mendo.*)

D. ALONSO. Traidores sois;
pero sin armas de fuego
no pudiérades matarme.
¡Jesús! (*Cae.*)

D. FERN. Bien lo has hecho, Mendo.

(*Vanse DON RODRIGO, DON FERNANDO y su gente.*)

D. ALONSO. ¡Qué poco crédito di
a los avisos del cielo!
valor propio me ha engañado,
y muerto envidias y celos.
¡Ay de mí! ¿Qué haré en un campo
tan solo?

TELLO, DON ALONSO.

TELLO. Pena me dieron
estos hombres que a caballo
van hacia Medina huyendo.
Si a don Alonso habían visto,
pregunté; no respondieron.
Mala señal. Voy temblando.

D. ALONSO. ¡Dios mío, piedad, yo muero!
Vos sabéis que fué mi amor
dirigido a casamiento.
¡Ay, Inés!

TELLO. De lastimosas
quejas siento tristes ecos.
Hacia aquella parte suenan.
No está del camino lejos
quien las da. No me ha quedado
sangre. Pienso que el sombrero
puede quedarse en el aire
solo en cualquiera cabello.
¡Ah, hidalgo!

D. ALONSO. ¿Quién es?

TELLO. ¡Ay, Dios!
¿Por qué dudo lo que veo?
Es mi señor. ¡Don Alonso!

D. ALONSO. Seas bien venido, Tello.

TELLO. ¿Cómo, Señor, si he tardado?
¿Cómo, si a mirarte llego
hecho un piélagos de sangre?

Traidores, villanos, perros,
 volved, volved a matarme,
 pues habéis, infames, muerto
 el más noble, el más valiente,
 el más galán caballero
 que ciñó espada en Castilla.

D. ALONSO. Tello, Tello, ya no es tiempo
 más que de tratar del alma.
 Ponme en un caballo presto,
 y llévame a ver mis padres.

TELLO. ¡Qué buenas nuevas les llevo
 de las fiestas de Medina!
 ¿Qué dirá aquel noble viejo?
 ¿Qué hará tu madre y tu patria?
 ¡Venganza, piadosos cielos!

(*Llévase a* DON ALONSO.)

[*Sala de la casa en que se hospeda el Rey en Medina.*]

DON PEDRO, DOÑA INÉS, DOÑA LEONOR, FABIA, ANA.

D.^a INÉS. ¿Tantas mercedes ha hecho?

D. PEDRO. Hoy mostró con su real
 mano, heroica y liberal
 la grandeza de su pecho.
 Medina está agradecida,
 y por la que he recibido,
 a besarla os he traído.

D.^a LEON. ¿Previene ya su partida?

D. PEDRO. Sí, Leonor, por el Infante,

que aguarda al Rey en Toledo.
en fin, obligado quedo;
que por merced semejante
más por vosotras lo estoy,
pues ha de ser vuestro aumento.

D.^a LEON. Con razón estás contento.

D. PEDRO. Alcaide de Burgos soy.

Besad la mano a su alteza.

D.^a INÉS. (*Ap. a Fabia.*) ¡Ha de haber ausencia, Fabia!

FABIA. Más la fortuna te agravia.

D.^a INÉS. No en vano tanta tristeza
he tenido desde ayer.

FABIA. Yo pienso que mayor daño
te espera, si no me engaño,
como suele suceder;

que en las cosas por venir
no puede haber cierta ciencia.

D.^a INÉS. ¿Qué mayor mal que la ausencia,
pues es mayor que morir?

D. PEDRO. Ya, Inés, ¿qué mayores bienes
pudiera yo desear,
si tú quisieras dejar
el propósito que tienes?

No porque yo te hago fuerza;
pero quisiera casarte.

D.^a INÉS. Pues tu obediencia no es parte
que mi propósito tuerza.

Me admiro de que no entiendas
la ocasión.

D. PEDRO. Yo no la sé.

D.^a LEON. Pues yo por ti la diré,
Inés, como no te ofendas.
no la casas a su gusto.
Mira ¡qué presto!

D. PEDRO. (*A Inés.*) Mi amor
se queja de tu rigor,
porque a saber tu disgusto,
no lo hubiera imaginado.

D.^a LEON. Tiene inclinación Inés
a un caballero, después
que el Rey de una cruz le ha honrado,
que esto es deseo de honor,
y no poca honestidad.

D. PEDRO. Pues si el tiene calidad,
y tú le tienes amor,
¿quién ha de haber que replique?
Cásate en buen hora, Inés.
Pero ¿no sabré quién es?

D.^a LEON. Es don Alonso Manrique.

D. PEDRO. Albricias hubiera dado.
¿El de Olmedo?

D.^a LEON. Sí, señor.

D. PEDRO. Es hombre de gran valor,
y desde agora me agrado
de tan discreta elección;
que si el hábito rehusaba
era porque imaginaba
diferente vocación.

Habla, Inés, no estés ansí.

D.^a INÉS. Señor, Leonor se adelanta;
que mi inclinación no es tanta
como ella te ha dicho aquí.

D. PEDRO. Yo no quiero examinarte,
sino estar con mucho gusto
de pensamiento tan justo
y de que quieras casarte.

Desde agora es tu marido;
que me tendré por honrado
de un yerno tan estimado,
tan rico y tan bien nacido.

D.^a INÉS. Beso mil veces tus pies.—
Loca de contenta estoy,
Fabia.

FABIA. El parabién te doy.
(*Aparte* Si no es pésame después.)

D.^a LEON. El Rey.

*El REY, el CONDESTABLE, DON RODRIGO
DON FERNANDO.*

D. PEDRO. (*A sus hijas.*) Llegad a besar
su mano.

D.^a INÉS. ¡Qué alegre llego!

D. PEDRO. Dé vuestra alteza los pies,
por la merced que me ha hecho
del alcaidía de Burgos,
a mí y a mis hijas.

REY. Tengo

bastante satisfacción
de vuestro valor, don Pedro,
y de que me habéis servido.

D. PEDRO. Por lo menos lo deseo.

REY. ¿Sois casadas?

D.^a INÉS. No, Señor.

REY. ¿Vuestro nombre?

D.^a INÉS. Inés.

REY. ¿Y el vuestro?

D.^a LEON. LEONOR.

CONDEST. Don Pedro merece
tener dos gallardos yernos,
que están presentes, señor,
y que yo os pido por ellos
los caséis de vuestra mano.

REY. ¿Quién son?

D. RODR. Yo, Señor, pretendo
con vuestra licencia, a Inés.

D. FERN. Y yo a su hermana le ofrezco
la mano y la voluntad.

REY. En gallardos caballeros
emplearéis vuestras dos hijas
don Pedro.

D. PEDRO. Señor, no puedo
dar a Inés a don Rodrigo,
porque casada la tengo
con don Alonso Manrique,
el caballero de Olmedo,
a quien hicistes merced

de un hábito.

REY. Yo os prometo
que la primera encomienda
sea suya...

D. RODR. (*Ap. a D. Fernando.*)
¡Extraño suceso!

D. FERN. (*Ap. a D. Rodrigo.*)
Ten paciencia.

REY. Porque es hombre
de grandes merecimientos

TELLO. DICHOS.

TELLO. (*Dentro.*) Dejadme entrar.

REY. ¿Quién da voces?

CONDES. Con la guarda un escudero,
que quiere hablarte.

REY. Dejadle.

CONDES. Viene llorando y pidiendo
justicia.

REY. Hacerla es mi oficio.
Eso significa el cetro. (*Sale Tello.*)

TELLO. Invictísimo don Juan,
que del castellano reino,
a pesar de toda envidia,
gozas el dichoso imperio:
con un caballero anciano
vine a Medina, pidiendo
justicia de dos traidores;
pero el doloroso exceso

en las puertas le ha dejado,
si no desmayado, muerto.
Con esto, yo, que le sirvo,
rompí con atrevimiento
tus guardas y tus oídos:
oye, pues te puso el cielo
la vara de su justicia
en tu libre entendimiento,
para castigar los malos
y para premiar los buenos.
La noche de aquellas fiestas
que a la Cruz de Mayo hicieron
caballeros de Medina;
para que fuese tan cierto
que donde hay cruz hay pasión;
por dar a sus padres viejos
contento de verle libre
de los toros, menos fieros
que fueron sus enemigos,
partió de Medina a Olmedo
don Alonso, mi señor,
aquel ilustre mancebo
que mereció tu alabanza,
que es raro encarecimiento.
Quedéme en Medina yo,
como a mi cargo estuvieron
los jaeces y caballos,
para tener cuenta dellos.
Ya la encapotada noche,

de los dos polos en medio,
daba a la traición espada,
mano al hurto, pies al miedo,
cuando partí de Medina;
y al pasar un arroyuelo,
puente y señal del camino,
veo seis hombres, corriendo
hacia Medina turbados,
y aunque juntos, descompuestos.
La luna, que salió tarde,
menguado el rostro sangriento
me dió a conocer los dos:
que tal vez alumbra el cielo
con las hachas de sus luces
el más oscuro silencio,
para que vean los hombres
de las maldades los dueños,
porque a los ojos divinos
no hubiese humanos secretos.
Paso adelante ¡ay de mí!
y envuelto en su sangre veo
a don Alonso expirando.
Aquí, gran señor, no puedo
ni hacer resistencia al llanto,
ni decir el sentimiento.
En el caballo le puse
tan animoso, que creo
que pensaban sus contrarios
que no le dejaban muerto.

A Olmedo llegó con vida
cuanto fué bastante ¡ay cielo!
para oír la bendición
de dos miserables viejos,
que enjugaban las heridas
con lágrimas y con besos.
Cubrió de luto su casa
y su patria, cuyo entierro
será el del fénix, señor,
después de muerto viviendo
en las lenguas de la fama,
a quien conserven respeto
la mudanza de los hombres
y los olvidos del tiempo.

REY. ¡Extraño caso!

D.^a INÉS. ¡Ay de mí!

D. PEDRO. Guarda lágrimas y extremos,
Inés, para nuestra casa.

D.^a INÉS. Lo que de burlas te dije,
señor, de veras te ruego.
Y a vos, generoso Rey,
desos viles caballeros
os pido justicia.

REY. (*A Tello.*) Dime,
pues pudiste conocerlos,
¿quién son esos dos traidores?
¿Dónde están? Que ¡vive el cielo,
de no me partir de aquí
hasta que los deje presos!

EL CABALLERO DE OLMEDO

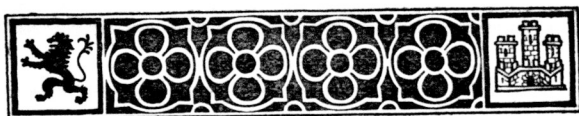
TELLO. Presentes están, Señor.
Don Rodrigo es el primero
y don Fernando el segundo.

CONDEST. El delito es manifiesto,
su turbación lo confiesa.

D. RODR. Señor, escucha...

REY. Prendedlos
y en un teatro mañana
cortad sus infames cuellos,
fin de la trágica historia
del *Caballero de Olmedo*.





PERIBAÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA

TRAGICOMEDIA

PERSONAS:

EL REY DON ENRI- QUE III DE CASTI- LLA.	LUJÁN, <i>lacayo</i> .	HELIPE, <i>labrador</i> .
LA REINA.	UN CURA.	UN PINTOR.
PERIBAÑEZ, <i>labrador</i> .	LEONARDO, <i>criado</i> .	UN SECRETARIO.
CASILDA, <i>mujer de</i> <i>Peribáñez</i> .	MARÍN, <i>lacayo</i> .	<i>Dos Regidores.</i>
EL COMENDADOR DE OCAÑA.	BELARDO,	<i>Labradores y labra-</i> <i>doras.</i>
EL CONDESTABLE.	BARTOLO.	<i>Músicos.</i>
GÓMEZ MANRIQUE.	ANTÓN.	<i>Pajes.</i>
INÉS.	BLAS.	<i>Hidalgos.</i>
COSTANZA.	GIL,	<i>Acompañamiento.</i>
	BENITO.	<i>Guardas.</i>
	LLORENTE.	<i>Gente.</i>
	MENDO.	
	CHAPARRO.	

labradores.

[La acción pasa en Ocaña, en Toledo y en el campo.]

ACTO PRIMERO

[Sala en casa de Peribáñez, en Ocaña.]

PERIBAÑEZ Y CASILDA, *de novios*; INÉS, *de madrina*;

EL CURA, COSTANZA, MÚSICOS, LABRADORES Y LABRADORAS.

INÉS. Largos años os gocéis.

COSTANZA. Si son como yo deseo,
casi inmortales seréis.

CASILDA. Por el de serviros, creo
que merezco que me honréis.

CURA. Aunque no parecen mal,
son excusadas razones
para cumplimiento igual,
ni puede haber bendiciones
que igualen con el misal.

Hartas os dije: no queda
cosa que deciros pueda
el más deudo, el más amigo.

Sentaos, y alegrad el día
en que sois uno los dos.

PERIB. Yo tengo harta alegría
en ver que me ha dado Dios
tan hermosa compañía.

CURA. Bien es que a Dios se atribuya;
que en el reino de Toledo
no hay cara como la suya.

CASILDA. Si con amor pagar puedo,
esposo, la afición tuya,
de lo que debiendo quedas
me estás en obligación.

PERIB. Casilda, mientras no puedas
excederme en afición,
no con palabras me excedas.

Toda esta villa de Ocaña
poner quisiera a tus pies,
y aun todo aquello que baña
Tajo hasta ser portugués,

entrando en el mar de España.

El olivar más cargado
de aceitunas me parece
menos hermoso, y el prado
que por el mayo florece,
solo del alba pisado.

No hay camuesa que se afeite
que no te rinda ventaja,
ni rubio y dorado aceite
conservado en la tinaja,
que me cause más deleite.

Ni el vino blanco imagino
de cuarenta años tan fino
como tu boca olorosa ;
que como al señor la rosa,
le huele al villano el vino.

Cepas que en diciembre arranco
y en octubre dulce mosto,
ni mayo de lluvias franco,
ni por los fines de agosto
la parva de trigo blanco,
igualan a ver presente
en mi casa un bien, que ha sido
prevención más excelente
para el invierno aterido
y para el verano ardiente.

Contigo, Casilda, tengo
cuanto puedo desear,
y sólo el pecho prevengo ;

en él te he dado lugar,
ya que a merecerte vengo.

Vive en él; que si un villano
por la paz del alma es rey,
que tú eres reina está llano,
ya porque es divina ley,
y ya por derecho humano.

Reina, pues que tan dichosa
te hará el cielo, dulce esposa,
que te diga quien te vea:
la ventura de la fea
pasóse a Casilda hermosa.

CASILDA. Pues yo ¿cómo te diré
lo menos que miro en ti,
que lo más del alma fué?
jamás en el baile oí
son que me bullese el pie,
que tal placer me causase
cuando el tamboril sonase,
por más que el tamborilero
chillase con el guarguero
y con el palo tocase.

En mañana de San Juan
nunca más placer me hicieron
la verbena y arrayán,
ni los relinchos me dieron
el que tus voces me dan.

¿Cuál adufe bien templado,
cuál salterio te ha igualado;

cuál pendón de procesión,
con sus borlas y cordón,
a tu sombrero chapado?

No hay pies con zapatos nuevos
como agradan tus amores;
eres entre mil mancebos
hornazo en Pascua de flores
con sus picos y sus huevos.

Pareces en verde prado
toro bravo y rojo echado;
pareces camisa nueva,
que entre jazmines se lleva
en azafate dorado.

Pareces cirio pascual
y mazapán de bautismo,
con capillo de cendal,
y parécete a ti mismo,
porque no tienes igual.

CURA. Ea, bastan los amores;
que quieren estos mancebos
bailar y ofrecer.

PERIB. Señores,
pues no sois en amar nuevos,
perdón.

UN LABRADOR. Ama hasta que adores.

*(Cantan los músicos y bailan los labradores
y labradoras.)*

MÚSICOS.

*Dente parabienes
el mayo garrido,
los alegres campos,
las fuentes y ríos.
Alcen las cabezas
los verdes alisos,
y con frutos nuevos
almendros floridos.
Echen las mañanas,
después del rocío,
en espadas verdes
guarnición de lirios.
Suban los ganados
por el monte mismo
que cubrió la nieve,
a pacer tomillos.*

(Folía.)

*Y a los nuevos desposados
eche Dios su bendición;
parabién les den los prados,
pues hoy para en uno son.*

(Vuelven a danzar.)

BARTOLO.

CURA. ¿Qué es aquéllo?

BARTOLO. ¿No lo véis
en la gaita y el rüido?

CURA. ¿Mas que el novillo han traído?

BARTOLO. ¿Cómo un novillo? Y aun tres.

Pero el tizado que agora
traen del campo, ¡voto al sol,
que tiene brío español!
No se ha encintado en un hora.

Dos vueltas ha dado a Bras,
que ningún italiano
se ha vido andar tan liviano
por la maroma jamás.

A la yegua de Antón Gil
del verde recién sacada,
por la panza desgarrada
se le mira el perejil.

El nueso Comendador,
señor de Ocaña y su tierra,
bizarro a picarle cierra,
más gallardo que un azor.

¡Juro a mí, si no tuviera
cintero el novillo!...

CURA. Aquí

¿no podrá entrar?

BARTOLO. Antes sí.

CURA. Pues Pedro, de esa manera,
allá me subo al terrado.

COSTANZA. Dígale alguna oración;
que ya ve que no es razón
irse, señor licenciado.

CURA. Pues oración ¿a qué fin?

COSTANZA. ¿A qué fin? De resistillo.

CURA. Engañaste; que hay novillo
que no entiende bien latín. (*Vase.*)

COSTANZA. Al terrado va sin duda.

(*Voces dentro.*)

INÉS. La grita creciendo va.
Todas iremos allá;
que atado, al fin no se muda.
BARTOLO. Es verdad; que no es posible
que más que la sogá alcance. (*Vase.*)

PERIBÁÑEZ, CASILDA, INÉS, COSTANZA, LABRADORES,
LABRADORAS, MÚSICOS.

PERIB. ¿Tú quieres que intente un lance?

CASILDA. ¡Ay no, mi bien, que es terrible!

PERIB. Aunque más terrible sea,
de los cuernos le asiré,
y en tierra con él daré,
porque mi valor se vea.

CASILDA. No conviene a tu decoro
el día que te has casado,
ni que un recién desposado
se ponga en cuernos de un toro.

PERIB. Quiero obedecer.

(*Ruido y voces dentro.*)

CASILDA. ¡Ay Dios!
¿Qué es esto?

GENTE, *dentro*; después, BARTOLO.

GENTE. (*Dentro.*) ¡Qué gran desdicha!

CASILDA. Algún mal hizo por dicha.

PERIB. ¿Cómo, estando aquí los dos?

(*Sale Bartolo.*)

BARTOLO. ¡Oh! que nunca le trujeran,
pluguiera al cielo, del soto!
A la fe, que no se alaben
de aquesta fiesta los mozos.
¡Oh mal hayas, el novillo!
Nunca en el abril lluvioso
halles yerba en verde prado,
más que si fuera en agosto.
Siempre te venza el contrario
cuando estuvieses celoso,
y por los bosques bramando,
halles secos los arroyos.
Mueras a manos del vulgo,
a pura garrocha en coso;
no te mate caballero
con lanza o cuchillo de oro;
más lacayo por detrás,
con el acero mohoso,
te haga sentar por fuerza,
y manchar en sangre el polvo.

PEDRO. Repórtate ya, si quieres,
y dinos lo que es, Bartolo;
que no maldijera más

Zamora a Vellido Dolfos.

BARTOLO. El Comendador de Ocaña,
mueso señor generoso,
en un bayo que cubrían
moscas negras pecho y lomo,
mostrando por un bozal
de plata el rostro fogoso,
y lavando en blanca espuma
un tafetán verde y rojo,
pasaba la calle acaso;
y viendo correr el toro,
caló la gorra y sacó
de la capa el brazo airoso,
vibró la vara, y las piernas
puso al bayo, que era un corzo;
y al batir los acicates,
revolviendo el vulgo loco,
trabó la sogá al caballo,
y cayó en medio de todos.
Tan grande fué la caída,
que es el peligro forzoso.
Pero ¿qué os cuento, si aquí
le trae la gente en hombros?

EL COMENDADOR, *a quien traen sin sentido unos LABRADORES*; MARÍN, LUJÁN.

MARÍN. Aquí estaba el Licenciado,
y lo podrán absolver.

INÉS. Pienso que se fué a esconder.



“¡ Oh qué mal el mal se emplea
en quien es la flor de España !”

PERIB. Sube, Bartolo, al terrado.

BARTOLO. Voy a buscarle.

PERIB. Camina.

(*Vase BARTOLO. Ponen en una silla al COMENDADOR.*)

LUJÁN. Por silla vamos los dos
en que llevarle, si Dios
llevarsele determina.

MARÍN. Vamos, Luján; que sospecho
que es muerto el Comendador.

LUJÁN. El corazón de temor
me va saltando en el pecho.

(*Vanse LUJÁN y MARÍN.*)

CASILDA. Id vos, porque me parece,
Pedro, que algo vuelve en sí,
y traed agua.

PERIB. Si aquí
el Comendador muriese,
no vivo más en Ocaña.
¡Maldita la fiesta sea!

(*Dejan al COMENDADOR en la silla y se retiran todos,
menos CASILDA.*)

EL COMENDADOR, *sin sentido*; CASILDA.

CASILDA. ¡Oh qué mal el mal se emplea
en quien es la flor de España!
¡Ah gallardo caballero!
¡Ah valiente lidiador!
¿Sois vos quien daba temor
con ese desnudo acero

a los moros de Granada?
¿Sois vos quien tantos mató?
¡Una sogá derribó
a quien no pudo su espada!
¡Ah señor Comendador!

COMEND. ¿Quién llama? ¿Quién está aquí?

CASILDA. ¡Albricias, que habló!

COMEND. ¡Ay de mí!

¿Quién eres?

CASILDA. Yo soy, Señor.

No os aflijáis; que no estáis
donde no os desean más bien
que vos mismo, aunque también
quejas, mi señor, tengáis
de haber corrido aquel toro.
Haced cuenta que esta casa
es vuestra.

COMEND. Hoy a ella pasa
todo el humano tesoro.

Estuve muerto en el suelo,
y como yo lo creí,
cuando los ojos abrí,
pensé que estaba en el cielo.

Desengañadme, por Dios;
que es justo pensar que sea
cielo donde un hombre vea
que hay ángeles como vos.

CASILDA. Antes por vuestras razones
podría yo presumir

que estáis cerca de morir.

COMEND. ¿Cómo?

CASILDA. Porque veis visiones.

Y advierta vueseñoría
que si es agradecimiento
de hallarse en el aposento
desta humilde casa mía,
de hoy solamente lo es.

COMEND. ¿Sois la novia, por ventura?

CASILDA. No por ventura, si dura
y crece este mal después,
venido por mi ocasión.

COMEND. ¿Que vos estáis ya casada?

CASILDA. Casada y bien empleada.

COMEND. Pocas hermosas lo son.

CASILDA. Pues por eso yo he tenido
la ventura de la fea.

COMEND. (*Ap.* ¡Qué un tosco villano sea
desta hermosura marido!)
¿Vuestro nombre?

CASILDA. Con perdón,
Casilda, señor, me nombro.

COMEND. (*Ap.* De ver su traje me asombro
y su rara perfección:
diamante en plomo engastado).

¡Dichoso el hombre mil veces
a quien tu hermosura ofreces!

CASILDA. No es él el bien empleado;
yo lo soy, Comendador:

créalo su señoría.

COMEND. Aun para ser mujer mía
tenéis, Casilda, valor.

Dame licencia que pueda
regalarte.

PERIBÁÑEZ.

PERIB. No parece
el Licenciado: si crece
el accidente...

CASILDA. Ahí te quedo,
porque ya tiene salud
don Fadrique, mi señor.

PERIB. Albricias te da mi amor.

COMEND. Tal ha sido la virtud
desta piedra celestial.

MARÍN, LUJÁN.

MARÍN. Ya dicen que ha vuelto en sí.

LUJÁN. Señor, la silla está aquí.

COMEND. Pues no pase del portal;
que no he menester ponerme
en ella.

LUJÁN. ¡Gracias a Dios!

COMEND. Esto que os debo a los dos,
si con salud vengo a verme,
satisfaré de manera
que conozcáis lo que siento
vuestro buen acogimiento.

- PERIB. Si a vuestra salud pudiera,
señor, ofrecer la mía,
no lo dudéis.
- COMEND. Yo lo creo.
- LUJÁN. ¿Que sientes?
- COMEND. Un gran deseo,
que cuando entré no tenía.
- LUJÁN. No lo entiendo.
- COMEND. Importa poco.
- LUJÁN. Yo hablo de tu caída.
- COMEND. En peligro está mi vida
por un pensamiento loco.
(*Vanse el COMENDADOR, LUJÁN y MARÍN.*)
- CASILDA. Mi bien, no sé
si me atreva el primer día
a pedirte un gran favor.
- PERIB. Mi amor se agravía de ti.
- CASILDA. ¿Cierto?
- PEDRO. Sí.
- CASILDA. Pues oye.
- PEDRO. Di,
cuanto es obligar mi amor.
- CASILDA. El día de la Asunción
se acerca; tengo deseo
de ir a Toledo, y creo
que no es gusto, es devoción
de ver la imagen también
del Sagrario, que aquel día
sale en procesión.

PERIB.

La mía

es tu voluntad, mi bien.

Tratemos de la partida.

[Sala en casa del Comendador.]

EL COMENDADOR, LEONARDO.

COMEND. Llámame, Leonardo, presto
a Luján.

LEONARDO. Ya le avisé;
pero estaba descompuesto.

COMEND. Vuelve a llamarle.

LEONARDO. Yo iré.

COMEND. Parte.

LEONARDO. (*Ap.*) ¿En qué ha de parar esto?

Cuando se siente mejor,
tiene más melancolía,
y se queja sin dolor;
sospiros al aire envía:
mátenme si no es amor. (*Vase.*)

[El Comendador concibe el proyecto de enamorar a Casilda. Su criado y confidente Luján le aconseja que regale a Peribáñez un par de mulas y a su esposa unas arracadas de oro para con esta dádiva lograr la simpatía de entrambos.]

[Sala en casa de Peribáñez.]

CASILDA, INÉS, COSTANZA.

CASILDA. No es tarde para partir.

INÉS. El tiempo es bueno, y es llano
todo el camino.

- COSTANZA. En verano
 suelen muchas veces ir
 en diez horas, y aun en menos.
 ¿Qué galas llevas, Inés?
- INÉS. Pobres, y el talle que ves.
- COSTANZA. Yo llevo unos cuerpos llenos
 de pasamanos de plata.
- INÉS. Desabrochado el sayuelo,
 salen bien.
- CASILDA. De terciopelo
 sobre encarnada escarlata
 los pienso llevar, que son
 galas de mujer casada.
- COSTANZA. Una basquiña prestada
 me daba, Inés, la de Antón.
 Era palmilla gentil
 de Cuenca, si allá se teje,
 y obligame a que la deje
 Menga, la de Blasco Gil;
 porque dice que el color
 no dice bien con mi cara.
- INÉS. Bien sé yo quien te prestara
 una faldilla mejor.
- COSTANZA. ¿Quién?
- INÉS. Casilda.
- CASILDA. Si tú quieres,
 la de grana blanca es buena,
 o la verde, que está llena
 de vivos.

- COSTANZA. Liberal eres
 y bien acondicionada;
 mas, si Pedro ha de reñir,
 no te la quiero pedir,
 y guárdete Dios, casada.
- CASILDA. No es Peribáñez, Costanza,
 tan mal acondicionado.
- INÉS. ¿Quiérete bien tu velado?
- CASILDA. ¿Tan presto temes mudanza?
 No hay en esta villa toda
 novios de placer tan ricos:
 pero aun comemos los picos
 de las roscas de la boda.
- INÉS. ¿Dícete muchos amores?
- CASILDA. No (yo sé) cuales son pocos;
 Sé que mis sentidos locos
 lo están de tantos favores.
 Cuando se muestra el lucero
 viene del campo mi esposo,
 de su cena deseoso;
 siéntele el alma primero,
 y salgo a abrille la puerta,
 arrojando el almohadilla;
 que siempre tengo en la silla
 quien mis labores concierta.
 El de las mulas se arroja,
 y yo me arrojo en sus brazos;
 tal vez de nuestros abrazos
 la bestia hambrienta se enoja,

y sintiéndola gruñir,
dice: "En dándole la cena
al ganado, cara buena,
volverá Pedro a salir."

Mientras él paja les echa,
ir por cebada me manda;
yo la traigo, él la zaranda,
y deja la que aprovecha.

Revuélvela en el pesebre,
y allí me vuelve a abrazar;
que no hay tan bajo lugar
que el amor no lo celebre.

Salimos donde ya está
dándonos voces la olla,
porque el ajo y la cebolla,
fuera del olor que da

por toda nuestra cocina,
tocan a la cobertera
el villano de manera,
que a bailalle nos inclina.

Sácola en limpios manteles,
no en plata, aunque yo quisiera;
platos son de Talavera,
que están vertiendo claveles.

Abáhole su escudilla
de sopas con tal primor,
que no las come mejor
el señor de muesa villa;
y él lo paga, porque a fe,

que apenas bocado toma,
de que, como a su paloma,
lo que es mejor no le dé.

Bebe y deja la mitad,
bébole las fuerzas yo,
traigo olivas, y si no,
es postre la voluntad.

Acabada la comida,
puestas las manos los dos,
dámosle gracias a Dios
por la merced recebida;

y vámonos a acostar,
donde le pesa a la aurora
cuando se llega la hora
de venirnos a llamar.

INÉS. ¡Dichosa tú, casadilla,
que en tan buen estado estás!
Ea, ya no falta más
sino salir de la villa.

PERIBÁÑEZ.

CASILDA. ¿Está el carro aderezado?

PERIB. Lo mejor que puede está.

CASILDA. Luego ¿puedes subir ya?

PERIB. Pena, Casilda, me ha dado
el ver que el carro de Bras
lleva alfombra y repostero.

CASILDA. Pídele a algún caballero.

INÉS. Al Comendador podrás.

- PERIB. El nos mostraba afición,
y pienso que nos le diera.
- CASILDA. ¿Qué se pierde en ir?
- PEDRO. Espera,
que a la fe que no es razón
que vaya sin repostero.
- INÉS. Pues vámonos a vestir.
- CASILDA. También le puedes pedir...
- PERIB. ¿Qué, mi Casilda?
- CASILDA. Un sombrero.
- PERIB. Eso no.
- CASILDA. ¿Por qué? ¿Es exceso?
- PERIB. Porque plumas de señor
podrán darnos por favor,
a ti viento y a mí peso. (*Vanse.*)

[El Comendador y Luján piensan en la forma de entregar las mulas a Peribáñez sin que éste sospeche su mal designo. Y he aquí que el mismo Peribáñez se presenta en casa del Comendador a solicitar mercedes y favores.]

[Sala en casa del Comendador.]

LEONARDO. DICHOS.

- LEONARDO. Aquí está Peribáñez.
- COMEND. ¿Quién, Leonardo?
- LEONARDO. Peribáñez, señor.
- COMEND. ¿Qué es lo que dices?
- LEONARDO. Digo que me pregunta Peribáñez
por ti, yo pienso bien que le conoces.
Es Peribáñez labrador de Ocaña,

cristiano viejo y rico, hombre tenido
en gran veneración de sus iguales,
y que, si se quisiese alzar agora
en esta villa, seguirán su nombre
cuantos salen al campo con su arado,
porque es, aunque villano, muy honrado.
.....

PERIBÁÑEZ, *con capa*.

PERIB. Dame tus generosos pies.

COMEND. ¡Oh Pedro!
seas mil veces bien venido. Dame
otras tantas tus brazos.

PERIB. ¡Señor mío!
tanta merced a un rústico villano
de los menores que en Ocaña tienes!
¡Tanta merced a un labrador!

COMEND. No eres
indigno, Peribáñez, de mis brazos:
que, fuera de ser hombre bien nacido,
y por tu entendimiento y tus costumbres
honra de los vasallos de mi tierra,
te debo estar agradecido, y tanto
cuando ha sido por ti tener la vida;
que pienso que sin ti fuera perdida.
¿Qué quieres de esta casa?

PERIB. Señor mío,
yo soy, ya lo sabrás, recién casado.
Los hombres, y de bien, cual lo profeso,

hacemos, aunque pobres, el oficio
que hicieran los galanes de palacio.
Mi mujer me ha pedido que la lleve
a la fiesta de agosto, que en Toledo
es, como sabes, de su santa iglesia
celebrada de suerte, que convoca
a todo el reino. Van también sus primas.
Yo, señor, tengo en casa pobres sargas,
no franceses tapices de oro y seda,
no reposteros con doradas armas,
ni coronados de blasón y plumas
los timbres generosos; y así, vengo
a que se digne vuestra señoría
de prestarme una alhombra y repostero
para adornar el carro; y le suplico
que mi ignorancia su grandeza abone,
y como enamorado me perdone.

COMEND. ¿Estás contento, Peribáñez?

PERIB.

Tanto,

que no trocara a este sayal grosero
la encomienda mayor que el pecho cruza
de vuestra señoría, porque tengo
mujer honrada, y no de mala cara,
buena cristiana, humilde, y que me quiere,
no sé si tanto como yo la quiero,
pero con más amor que mujer tuvo.

COMEND. Tenéis razón de amar a quien os ama
por ley divina y por humanas leyes;
que a vos eso os agrada como vuestro.

¡Hola! Dalde el alfombra mequinez,
con ocho reposteros de mis armas;
y pues hay ocasión para pagarle
el buen acogimiento de su casa,
adonde hallé la vida, las dos mulas
que compré para el coche de camino;
y a su esposa llevad las arracadas,
si el platero las tiene ya acabadas.

PEDRO. Aunque bese la tierra, señor mío,
en tu nombre mil veces, no te pago
una mínima parte de las muchas
que debo a las mercedes que me haces.

[El Comendador se propone seguir a Casilda, y encarga le dispongan su caballo alazán.]

[Delante de la Catedral de Toledo el Rey habla con sus nobles.]

INÉS, CASILDA, COSTANZA, *con sombreros de borlas, prendidas de labradoras a uso de la Sagra*; PERIBÁÑEZ; *detrás*, EL COMENDADOR, *embozado*.

INÉS. Pardiez, que tengo de verle,
pues hemos venido a tiempo
que está el Rey en la ciudad.

COSTANZA. ¡Oh que gallardo mancebo!

INÉS. Este llaman don Enrique
tercero.

CASILDA. ¡Qué buen tercero!

PEDRO. Es hijo del rey don Juan
el Primero, y así, es nieto
del Segundo don Enrique,

el que mató al rey don Pedro,
que fué Guzmán por la madre,
y valiente caballero;
aunque más lo fué el hermano;
pero cayendo en el suelo,
volviósele la fortuna,
que los brazos desasiendo
a Enrique, le dió la daga
que agora se ha vuelto cetro.

INÉS. ¿Quién es aquel tan erguido
que habla con él?

PERIB. Cuando menos
el Condestable.

CASILDA. ¿Qué son
los reyes de carne y hueso?

COSTANZA. Pues ¿de qué pensabas tú?

CASILDA. De damasco y terciopelo.

COSTANZA. Sí, que eres boba en verdad.

[El Comendador hace que un pintor retrate a Casilda, sin ser visto, y le encarga saque un retrato mayor de ese apunte.]

[Una cofradía elige por su mayordomo a Peribáñez y le encarga lleve una imagen a Toledo para que un pintor la restaure. Es el tiempo de la siega. El Comendador, merced a un ardid de sus criados logra un medio para entrar en casa de Peribáñez durante su ausencia.]

[Portal de casa de Peribáñez.]

CASILDA, INÉS.

CASILDA. Conmigo te has de quedar

- esta noche, por tu vida.
- INÉS. Licencia es razón que pida.
Desto no te has de agraviar;
que son padres en efeto.
- CASILDA. Enviaréles un recado,
por que no estén con cuidado,
que ya les tarde te prometo.
- INÉS. Trázalo como te dé
más gusto, prima querida.
- CASILDA. No me habrás hecho en tu vida
mayor placer a la fe.
Esto debes a mi amor.
- INÉS. Estás, Casilda, enseñada
a dormir acompañada:
no hay duda, tendrás temor.
Y yo mal podré suplir
la falta de tu velado;
que es mozo a la fe chapado,
y para hacer y decir.
Yo, si hubiese algún ruido,
cuéntame por desmayada.
Tiemblo una espada envainada;
desnuda, pierdo el sentido.
- CASILDA. No hay en casa que temer;
que duermen en el portal
los segadores.
- INÉS. Tu mal
soledad debe de ser,
y temes que estos desvelos

te quiten el sueño.

CASILDA.

Aciertas.

LLORENTE, MENDO. DICHOS.

LLORENTE. 'A quien ha de madrugar
dormir luego le conviene.

MENDO. Digo que muy justo es.
Los ranchos pueden hacerse.

CASILDA. Ya vienen a recogerse
los segadores, Inés.

INÉS. Pues vamos, y a Sancho avisa
el cuidado de la huerta.

(Vanse CASILDA e INÉS.)

BARTOLO, CHAPARRO.—LLORENTE, MENDO.

LLORENTE. Muesama acude a la puerta,
andaré dándonos prisa,
por no estar aquí su dueño.

BARTOLO. Al alba he de haber segado
todo el repecho del prado.

CHAPARRO. Si diere licencia el sueño.
Buenas noches os dé Dios,
Mendo y Llorente.

MENDO. El sosiego
no será mucho, si luego
habemos de andar los dos
con las hoces a destajo,
aquí manada, aquí corte.

CHAPARRO. Pardiez, Mendo, cuando importe,

bien hace el justo trabajo
Sentaos, y antes de dormir,
o cantemos o contemos
algo de nuevo, y podremos
en esto nos divertir.

BARTOLO. ¿Tan dormido estáis, Llorente?

LLORENTE. Pardiez, Bartol, que quisiera
que en un año amaneciera
cuatro veces solamente.

HELIFE, LUJÁN, *de segador*. DICHOS.

HELIFE. ¿Hay para todos lugar?

MENDO. ¡Oh Helipe! Bien venido.

LUJÁN. Y yo, si lugar os pido,
¿podréle por dicha hallar?

CHAPARRO. No faltará para vos,
aconchaos junto a la puerta.

BARTOLO. Cantar algo se concierto.

CHAPARRO. Y aun contar algo, por Dios.

LUJÁN. Quien supiere un lindo cuento,
póngale luego en el corro.

CHAPARRO. De mi capote me ahorro,
y para escuchar me asiento.

LUJÁN. Va primero de canción,
y luego diré una historia
que me viene a la memoria.

MENDO. Cantad.

LLORENTE. Ya comienzo el són.
(*Cantan con guitarras.*)

Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la casada,
que a su esposo quiere bien;
de la doncella también,
entre paredes guardada,
que fácilmente engañada,
sigue su primer amor.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la soltera,
que tantos amores muda;
trébole de la viüda,
que otra vez casarse espera,
tocas blancas por defuera
y el faldellín de color.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!

LUJÁN. Parece que se han dormido.
 No tenéis ya que cantar.

LLORENTE. Yo me quiero recostar,
 aunque no en trébol florido.

LUJÁN. (Ap.) ¿Qué me detengo? Ya están
 los segadores durmiendo.
 Noche, este amor te encomiendo:
 prisa los silbos me dan.

La puerta le quiero abrir. (Abre.)

EL COMENDADOR Y LEONARDO, *embozados*. LUJÁN;
LLORENTE, MENDO, CHAPARRO, BARTOLO y HELI-
PE, *dormidos*.

LUJÁN. ¿Eres tú, señor?

COMEND. Yo soy.

LUJÁN. Entra presto.

COMEND. Dentro estoy.

LUJÁN. Ya comienzan a dormir.
Seguro por ellos pasa;
que un carro puede pasar
sin que puedan despertar.

COMEND. Luján, yo no sé la casa.

Al aposento me guía.

LUJÁN. Quédese Leonardo aquí.

LEONARDO. Que me place.

LUJÁN. Ven tras mí.

COMEND. ¡Oh amor! Oh fortuna mía!

Dame próspero suceso.

(*Entranse el COMENDADOR y LUJÁN; LEONARDO se
queda detrás de una puerta.*)

LLORENTE, MENDO, CHAPARRO, BARTOLO, HELIPE;
LEONARDO, *oculto*.

LLORENTE. ¡Hola, Mendo!

MENDO. ¿Qué hay, Llorente?

LLORENTE. En casa anda gente.

MENDO. ¿Gente?

Que lo temí te confieso.

¿Así se guarda el decoro
a Peribáñez?

LLORENTE. No sé.

Sé que no es gente de a pie.

MENDO. ¿Cómo?

LLORENTE. Trae capa con oro.

MENDO. ¿Con oro? Mátenme aquí
si no es el Comendador.

LLORENTE. Demos voces.

MENDO. ¿No es mejor
callar?

LLORENTE. Sospecho que sí.

Pero ¿de qué sabes que es
el Comendador?

MENDO. No hubiera
en Ocaña quien pusiera
tan atrevidos los pies,
ni aun el pensamiento, aquí.

LLORENTE. Esto es casar con mujer
hermosa.

MENDO. ¿No puede ser
que ella esté sin culpa?

LLORENTE. Sí.

Ya vuelven. Hazte el dormido.

EL COMENDADOR Y LUJÁN, *embozados*.

COMEND. (*En voz baja.*) ¡Ce! ¡Leonardo!

LEONARDO. ¿Qué hay, señor?

COMEND. Perdí la ocasión mejor

que pudiera haber tenido.

LEONARDO. ¿Cómo?

COMEND. Ha cerrado y muy bien,
el aposento esta fiera.

LEONARDO. Llama.

COMEND. ¡Si gente no hubiera!...
Mas despertarán también.

LEONARDO. No harán, que son segadores;
y el vino y cansancio son
candados de la razón
y sentidos exteriores.

Pero escucha: que han abierto
la ventana del portal.

COMEND. Todo me sucede mal.

LEONARDO. ¿Si es ella?

COMEND. Tenlo por cierto.

CASILDA, *con un rebozo, asomándose a una ventana
que da al portal.*

CASILDA. ¿Es hora de madrugar,
amigos?

COMEND. Señora mía,
ya se va acercando el día,
y es tiempo de ir a segar.
Demás que saliendo vos
sale el sol, y es tarde ya.
Lástima a todos nos da
de veros sola, por Dios.

No os quiere bien vuestro esposo,

pues a Toledo se fué,
y os dejó una noche. A fe
que si fuera tan dichoso
el Comendador de Ocaña
(que sé yo que os quiere bien,
aunque le mostráis desdén
y sois con él tan extraña),
que no os dejara, aunque el Rey
por sus cartas le llamara;
que dejar sola esa cara
nunca fué de amantes ley.

CASILDA. Labrador de lejas tierras,
que has venido a nuesa villa,
convidado del agosto,
¿quién te dió tanta malicia?
Ponte tu tosca antipara,
del hombro el gabán derriba,
la hoz menuda en el cuello,
los dediles en la cinta.
Madruga al salir del alba,
mira que te llama el día,
ata las manadas secas
sin maltratar las espigas.
Cuando salgan las estrellas
a tu descanso camina,
y no te metas en cosas
de que algún mal se te diga.
El Comendador de Ocaña
servirá dama de estima,

no con sayuela de grana
ni con saya de palmilla.
Copete traerá rizado,
gorguera de holanda fina,
no cofia de pinos tosca
y toca de argentería.
En coche o silla de seda
los disantos irá a misa;
no vendrá en carro de estacas
de los campos a las viñas.
Dirále en cartas discretas
requiebros a maravilla,
no labradores desdenes,
envueltos en señorías.
Olerále a guantes de ámbar,
a perfumes y pastillas;
no a tomillo ni cantueso,
poleo y zarzas floridas.
Y cuando el Comendador
me amase como a su vida,
y se diesen virtud y honra
por amorosas mentiras,
más quiero yo a Peribáñez
con su capa la pardilla
que al Comendador de Ocaña
con la suya guarnecida.
Más precio verle venir
en su yegua la tordilla,
la barba llena de escarcha

y de nieve la camisa,
la ballesta atravesada,
y del arzón de la silla
dos perdices o conejos,
y el podenco de trailla,
que ver al Comendador
con gorra de seda rica,
y cubiertos de diamantes
los brahones y capilla;
que más devoción me causa
la cruz de piedra en la ermita
que la roja de Santiago
en su bordada ropilla.
Vete, pues, el segador,
mala fuese la tu dicha;
que si Peribáñez viene,
no verás la luz del día.

COMEND. Quedo, señora... ¡Señora...!
Casilda, amores, Casilda,
yo soy el Comendador;
abridme, por vuestra vida,
mirad que tengo que daros
dos sartas de perlas finas
y una cadena esmaltada
de más peso que la mía.

CASILDA. Segadores de mi casa,
no durmáis; que con su risa
os está llamando el alba.
Ea, relinchos y grita;

que al que a la tarde viniere
con más manadas cogidas,
le mando el sombrero grande
con que va Pedro a las viñas. (*Entrase.*)

MENDO. Llorente, nuesa ama llama.

LUJÁN. (*Ap. a su amo.*) Huye, señor, huye aprisa;
que te ha de ver esta gente.

COMEND. (*Ap.*) ¡Ah cruel sierpe de Libia!
Pues aunque gaste mi hacienda,
mi honor, mi sangre y mi vida,
he de rendir tus desdenes,
tengo de vencer tus iras.

(*Vanse el COMENDADOR, LUJÁN y LEONARDO.*)

[Peribáñez ve en casa del pintor de Toledo el retrato de Casilda, y se entera de que el Comendador la galantea. Aun conociendo la virtud de su esposa, la idea de que su honor anda en boca de la gente le desespera. Al llegar al pueblo, oye a sus segadores sin ser visto.]

MENDO, BARTOLO, LLORENTE Y OTROS SEGADORES,
dentro.—PERIBÁÑEZ.

MENDO. (*Dentro.*) Date más priesa, Bartolo;
mira que la noche baja,
y se va a poner el sol.

BARTOLO. (*Dentro.*) Bien cena quien bien trabaja,
dice el refrán español.

UN SEGADOR. (*Dentro.*) Echote una pulla, Andrés:
que te bebas media azumbre.

OTRO SEG. (*Dentro.*) Echame otras dos Inés.

- PERIB. Todo me da pesadumbre.
Todo mi desdicha es.
- MENDO. (*Dentro.*) Canta, Llorente el cantar
de la mujer de muesamo.
- PERIB. ¿Qué tengo más que esperar?
la vida, cielos, desamo.
¿Quién me la quiere quitar?
- LLORENTE. (*Canta dentro.*)
*La mujer de Peribáñez
hermosa es a maravilla;
el Comendador de Ocaña
de amores la requería.
La mujer es virtuosa
cuanto hermosa y cuanto linda;
mientras Pedro está en Toledo
desta suerte respondía:
"Más quiero yo a Peribáñez
con su capa la pardilla,
que no a vos, Comendador,
con la vuesa guarnecida."*
- PERIB. Notable aliento he cobrado
con oír esta canción,
porque lo que éste ha cantato
las mismas verdades son
que en mi ausencia habrán pasado.
¡Oh cuánto le debe al cielo
quien tiene buena mujer!
Que el jornal dejen recelo.
Aquí me quiero esconder.

¡Ojalá se abriera el suelo!
Que aunque es gran satisfacción,
Casilda, de ti me pones,
pena tengo con razón,
porque honor que anda en canciones
tiene dudosa opinión. (Vase.)

[Sala en casa de Peribáñez.]

[Inés ha intentado en vano hacer vacilar la virtud de Casilda.]

PERIBÁÑEZ, *con unas alforjas en las manos.*

PERIB. ¡Esposa!

CASILDA. ¡Luz de mi alma!

PERIB. ¿Estas buena?

CASILDA. Estoy sin ti.

¿Vienes bueno?

PERIB. El verte basta
para que salud me sobre.
¡Prima!

INÉS. ¡Primo!

PERIB. ¿Qué me falta,
si juntas os veo?

CASILDA. Estoy
a nuestra Inés obligada;
que me ha hecho compañía
lo que has faltado de Ocaña.

PERIB. A su casamiento rompás
dos chinelas argentadas
y yo los zapatos nuevos,

- que siempre en bodas se calzan.
- CASILDA. ¿Qué me traes de Toledo?
- PERIB. Deseos; que por ser carga
tan pesada, no he podido
traerte joyas ni galas.
Con todo, te traigo aquí
para esos pies, que bien hayan,
unas chinelas abiertas,
que abrochan cintas de nácar.
Traigo las seis tocas rizas,
y para prender las sayas
dos cintas de vara y media
con sus herretes de plata.
- CASILDA. Mil años te guarde el cielo.
- PERIB. Sucedióme una desgracia;
que a la fe que fué milagro
llegar con vida a mi casa.
- CASILDA. ¡Ay Jesús! Toda me turbas.
- PERIB. Caí de unas cuestras altas
sobre unas piedras.
- CASILDA. ¿Qué dices?
- PERIB. Que si no me encomendara
al santo en cuyo servicio
caí de la yegua baya,
a estas horas estoy muerto.
- CASILDA. Toda me tienes helada.
- PERIB. Prometíle la mejor
prenda que hubiese en mi casa
para honor de su capilla;

y así quiero que mañana
quiten estos reposteros,
que nos harán poca falta,
y cuelguen en las paredes
de aquella su ermita santa
en justo agradecimiento.

CASILDA. Si fueran paños de Francia,
de oro, seda, perlas, piedras,
no replicara palabra.

PERIB. Pienso que nos está bien
que no estén en nuestra casa
paños con armas ajenas:
no murmuren en Ocaña
que un villano labrador
cerca su inocente cama
de paños comendadores,
llenos de blasones y armas.
Timbre y plumas no están bien
entre el arado y la pala,
biello, trillo y azadón;
que en nuestras paredes blancas
no han de estar cruces de seda,
sino de espigas y pajas,
con algunas amapolas,
manzanillas y retamas.
Yo ¿qué moros he vencido
para castillos y bandas?
Fuera de que sólo quiero
que haya imágenes pintadas:

La Anunciación, la Asunción,
San Francisco con sus llagas,
San Pedro Mártir, San Blas
contra el mal de la garganta,
San Sebastián y San Roque,
y otras pinturas sagradas;
que retratos es tener
en las paredes fantasmas.—
Uno vi yo, que quisiera...
Pero no quisiera nada.
Vamos a cenar, Casilda,
y apercíbanme la cama.

CASILDA. ¿No estás bueno?

PERIB. Bueno estoy.

LUJÁN. DICHOS.

LUJÁN. Aquí un criado te aguarda
del Comendador.

PERIB. ¿De quién?

LUJÁN. Del Comendador de Ocaña.

PERIB. Pues ¿qué me quiere a estas horas?

LUJÁN. Eso sabrás si le hablas.

PERIB. ¿Eres tú aquel segador
que anteayer entró en mi casa?

LUJÁN. ¿Tan presto me desconoces?

PERIB. Donde tantos hombres andan,
no te espantes.

LUJÁN. (*Ap.*) Malo es esto.



ACTO III

[Plaza de Ocaña.]

EL COMENDADOR, LEONARDO.

COMEND. Cuéntame, Leonardo, breve
 lo que ha pasado en Toledo.

LEONARDO. Lo que referirte puedo,
 puesto que a ceñirlo pruebe
 en las más breves razones,
 quiere más paciencia.

COMEND. Advierte
 que soy un sano a la muerte,
 y que remedios me pones.

LEONARDO. El rey Enrique el Tercero,
 que hoy el Justiciero llaman,
 porque Catón y Aristóteles
 en la equidad no le igualan,
 el año de cuatrocientos
 y seis sobre mil estaba
 en la villa de Madrid,
 donde le vinieron cartas,
 que quebrándole las treguas
 el rey moro de Granada,

no queriéndole volver
por promesas y amenazas
el castillo de Ayamonte,
ni menos pagarle parias,
determinó hacerle guerra;
y para que la jornada
fuese como convenía
a un rey el mayor de España,
y le ayudasen sus deudos
de Aragón y de Navarra,
juntó Cortes en Toledo,
donde al presente se hallan
prelados y caballeros,
villas y ciudades varias...

COMEND. Si hasta ahora te pedía
la relación y la causa
de la jornada del Rey,
ya no me atrevo a escucharla.
Eso ¿todo se resuelve
en que el Rey hace jornada
con lo mejor de Castilla
a las fronteras, que guardan,
con favor del Granadino,
los que le niegan las parias?

LEONARDO. Eso es todo.

COMEND. Pues advierte
solo (que me es de importancia)
que mientras fuiste a Toledo,
tuvo ejecución la traza.

Con Peribáñez hablé,
y le dije que gustaba
de nombralle capitán
de cien hombres de labranza,
y que se pusiese a punto.
Gastó su hacendilla en galas,
y sacó su compañía
ayer, Leonardo, a la plaza:
y hoy, según Luján me ha dicho,
con ella a Toledo marcha.

LEONARDO. Bueno. Y te deja a Casilda,
tan villana y tan ingrata
como siempre.

COMEND. Sí; mas mira
que amor en ausencia larga
hará el efeto que suele
en piedra el curso del agua.
(Tocan cajas dentro.)

[Antes de marchar a la guerra, el Comendador arma
Caballero a Peribáñez y le ciñe la espada.]

PERIB. ¿Qué falta agora?

COMEND. Jurar
que a Dios, supremo Señor,
y al Rey serviréis con ella.

PERIB. Eso juro y de traella
en defensa de mi honor,
del cual, pues voy a la guerra,
adonde vos me mandáis,

ya por defensa quedáis,
como señor desta tierra.

Mi casa y mujer, que dejo
por vos, recién desposado,
remito a vuestro cuidado
cuando de los dos me alejo.

Vos me ceñisteis espada,
con que ya entiendo de honor;
que antes yo pienso, señor,
que entendiera poco o nada.

Y pues iguales los dos
con este honor nos dejáis,
mirad cómo le guardáis,
o quejaréme de vos.

COMEND. Yo os doy licencia, si hiciere
en guardalle deslealtad,
que de mí os quejéis.

PERIB. Marchad,
y venga lo que viniere.

(Vanse los labradores, y PERIBÁÑEZ con ellos.)

EL COMENDADOR.

Algo confuso me deja
el estilo con que habla,
porque parece que entabla
o la venganza o la queja.

—Pero es que, como he tenido
el pensamiento culpado,
con mi malicia he juzgado

lo que su inocencia ha sido.

Y cuando pudiera ser
malicia lo que entendí,
¿dónde ha de haber contra mí
en un villano poder? (Vase.)

[El Comendador se dispone a ir a dar música a Casilda. Entre tanto Peribáñez alojó a su compañía y volvió en una veloz yegua a Ocaña. Llama en casa de un vecino.]

[Calle.]

ANTÓN.—PERIBÁÑEZ.

ANTÓN. (*Dentro.*) ¡Hola, mujer!
¿No os parece que han llamado?

PERIB. ¡Ah de casa!

ANTÓN. (*Dentro.*) ¿Quién golpea
a tales horas?

PERIB. Yo soy,
Antón.

ANTÓN. (*Dentro.*) Por la voz ya voy,
aunque lo que fuere sea.
¿Quién es? (*Abre.*)

PERIB. Quedo, Antón amigo.
Peribáñez soy.

ANTÓN. ¿Quién?

PERIB. Yo,
a quien hoy el cielo dió
tan grave y cruel castigo.

ANTÓN. Vestido me eché dormido
porque pensé madrugar;

ya me agradezco el no estar desnudo. ¿Puédoos servir?

PERIB. Por vuesa casa, mi Antón, tengo de entrar en la mía; que ciertas cosas de día sombras por la noche son.

Ya sospecho que en Toledo algo entendiste de mí.

ANTÓN. Aunque callé, lo entendí. Pero aseguraros puedo que Casilda...

PERIB. No hay que hablar, por ángel tengo a Casilda.

ANTÓN. Pues regaladla y servirla.

PERIB. Hermano, dejadme estar.

ANTÓN. Entrad; que si puerta os doy, es por lo que della sé.

PERIB. Como yo seguro esté, suyo para siempre soy.

ANTÓN. ¿Dónde dejas los soldados?

PERIB. Mi alférez con ellos va: que yo no he traído acá sino sólo mis cuidados.

Y no hizo la yegua poco en traernos a los dos, porque hay cuidado, por Dios, que basta a volverme loco.

(*Entranse.*)

[Calle con vista exterior de la casa de Ibáñez.]

EL COMENDADOR Y LUJÁN, *con broqueles*; MÚSICOS.

COMEND. Aquí podéis comenzar
 para que os ayude el viento.

MÚSICO 2.^a Va de letra.

COMEND. ¡Oh cuanto siento
 esto que llaman templar!

MÚSICOS (*Cantan.*)

*Cogióme a tu puerta el toro,
linda casada;
no dijiste: Dios te valga.
El novillo de tu boda
a tu puerta me cogió;
de la vuelta que me dió,
se rió la villa toda;
y tú, grave y burladora,
linda casada,
no dijiste: Dios te valga.*

INÉS, *abriendo una puerta de casa de Peribá-*
ñez.—DICHOS.

(*Los músicos tocan.*)

INÉS. ¡Cé, cé! ¡Señor don Fadrique!

COMEND. ¿Es Inés?

INÉS. La misma soy.

COMEND. En pena a las once estoy.
 Tu cuenta el perdón me aplique

para que salga de pena.

INÉS. ¿Viene Leonardo?

COMEND. Asegura
a Peribáñez. Procura,
Inés, mi entrada, y ordena
que vea esa piedra hermosa;
que ya Leonardo vendrá.

INÉS. ¿Tardará mucho?

COMEND. No hará;
pero fué cosa forzosa
asegurar un marido
tan malicioso.

INÉS. Yo creo
que a estas horas el deseo
de que le vean vestido
de capitán en Toledo
le tendrá cerca de allí.

COMEND. Durmiendo acaso estará.
¿Puedo entrar? Dime si puedo.

INÉS. Entra; que te detenía
por si Leonardo llegaba.

LUJÁN. Luján ¿ha de entrar?

COMEND. (*A uno de los músicos.*) Acaba,
Lisardo. Adiós hasta el día.

[Sala en casa de Peribáñez.]

PERIB. Por las tapias de la huerta
de Antón en mi casa entré,
y deste portal hallé

la de mi corral abierta.

En el gallinero quise
estar oculto; mas hallo
que puede ser que algún gallo
mi cuidado les avise.

Con la luz de las esquinas
le quise ver y advertir,
y víle en medio dormir
de veinte o treinta gallinas.

Que duermas, dije, me espantas,
en tan dudosa fortuna;
no puedo yo guardar una,
y ¡quieres tú guardar tantas!

No duermo yo, que sospecho,
y me da mortal congoja
un gallo de cresta roja,
porque la tiene en el pecho.

Salí al fin, y cual ladrón
de casa hasta aquí me entré:
con las palomas topé,
que de amor ejemplo son;

Y como las vi arrullar,
y con requiebros tan ricos
a los pechos por los picos
las almas comunicar,

dije: "¡Oh maldígale Dios,
aunque grave y altanero,
al palomino extranjero
que os alborota a los dos!"

Los gansos han despertado,
gruñe el lechón, y los bueyes
braman; que de amor las leyes
hasta el jumentillo atado
al pesebre con la soga
desasosiegan por mí;
que su dueño soy, y aquí
ven que ya el cordel me ahoga.

Gana me da de llorar.
Lástima tengo de verme
en tanto mal...— Mas ¿si duermo
Casilda?— Aquí siento hablar.

En esta saca de harina
me podré ocultar mejor;
que si es el Comendador,
lejos de aquí me imagina. (*Escóndese.*)

CASILDA, INÉS. PERIBÁÑEZ, *oculto*.

CASILDA. Gente digo que he sentido.

INÉS. Digo que te has engañado.

CASILDA. Tú con un hombre has hablado.

INÉS. ¿Yo?

CASILDA. Tú pues.

INÉS. Tú ¿lo has oído?

CASILDA. Pues si no hay malicia aquí
mira que serán ladrones.

INÉS. ¿Ladrones! Miedo me pones.

CASILDA. Da voces.

INÉS. Yo no.

CASILDA. Yo sí.

INÉS. Mira que es alborotar
la vecindad sin razón.

EL COMENDADOR, LUJÁN.

COMEND. Ya no puede mi afición
sufrir, temer ni callar.

Yo soy el Comendador,
yo soy tu señor.

CASILDA. No tengo
más señor que a Pedro.

COMEND. Vengo
esclavo, aunque soy señor.

Duélete de mí, o diré
que te hallé con el lacayo
que miras.

CASILDA. Temiendo el rayo,
del trueno no me espanté.

Pues, prima, ¡tú me has vendido!

INÉS. Anda; que es locura ahora,
siendo pobre labradora,
y un villano tu marido,
dejar morir de dolor
a un príncipe; que más va
en su vida, ya que está
en casa, que no tu honor.

Peribáñez fué a Toledo.

CASILDA. ¡Oh prima cruel y fiera,
vuelta de prima tercera!



“¡ Jesús! Muerto soy. ¡ Piedad!”

COMEND. Dejadme, a ver lo que puedo.

LUJÁN. Dejémoslos, que es mejor,
a solas se entenderán.

(*Vanse INÉS y LUJÁN.*)

CASILDA. Mujer soy de un capitán,
si vos sois comendador.
Y no os acerquéis a mí.
porque a bocados y a coces
os haré...

COMEND. Paso, y sin voces.

PERIBÁÑEZ. (*Sale de donde estaba.*)

(*Ap.* ¡Ay honra! ¿Qué aguardo aquí?

Mas soy pobre labrador:
bien será llegar y hablalle...
Pero mejor es matalle.)

(*Adelantándose con la espada desenvainada.*)

Perdonad, Comendador;
que la honra es encomienda
de mayor autoridad.

(*Hiere al COMENDADOR.*)

COMEND. ¡Jesús! Muerto soy. ¡Piedad!

PERIB. No temas, querida prenda;
mas sígueme por aquí.

CASILDA. No te hablo de turbada.

(*Vanse PERIBÁÑEZ y CASILDA.*)

COMEND. Señor, tu sangre sagrada
se duela agora de mí,

pues me ha dejado la herida
pedir perdón a un vasallo.

(Siéntase en una silla.)

LEONARDO.

LEONARDO. Todo en confusión lo hallo.
¡Ah, Inés! ¿Estás escondida?
¡Inés!

COMEND. Voces oigo aquí.
¿quién llama?

LEONARDO. Yo soy, Inés.

COMEND. ¡Ay Leonardo! ¿No me ves?

LEONARDO. ¿Mi señor?

COMEND. Leonardo, sí.

LEONARDO. ¿Qué te ha dado? Que parece
que muy descompuesto estás.

COMEND. Díome la muerte no más.
Más el que ofende merece.

LEONARDO. ¿Herido? ¿De quién?

COMEND. No quiero
voces ni venganzas ya.
Mi vida en peligro está,
sólo la del alma espero.

No busques, ni hagas extremos,
pues me han muerto con razón.
Llévame a dar confesión,
y las venganzas dejemos.

A Peribáñez perdono.

LEONARDO. ¿Que un villano te mató,

y que no lo vengo yo?

Esto siento.

COMEND. Yo le abono.

No es villano, es caballero ;
que pues le ceñí la espada,
con la guarnición dorada,
no ha empleado mal su acero.

LEONARDO. Vamos, llamaré a la puerta
del Remedio.

COMEND. Sólo es Dios.

(Llévase LEONARDO a su señor.)

PERIBÁÑEZ, INÉS, LUJÁN.

PERIB. *(Dentro.)* Aquí moriréis los dos.

INÉS. *(Dentro.)* Ya estoy, sin heridas, muerta.

(Salen huyendo LUJÁN e INÉS.)

LUJÁN. Desventurado Luján,
¿dónde podrás esconderte?

(Entranse por otra puerta, y sale PERIBÁÑEZ tras ellos.)

PERIB. Ya no se excusa tu muerte. *(Entrase.)*

LUJÁN. *(Dentro.)* ¿Por qué, señor capitán?

PERIB. *(Dentro.)* Por fingido segador.

INÉS. *(Dentro.)* Y a mí ¿por qué?

PERIB. *(Dentro.)* Por traidora.

LUJÁN. *(Dentro.)* Muerto soy.

INÉS. *(Dentro.)* ¡Prima y señora!

LOPE DE VEGA

CASILDA; *después*, PERIBÁÑEZ.

CASILDA. No hay sangre donde hay honor.

(*Vuelve PERIBÁÑEZ.*)

PERIB. Cayeron en el portal.

CASILDA. Muy justo ha sido el castigo.

PERIB. ¿No irás, Casilda, conmigo?

CASILDA. Tuya soy al bien o al mal.

PERIB. A las ancas desa yegua
amanecerás conmigo
en Toledo.

CASILDA. Y a pie, digo.

PERIB. Tierra en medio es buena tregua
en todo acontecimiento,
y no aguardar al rigor.

CASILDA. Dios haya al Comendador.
Matóle su atrevimiento.

(*Vanse.*)

[El Rey, furioso al saber que ha matado al Comendador un villano, jura castigarle ejemplarmente. Peribáñez, con su mujer, se presenta en palacio; cuenta al Rey lo sucedido, y éste, admirado, le perdona y le nombra capitán.]





ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
AMAR SIN SABER A QUIÉN.....	5
EL MEJOR ALCALDE, EL REY.....	75
EL CABALLERO DE OLMEDO.....	155
PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA...	247



